



MONUMENTA DE NUMERIS
SAL DE BIBLIOTHECA

CCI

THE
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
TORONTO

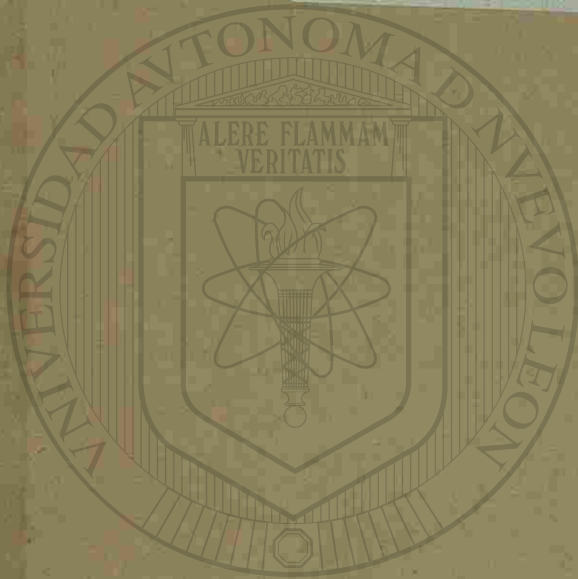
MAUPASSANT

LAS
HERMANAS
RONDOLI

PQ2349
H48



1020026644



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS FONDO RICARDO COVARRUBIAS



®

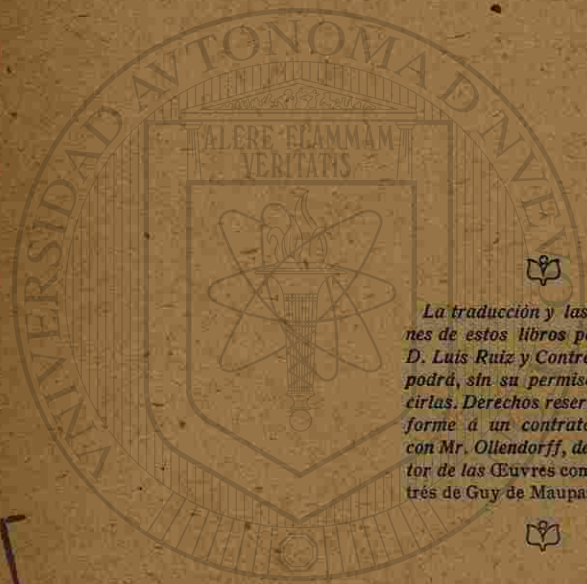


OBRAS COMPLETAS
DE
GUY DE MAUPASSANT
(EDICIÓN ILUSTRADA)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

RICARDO CARRANZA

Núm. Clas. CC
Núm. Autor M 432 he
Núm. Adg. 30529
Procedencia -8-
Precio AS
Fecha 29
Clasificó 29
Catalogó 29



La traducción y las ilustraciones de estos libros pertenecen a D. Luis Ruiz y Contreras y nadie podrá, sin su permiso, reproducirlas. Derechos reservados, conforme a un contrato celebrado con Mr. Ollendorff, de París, editor de las Œuvres complètes illustrées de Guy de Maupassant.

Obras completas de Guy de Maupassant.

Versión castellana de Luis Ruiz Contreras.

Las Hermanas Rondoli.

(46 dibujos de René Lelong, grabados en madera por Lemoine.)



Madrid 1905, "Ediciones literarias y Artísticas."

099764

30529

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

843
M.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQZ 349
148

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid, Imprenta de Anto-
nio Marzo, San Hermenegildo.
32 duplicado. Teléfono 1.977.



LAS HERMANAS RONDOLI

I

No—dijo Pedro Jouvenet—, no conozco Italia; no la conozco, á pesar de haber intentado penetrar en ella dos veces; pero me hallé de tal modo entretenido en la frontera, que nunca pude pasar adelante. Sin embargo, esas dos tentativas me dieron una idea muy agradable de las costumbres de tan hermoso país. Me falta conocer las ciudades, los museos, las obras maestras que allí abundan. Probaré de nuevo, cualquier día, si consigo penetrar en ese territorio infranqueable.

—¿.....?

—Voy á explicarme para que me comprendan: En 1874 sentí deseos de visitar Venecia, Florencia, Roma y Nápoles. Esta idea me sorprendió á

mediados de Junio, cuando la savia poderosa de la primavera derrama en la sangre ardores de viaje y de amor.

Nunca tuve instintos de viajero. Cambiar de sitio me parece un trabajo inútil y fatigoso. Las noches en ferrocarril, el sueño agitado en los vagones, con jaquecas y entumecimientos, el despertar angustioso, la sensación grasienta del cutis, el polvillo que, flotando en el aire, ciega los ojos y ensucia el cabello, el indigesto perfume de carbón de piedra, las execrables comidas, entre corrientes de aire, de los restaurants, no son, á mi juicio, muy agradable comienzo para una expedición de recreo.

El tren *rápido* nos conduce á las tristezas del Hotel, del grande Hotel, siempre rebosando viajeros, que produce la impresión de una casa vacía; el cuarto desconocido, triste, la cama sospechosa. Prefiero á todo mi cama. Es el santuario de la vida; confiamos á ella nuestra carne desnuda y fatigada para que la reanime y la descanse al calor del suave plumón, entre la blancura de las sábanas.

Allí pasamos las horas más felices de la existencia, las horas de amor y las de sueño. La cama es un refugio sagrado, y debe ser respetada, venerada,

estimada como lo que hay para nosotros mejor y más dulce sobre la tierra.

No puedo alzar las ropas de una cama de hotel sin percibir una sensación desagradable. ¿Qué sucedió allí la noche antes? Algunas gentes puercas, repugnantes, durmieron tal vez sobre aquellos colchones. Y evoco todas las fisonomías odiosas y terribles que á cada paso vemos en las calles, jorbabas, carnes enrojecidas, manos negras; recuerdo los hedores repugnantes de ajo y de malas digestiones; me obsesionan los lisiados, los purulentos y todas las fealdades y todas las porquerías humanas.

Todo ha pasado por aquella cama que me ofrecen para dormir. Se me revuelve el estómago cuando me deslizo entre aquella ropa.

¿Y las comidas en hotel, esas comidas largas, en mesa redonda, entre gentes antipáticas ó grotescas? ¿Y los almuerzos odiosos y solitarios, en las mesitas del restaurant? ¿Y las veladas abrumadoras? ¿Puede haber nada más triste que las primeras horas de la noche en una ciudad extranjera y desconocida? Caminamos sin rumbo entre un movimiento y una agitación sorprendentes como un ensueño; miramos los rostros que no vimos jamás, que nun-

ca volveremos á ver; oímos voces que hablan de mil cosas que no pueden interesarnos, en un idioma que apenas comprendemos. La sensación dolorosa del que se halla perdido, nos invade; el corazón se oprime, las piernas vacilan, el alma desfallece. Andamos como si huyéramos; andamos para no volver al hotel, entre cuyas paredes nos vemos aún más desorientados, y al fin caemos en una silla del café lleno de luz, cuyas molduras doradas y abundantes mecheros nos abruman aún más que la sombría penumbra de las calles. Y empuñando el bock chorretoso que apresuradamente nos presentan, nos vemos en tan abominable soledad, que sólo pensamos en irnos á otra parte, á cualquiera parte, para no permanecer allí, frente á la mesita de mármol, bajo el foco de luz resplandeciente. Y pronto comprendemos que nos hallamos en todas partes y á todas horas, en la misma soledad; pero en sitios donde haya personas conocidas, el trato familiar produce la ilusión de un contacto íntimo y humano. En esas horas de abandono, de negro aislamiento, en ciudades lejanas, meditamos largamente, claramente, profundamente. Entonces abarcamos con una sola mirada toda la vida, sin que nos desvanez-

can las esperanzas infinitas y el engaño de las costumbres adoptadas en espera de una dicha siempre soñada.

Cuando intentamos ir lejos, comprendemos que todo es reducido y vacío; buscando lo ignorado, se averigua que nada interesa mucho y todo acaba pronto; recorriendo la tierra, se ve que no es tan grande como parece ni tan variada como la imaginamos.

¡Oh! Las veladas tristes, andando al azar por calles desconocidas! ¡Cómo las recuerdo! Y me infunden terror.

.....

Como estaba resuelto á no ir á Italia solo, me propuse viajar en compañía de mi amigo Pablo Pavilly.

Ya conocen ustedes á Pablo, para quien el mundo y la vida se reducen á una cosa: la mujer. Hay muchos hombres así. Su existencia se poetiza, se ilumina con las mujeres. El mundo sólo es tolerable porque hay mujeres en él; brilla el sol para iluminarlas y templarlas; y se respira con fruición el aire, porque ha rozado las mejillas y ha estremecido los rizos de las mujeres. La luna es agradable por-

que á su luz sueñan las enamoradas lánguidamente. Así, en todas las resoluciones de Pablo, el móvil es siempre una mujer; todos los pensamientos de mi amigo se dirigen hacia ellas, como todos sus esfuerzos y todas sus esperanzas.

Cuando hablé á Pablo del viaje á Italia se negó rotundamente á salir de París; pero en cuanto le hube contado algunas aventuras de viaje, añadiendo que las italianas eran encantadoras y que gozaríamos en Nápoles placeres refinados, gracias á una recomendación que me dieron para un señor Miguel Amoroso, cuyas relaciones son muy útiles á los viajeros, se dejó convencer.



II

TOMAMOS el *rápido* un jueves 26 de Junio. En ese tiempo viaja poca gente por el Mediodía. Ibamos en un vagón los dos, solos y malhumorados, arrepentidos casi de alejarnos de París y de nuestro proyecto de viaje; ya echábamos de menos la frescura deliciosa de Marly, el Sena, tan hermoso, las riberas tan agradables y las horas de dulce vagar en una barca, la somnolencia del atardecer, las noches templadas.

Pablo, metido en un rincón, dijo cuando el tren se puso en marcha: «Es una estupidez ir tan lejos.»

Pero como ya era tarde para variar de parecer, le respondí: «Haberlo dicho á tiempo.»

Calló. Al verle tan rabioso, me dieron ganas de reir. Parecía una ardilla. Todos los hombres presentan en sus facciones alguna semejanza con un tipo animal, como un recuerdo remoto de su raza primitiva. Algunos tienen cara de perro, cabeza de

que á su luz sueñan las enamoradas lánguidamente. Así, en todas las resoluciones de Pablo, el móvil es siempre una mujer; todos los pensamientos de mi amigo se dirigen hacia ellas, como todos sus esfuerzos y todas sus esperanzas.

Cuando hablé á Pablo del viaje á Italia se negó rotundamente á salir de París; pero en cuanto le hube contado algunas aventuras de viaje, añadiendo que las italianas eran encantadoras y que gozaríamos en Nápoles placeres refinados, gracias á una recomendación que me dieron para un señor Miguel Amoroso, cuyas relaciones son muy útiles á los viajeros, se dejó convencer.



II

TOMAMOS el *rápido* un jueves 26 de Junio. En ese tiempo viaja poca gente por el Mediodía. Ibamos en un vagón los dos, solos y malhumorados, arrepentidos casi de alejarnos de París y de nuestro proyecto de viaje; ya echábamos de menos la frescura deliciosa de Marly, el Sena, tan hermoso, las riberas tan agradables y las horas de dulce vagar en una barca, la somnolencia del atardecer, las noches templadas.

Pablo, metido en un rincón, dijo cuando el tren se puso en marcha: «Es una estupidez ir tan lejos.»

Pero como ya era tarde para variar de parecer, le respondí: «Haberlo dicho á tiempo.»

Calló. Al verle tan rabioso, me dieron ganas de reir. Parecía una ardilla. Todos los hombres presentan en sus facciones alguna semejanza con un tipo animal, como un recuerdo remoto de su raza primitiva. Algunos tienen cara de perro, cabeza de



conejo, de zorro, de caballo, de buey. Pablo es una ardilla transformada en hombre. Los ojos vivos, el pelo rojo, la nariz puntiaguda; movimientos vivos, y una misteriosa semejanza en el conjunto; ¿qué sé yo? Los gestos, las actitudes; todo, en una palabra.

Nos quedamos dormidos, con un sueño tumultuoso, á cada punto interrumpido por los dolores que ocasionan las malas posturas y las bruscas paradas del tren.

Nos incorporamos á orillas del Ródano. Y pronto el canto de las cigarras, entrando por la portezuela, ese canto que parece la voz de la tierra caldeada, inundó nuestro rostro, nuestro pecho, nuestras almas, con la sensación alegre del Mediodía, de la patria pedregosa y clara, de los olivos de troncos agarrotados, bajo la hojarasca verde y gris.

Cuando el tren se detuvo, un empleado, recorriendo el andén, lanzaba como un grito sonoro el nombre de la estación y repetía la palabra con tal acento, que de nuevo nos hizo sentir el ambiente de Provenza, ya percibido en el canto de las cigarras.

Hasta Marsella nada hubo de nuevo.

Bajamos para almorzar.

Cuando volvimos al vagón, una mujer se había instalado allí.

Pablo me guiñó el ojo, satisfecho, y se reforció los bigotes, maquinalmente; después, quitándose el sombrero, hundió sus cinco dedos, como un peine, en su cabellera, muy alborotada por aquella noche de viaje. Y fué á sentarse frente á la desconocida.

Cada vez que me hallo, sea en viaje, sea en sociedad, ante un rostro nuevo, me obsesiona el

deseo de adivinar qué alma, qué inteligencia, qué carácter, se ocultan debajo de aquellas facciones.

Era una joven, muy joven y muy bonita, del Mediodía seguramente. Soberbios ojos, admirable pelo, rizado, encrespado, vigoroso, largo y tan abundante, que producía sobre ella la sensación de su peso. Vestida con cierta elegancia y cierto mal gusto meridional, aquella mujer era una de tantas. Sus facciones, bien dibujadas, no tenían la graciosa intención, la delicadeza, que son la señal hereditaria de una sangre noble.

Llevaba pulseras demasiado anchas para ser de oro, pendientes adornados con piedras transparentes, demasiado grandes para ser diamantes; y en toda su figura y en sus modales, traslucíase la vulgaridad. Adivinábase que hablaría gritando y moviéndose con exceso.

El tren se puso en marcha.

La mujer seguía inmóvil en su puesto, con los ojos ceñudos, como si estuviese furiosa. Ni siquiera nos miró.

Pablo hablaba conmigo, diciendo cosas meditadas para producir efecto, presentando los asuntos de conversación que pudieran interesar, como un

feriante presenta sus mercancías procurando atraer.

Pero ella seguía imperturbable.

—¡Tolón! ¡Diez minutos de parada y fonda!— gritó un empleado—. Bajamos, y en el andén, Pablo me dijo:

—¿Sabes qué mujer será ésta?

Y riendo, le contesté:

—No puedo sospecharlo siquiera; pero no me importa.

Pablo iba ya entusiasmándose.

—Guapa lo es, brutalmente guapa, y fresca, y arrogante. ¡Qué ojos! Pero sin duda va disgustada. Debe tener preocupaciones; no se fija en nada.

Yo murmuré:

—Perderás el tiempo.

Y respondió picado:

—No es mucho perder. Sólo he dicho que la encuentro muy guapa... Si le dijéramos alguna cosa... ¿Pero qué podríamos decirle? ¿No tienes alguna idea tú? ¿No se te ocurre nada? ¿Qué clase de mujer será esa?

—No lo sé; pero es muy posible que sea una comiquilla que va en busca de su gente, después de una escapatoria amorosa.

Comprendí que Pablo se disgustaba como si lo que yo decía pudiera herirle, y replicó:

—¿Y en qué te fundas para suponer eso? Al contrario, yo la encuentro una expresión muy distinguida.

Insistí:

—Observa las pulseras, los pendientes, el vestido. También puede ser una bailarina ó una titiritera; pero más parece bailarina. En todo su cuerpo hay algo que recuerda el teatro.

Esta idea le molestaba indudablemente.

—No; es muy joven, amigo mío; apenas tiene veinte años.

—Pero á los veinte años ya se pueden hacer muchas cosas, y los oficios del teatro no se comienzan á la vejez, sin contar otros; acaso los que practique únicamente...

—«¡Señores viajeros, al tren!»—gritaba el empleado.

Subimos. Nuestra compañera de viaje comía una naranja. Decididamente sus maneras no me parecieron distinguidas. Había extendido su pañuelo sobre las rodillas, y sus actitudes, arrancando la cáscara, llevándose á la boca los gajos y escupien-

do las pepitas, revelaban una educación vulgar.

Mostrábase más arisca é inabordable que nunca, y tragaba rápidamente la fruta con una expresión furiosa, que hacía gracia.

Pablo la devoraba con los ojos, pensando que haría para atraer su atención, para despertar su curiosidad. Y volvió á conversar conmigo, exponiendo una serie de ideas elevadas, citando familiarmente nombres conocidos. Ella no hacía caso y fueron inútiles todos los esfuerzos.

Pasamos Fregus y San Rafael. Atravesábamos un jardín, un paraíso de rosas, de naranjos y limoneros, que ofrecían á la vez sus blancas flores y sus dorados frutos, el reino de los perfumes en la patria de las flores sobre la ribera incomparable que va de Marsella á Génova.

En Junio es cuando se muestra delicioso aquel país, donde crecen, libres y silvestres, en los valles angostos y en las colinas, las más delicadas flores. En todas partes rosas, campos, llanuras, sotos, bosquecillos de rosas. Las rosas trepan sobre los muros y se abren en los tejados, escalando los árboles, asómanse entre las hojas, blancas, encarnadas, amarillas, unas pequeñas y otras enormes, unas

de corola sencilla y otras abundantes y apretadas.

Y su transpiración, poderosa y continua, embalsama el aire, haciéndolo denso y acariciador. Y el aroma todavía más penetrante del azahar, endulza los labios que lo respiran y es una golosina para el olfato.

La costa de rocas oscuras extiéndose bañada por el Mediterráneo inmóvil. El ardiente sol del estío cae como una sábana de fuego sobre las montañas, sobre las playas arenosas y sobre el mar de un azul intenso. El tren avanza, entra en los túneles para atravesar los cabos, resbala sobre las ondulaciones de las colinas, pasa por encima del agua sobre terraplenes verticales como murallas; y dulces, vagas emanaciones salinas, emanaciones de algas que se secan mézclanse al turbador perfume de las flores.

Pero Pablo no veía nada, no miraba nada, no sentía nada. La viajera absorbía toda su atención.

En Cannes, deseando hablarme á solas, me invitó á bajar.

Apenas salimos del vagón se apoyó en mi brazo.

—Te habrás fijado en que es encantadora. Mira

sus ojos. Y su pelo, amigo mío, ¡nunca vi un pelo semejante!

Yo le dije:

—Vaya, cálmate, ó comienza la conquista si estás decidido: creo que la plaza no es inexpugnable.

El insistió:

—¿No podrías hablarle tú? Yo no sé qué decir. Tengo una timidez estúpida para los comienzos. Nunca supe abordar á una mujer en la calle. Las sigo, doy vueltas á su alrededor, me acerco y no encuentro jamás la frase oportuna. Una sola vez hice una tentativa de conversación; viendo evidentemente que me atendía y que ya era imprescindible decir algo, murmuré: «¿Cómo está usted, señora?» La dió risa mi simpleza y escapé avergonzado.

Prometí á Pablo usar de toda mi pericia para promover una conversación, y cuando volvimos al coche, pregunté galantemente á nuestra compañera de viaje:

—¿La molesta el humo del cigarro, señora?

Ella contestó:

—*Non capisco.*

¡Era una italiana! Sentí deseos invencibles de

reir. Pablo no entendía una palabra de italiano, ni ella de francés; era necesario que yo sirviera de intérprete, y me dispuse á desempeñar mi oficio, diciendo entonces en italiano:

—Preguntaba, señora, si la molesta el humo del cigarro.

Ella respondió furiosamente:

—Tanto me da.

No había movido la cabeza ni vuelto hacia mí los ojos; quedé perplejo, no sabiendo si debía tomar aquella respuesta por una autorización ó por una negativa, como una señal de indiferencia ó un duro «déjeme usted en paz».

Insistí:

—Señora, si el humo la molesta...

Ella respondió entonces: —«¡Nada!»— como hubiera dicho: «¡Vaya usted á paseo!» Era, sin embargo, un permiso, y le dije á Pablo que podía fumar. Miróme con esos ojos asombrados de las personas que tratan de comprender, sin conseguirlo, una lengua extranjera, y me preguntó bastante intrigado:

—¿Qué la dijiste?

—Si podíamos fumar.

—¿No sabe francés?

—Ni una palabra.

—¿Qué respondió?

—Que podíamos hacer todo lo que nos diese la gana.

Y encendí un cigarro. Pablo insistió:

—¿No ha dicho nada más?

—Amigo mío, si hubieses contado sus palabras, notarías que ha pronunciado seis: dos para decir que no entendía el idioma francés; quedan cuatro; y cuatro palabras no pueden significar muchas cosas.

Pablo estaba confuso, contrariado; sentíase infeliz.

Bruscamente la italiana, con el tono áspero que parecía natural en ella, me hizo esta pregunta:

—¿Sabe usted á qué hora llegaremos á Génova?

Y contesté:

—A las once de la noche, señora—. Y después de un minuto de silencio, añadí: —Nosotros vamos también á Génova, y si pudiésemos, mi amigo ó yo, servir á usted en algo, nos daríamos por muy satisfechos.

Ella no contestaba; yo insistí:

Yendo usted sola, pudiera necesitar de nosotros...

Ella pronunció una tan dura negativa, que me hizo enmudecer.

Pablo me preguntó:

—¿Qué te ha dicho?

—Que le parece muy guapo.

Pero él no tenía ganas de bromas y me rogó seriamente que dejase las burlas para mejor oportunidad. Entonces le di cuenta de la pregunta de la mujer y de mis galantes ofrecimientos tan brutalmente rechazados.

Pablo, mostrándose inquieto como una ardilla enjaulada, me dijo:

—Si averiguásemos en qué hotel se hospeda, iríamos á parar allí. Busca un motivo de conversación, á ver si puedes enterarte con maña.

No era cosa fácil y nada imaginé, á pesar de sentir ya vivos deseos de comunicación con aquella mujer insociable.

Pasamos por Niza, Mónaco, Menton; el tren se detuvo en la frontera para que los aduaneros hiciesen la requisa de los equipajes.

A pesar del horror que me inspiran las personas mal educadas que almuerzan y comen en el tren,

bajé á comprar una carga de provisiones para tentar, como esfuerzo supremo, el apetito de nuestra compañera. Me parecía que aquella muchacha, en circunstancias normales, no era difícil de abordar. Un disgusto cualquiera la puso tal vez en aquel estado irritable; pero bastaría la menor cosa, el más leve deseo, la palabra más frívola, el ofrecimiento más insignificante para decidirla y conquistarla.

Al arrancar el tren, extendí sobre un asiento mis vituallas: partí el pollo, coloqué las lonchas de jamón sobre un papel, puse cerca de la mujer los postres: fresas, ciruelas, cerezas, pasteles y dulces.

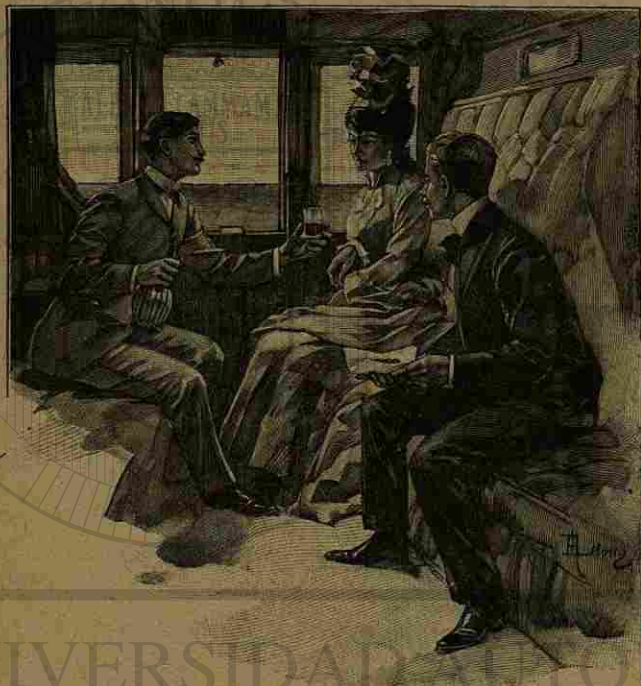
Cuando vió que principiábamos á comer, sacó de un saquillo de mano una onza de chocolate y un panecito, royéndolo con sus dientes afilados.

Pablo me dijo en voz baja:

—Invítala.

—Ya pienso hacerlo; pero busco palabras oportunas...

Ella miraba de reojo nuestras provisiones y comprendí que después de acabar su panecito y su chocolate la quedarían aún buenas ganas de co-



mer. Aguardé á que diera fin con su refrigerio frugal, para decirle:

—Nos honraría usted mucho, señora, si aceptase alguna fruta...

Negóse, pero menos bruscamente que acostumbraba, y entonces insistí:

— Si no quiere fruta, me atreveré á ofrecerla un poco de vino. Como no ha bebido usted... Es vino de su tierra, vino italiano, y, puesto que somos ya sus huéspedes, nos complacería que una divina boca italiana se dignase aceptar el ofrecimiento de unos franceses.

Movía la cabeza dulcemente con intención de negarse y con deseo de aceptar; cogí la botella y llenando una copa se la presenté, diciendo:

—Beba usted, para darnos la bienvenida ya en su patria.

Cogió la copa y vaciándola de un sorbo, porque sin duda estaba sedienta, me la devolvió sin darme las gracias.

Entonces le ofrecí las cerezas.

—Coja usted, señora; se lo ruego. Ya ve cuánto nos complace su confianza.

Miró de reojo las frutas y dijo, tan rápidamente, que me costó algún trabajo traducirlo:

—*A me non piacciono ne le ciliegie ni le susine; amo soltanto le flagole.*

—¿Qué ha dicho?— preguntó Pablo inmediatamente.

—Ha dicho que no le gustan las cerezas ni las ciruelas; que le gustan solamente las fresas.

Y puse sobre las rodillas de la mujer un periódico lleno de fresas campestres. Empezó á comerlas con gusto, cogiéndolas con los dedos, echándolas á la boca desde cierta distancia y abriendo sus labios, para cogerlas, de un modo gracioso y atractivo.

Cuando acabó, cuando el rápido movimiento de su mano hizo desaparecer en su boca la última fresa, le pregunté:

—Ahora, ¿qué podría ofrecerle que la fuese agradable?

Y contestó:

—Deme un pedazo de pollo.

Devoró la mitad del ave á grandes bocados y con ansias de animal carnívoro. Luego decidióse á comer cerezas y ciruelas—que no la gustaban—y pasteles. Dijo, acabando:

—Ya basta.

Y se hundió en su rincón.

Aquello me divertía mucho y procuré que siguiera comiendo—multiplicando, para decidirla—

mis cumplidos y mis ofrecimientos. Pero de pronto volvió á enfurecerse, lanzándome á la cara un terrible «¡Nada!»

Volviéndome hacia mi amigo, le dije:

—Mi pobre Pablo: me parece que perdimos el pleito y las costas.

Acercábase la noche, una calurosa noche de estío, que lentamente cuajaba de sombras la tierra abrasada. A lo lejos, de trecho en trecho, junto al mar, lucían las farolas de los cabos en los más altos promontorios, y algunas estrellas—apareciendo también sobre un horizonte obscuro—confundíanse con los faros.

El perfume de los naranjos hacíase más penetrante; lo respirábamos con avidez, ensanchando mucho los pulmones para que llegase hasta lo más hondo. Algo muy dulce, delicioso, divino, parecía flotar en el aire embalsamado.

Y de pronto vi á la sombra de los árboles, á lo largo de la vía, sobre la negra obscuridad, algo así como una lluvia de estrellas. Parecían gotas de luz saltando, revoloteando, corriendo entre las hojas astros diminutos caídos del cielo para jugar sobre la tierra. Eran las luciérnagas, insectos lu-

minosos que bailoteaban en el aire perfumado una extraña danza de fuego.

Una luciérnaga entró casualmente en nuestro vagón; iba de uno á otro lado con su intermitente fulgor, tan pronto apagado como encendido. Cubrí el farol con la pantalla azul, contemplando las evoluciones del insecto luminoso, las curvas caprichosas de su vuelo inflamado. De pronto fué á posarse sobre los negros cabellos de nuestra compañera de viaje, que reposaba con los ojos cerrados. Y Pablo la contemplaba extasiado, con la mirada fija en aquel punto movible y brillante como una joya viviente sobre la cabeza de una soñadora.

La italiana se incorporó á las diez y cuarenta y cinco, llevando aún prendido en los cabellos el insecto luminoso.

Dirigiéndome á ella, dije:

—Ya llegamos á Génova.

Ella, sin ocuparse de nosotros, murmuró, como si un tenaz y abrumador pensamiento la obsesionara:

—¿Y qué hago yo ahora?

Luego, de repente, me preguntó:

—¿Me permiten ir con ustedes?

Dejóme tan sorprendido aquella pregunta, que no pudiendo explicármela, interrogué:

—¿Qué significa eso? ¿Qué quiere usted decir?

Ella repitió cada vez más rabiosa:

—¿Me permiten ir con ustedes ahora mismo?

—¡Ya lo creo! ¿Y dónde quiere usted que vayamos? ¿A dónde quiere que la llevemos?

Encogióse de hombros con soberana indiferencia:

—Donde ustedes quieran; lo mismo da.

Y repitió: —«Lo mismo da; lo mismo da.»

—Nosotros vamos al Hotel.

Ella masculló, indiferente, casi despreciativa:

—Pues bueno; al Hotel.

Acerquéme á Pablo y le dije:

—Me ha preguntado si tenemos inconveniente alguno en llevarla con nosotros.

La sorpresa loca de mi amigo hizome recobrar mi serenidad. Pablo balbució:

—¿Con nosotros? ¿Por qué? ¿A dónde? ¿Cómo?

—¿Lo sé yo por ventura? En tono brusco acaba de hacerme la proposición. He dicho que íbamos al Hotel, y me ha replicado: «¡Bueno; al Hotel!» No debe traer dinero. Tiene una bonita manera de franquearse.

Pablo, agitado y tembloroso, dijo:

—Claro, sí; me parece bien; dile que la llevaremos adonde más la guste—dudó un instante y prosiguió, inquieto:—Pero es necesario que sepamos por cuál de los dos se decide. ¿Irá contigo? ¿Irá conmigo?

Dirigiéndome á la italiana, que no se preocupaba de nuestra conversación, sumergida por completo en su indiferencia, dije:

—Nos agrada mucho que usted nos acompañe; pero mi amigo está impaciente por saber si usted se apoyará en su brazo ó en el mío.

Abrió desmesuradamente sus ojazos negros, y respondió con vaga inquietud:

—¿Qué más da?

Insistí:

—Creo que llaman los italianos al amigo que se preocupa de cuidar y servir á una mujer, que atiende á sus deseos y á sus caprichos, un *paciente*. ¿A cuál de los dos elige usted para servirle de *paciente*?

Ella contestó de pronto:

—A usted.

Entonces le dije á Pablo:

—Me ha preferido; lo siento por ti; no te ayuda la suerte.

Pablo, rabioso, me felicitó. Y después de reflexionar algunos minutos, me dijo:

—¿Pero cargas con esa pájara? ¡Bonito viaje! ¿Dónde nos presentaremos con una mujer así? No querrán alojarnos en ningún hotel decente.

La italiana me iba pareciendo interesante, muy superior á como la juzgué al principio; y deseaba, sí, deseaba llevarla conmigo. Me complacía esta idea, sintiendo ya la impaciente inquietud, el escozor que la perspectiva de una noche de voluptuosidad derrama en las venas. Contesté:

—Amigo mío, ya hemos aceptado; no es posible retroceder. Tú me aconsejaste que aceptara.

Pablo murmuró:

—Es una cosa estúpida. ¡Bien! Haz lo que te plazca.

El tren silbaba y se detenía: llegamos.

Bajé del vagón; ofrecí la mano á mi compañera de viaje, que saltó ligeramente y admitió mi brazo sin repugnancia. Cuando hubimos recogido los equipajes, penetramos en la ciudad. Pablo iba en silencio, nervioso.

—¿A qué hotel iremos?—pregunté—. Acaso no sea fácil cosa entrar en la *Cité de Paris* con una mujer, sobre todo con esta italiana.

Pablo me interrumpió:

—Sí; con esta italiana, que tiene más aire de buscona que de duquesa. Nada me importa. Resuelve á tu gusto.

Quedé perplejo. Había escrito á la *Cité de Paris* pidiendo habitación... y no sabía cómo decidirme.

Dos mozos, cargados con el equipaje, nos seguían.

Indiqué á Pablo:

—Tú puedes adelantarte; decir que llegamos; insinúas al dueño que me acompaña una... amiga, y que deseamos para los tres un departamento independiente para no rozarnos con los demás viajeros. El entenderá de qué se trata, y con arreglo á su respuesta, decidiremos.

Pero Pablo murmuró:

—Gracias. No me satisfacen esos encargos; yo no vine á prepararte habitación para tus placeres.

Insistí:

—Amigo, no te disgustes. Más vale hospedarse en un buen hotel que en uno de mala muerte, y no

es cosa difícil pedir al dueño tres habitaciones independientes y un comedor particular.

Como repetí lo de «tres habitaciones independientes», dióse á partido.

Le vi entrar en el hotel mientras yo aguardaba en la acera de enfrente, junto á la italiana, silenciosa, y seguido por los mozos que llevaban nuestros equipajes.

Después le vi acercarse de nuevo á nosotros con el rostro adusto, como el de mi compañera.

—Ya está, nos admiten; pero sólo disponemos de dos alcobas; resuelve á tu gusto el problema.

Entramos, y me avergonzaba no poco mi sospechosa compañía.

Nos dieron dos alcobas separadas por una salita. Pedí una cena fiambre, y dirigiéndome á la italiana, dije:

—Sólo hay dos alcobas disponibles; elija usted la que más le guste.

Ella contestó su eterno—«¿Qué más da?»—Entonces cogí su negra maletilla de madera, una especie de baúl de criada, y la llevé á la alcoba de la derecha, la que yo había elegido para ella... para nosotros. Una mano francesa había escrito en un

pedazo de papel encolado sobre la tapa: *Señorita Francesca Rondoli.—Génova.*

Entonces la pregunté:

—¿Se llama usted *Francesca*?

Sin pronunciar una palabra, con la cabeza indicó un «Sí».

Continué:

—Vamos á cenar pronto; pero tiene usted tiempo, si lo desea, de arreglarse.

Contestó con un signo de indiferencia, como quien dice: «No me importa.»

Insistí:

—Después de un viaje largo en ferrocarril, da gusto sacudirse y lavarse un poco.

Luego pensé que acaso no tenía los objetos necesarios á una mujer para su aseo; parecióme que aquella criatura salía de una situación extraña, de una desagradable aventura, y le ofrecí mis cepillos y mis peines, mis tijeras, mis limas y mis esponjas. Abrí un frasco de agua de Colonia, otro de agua de lavanda perfumada, un pomo de *new-mown-hay*, la polvera; saqué mis toallas finas y una pastilla de jabón.

Ella me observaba sin que al parecer la extra-

ñaran ni la satisficieran mis cuidadosas atenciones.

—Ahí tiene todo lo necesario. Cuando traigan la cena la llamaré.

Y volví á la salita. Pablo había tomado posesión de la otra alcoba, encerrándose por dentro; estuve solo, aguardando.

Un mozo entraba y salía con los cubiertos y las copas, poniendo la mesa muy despacio. Luego sirvió un pollo fiambre.

Dí unos golpecitos á la puerta de la señorita Rondoli.

—Entre usted—dijo.

Y entré. Un vaho sofocante de perfumería me ahogó; un olor molesto, recargado, como el que se nota en las peluquerías.

La italiana estaba sentada sobre su maleta en actitud de visionaria descontenta ó de criada despedida. Comprendí al momento de qué modo tenía costumbre de asearse. La toalla estaba doblada sobre el jarro lleno; el jabón intacto y seco junto á la jofaina vacía; pero hubiérase dicho que la joven había bebido la mitad de los frascos de esencias. Con el agua de Colonia, sin embargo, estuvo eco-

nómica; sólo gastó la tercera parte; en cambio, del agua de lavanda perfumada y del *new-mown-hay* había hecho gran consumo. Una nube de polvos



de arroz, una vaga neblina blanca parecía flotar aún en el aire; de tal modo se había embadurnado la cara y el cuello; como nieve la cubrían las cejas, las pestañas, las sienes; llevaba un emplasto en cada mejilla y en todas las concavidades de su

rostro: sobre las alas de la nariz, en el hoyuelo de la barba y en la órbita de los ojos.

Cuando se levantó, prodújose un olor tan fuerte, que sentí jaqueca.

Y nos sentamos á la mesa para cenar. Pablo tenía un humor de todos los demonios. No pude sacarle más que palabras de censura, apreciaciones molestas y cumplimientos desagradables.

La señorita Rondoli devoraba como una fiera. Cuando acabó de comer, quedóse adormecida sobre un sofá. Yo esperaba con inquietud que llegase la hora decisiva del reparto de habitaciones. Decidíme á precipitar los acontecimientos, y sentándome junto á la italiana, le besé la mano con galantería.

Entreabriendo los ojos fatigados, fijó en mí una mirada soñolienta, donde se reflejaba su inacabable descontento.

Entonces le dije:

—Puesto que sólo tenemos dos alcobas, ¿me permite usted recogerme en la suya?

Y ella contestó:

—Haga usted lo que quiera. Lo mismo da. Esta indiferencia me hirió.

—¿Le parece tolerable mi compañía?

—Lo mismo da. Como usted quiera.

—¿Desea usted acostarse ahora mismo?

—Sí; tengo mucho sueño.

Levantóse, bostezó tendiendo una mano á Pablo, el cual se la tomó rabioso, y la siguió para encender una luz en nuestra alcoba.

Pero una inquietud me obsesionaba.

—Aquí tiene usted todo lo que puede servirle.

Y cuidé yo mismo de vaciar en la jofaina la mitad del jarro y poner la toalla junto al jabón.

Luego me acerqué á Pablo, que me dijo al verme:

—Has traído una magnífica bestia.

Le contesté riendo:

—No repitas la fábula de las uvas verdes.

Insistió con intención malévola:

—Veremos, cuando las pruebes, si se te indigestan.

Estremecíme, y el miedo atormentador que nos persigue después de gozar sospechosos amores, el miedo que nos mengua las delicias de agradables encuentros, los contactos imprevistos, los besos de aventura, me sobrecogió. Sin embargo, mostréme valiente:

—¡Vaya! Esta mujer no es una buscona.

Pero me había sugestionado el maldito, y adivinó en mi rostro la sombra de mis inquietudes.

—¿Cómo lo sabes? ¿La conoces acaso? ¡Eres un hombre asombroso! Recoges en un vagón una italiana que viaja sola; te ofrece, con un cinismo verdaderamente singular, acostarse contigo en una cama cualquiera, ¡y pretendes que no sea una buscona! Y te persuades de que no corres igual peligro que si fueras á dormir en una casa de placer... con una sifilítica.

Y reía con mala intención. Me senté, angustioso, torturado. ¿Qué decidir? Pablo tenía razón. Y un combate horrible se libró dentro de mí entre un temor y un deseo.

Pablo continuó:

—Haz lo que te plazca; yo te advierto para que no te quejes de las consecuencias.

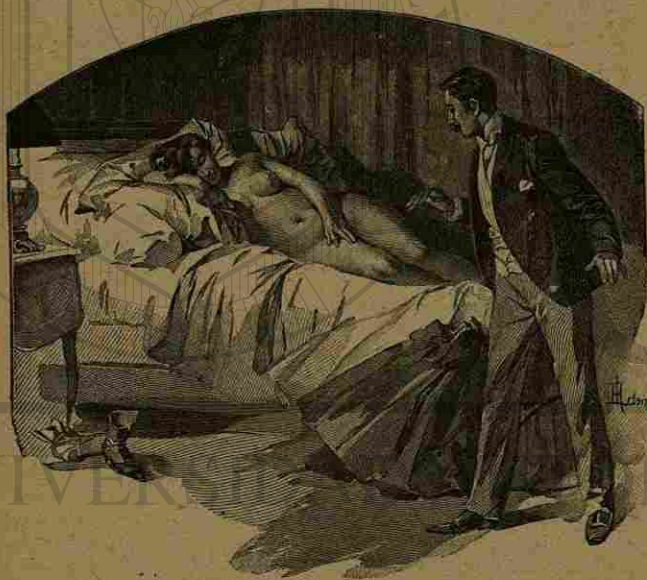
Pero vi en sus ojos una satisfacción tan irónica, un goce tan vengativo, una burla tan sangrienta, que no dudé ni un momento. Le tendí la mano, dándole las buenas noches y diciéndole, como el poeta:

—Quien vence sin peligro, triunfa sin gloria.

En verdad, amigo, por el placer de la victoria me arriesgo yo siempre.

Y entré con paso firme en la alcoba de Francesca.

Quedéme junto á la puerta, sorprendido, mara-



villado. Completamente desnuda, ya dormía sobre la cama. El sueño la sorprendió cuando acababa de quitarse la ropa, y descansaba en la postura hermosa de la magnífica mujer de Ticiano.

Sin duda se había echado lánguidamente para quitarse las medias, las cuales aún estaban sobre la colcha; luego se habría distraído, sin duda, pensando en algo, en algo agradable, permaneciendo inmóvil para no interrumpir su meditación; así, cerrando los ojos dulcemente, se habría rendido al sueño. Una camisa de noche, con el escote bordado, comprada en un almacén de confecciones, lujo de principianta, estaba en una silla.

La mujer era bien formada, joven, dura y fresca.

¿Hay nada más hermoso que una mujer dormida? El cuerpo femenino, de suaves contornos, de seductoras curvas, cuyas abultadas carnosidades precipitan el corazón, parece creado para la inmovilidad del lecho. Esa línea ondulante que se muestra cóncava en el costado, que se levanta en la cadera y desciende graciosa y ligeramente formando la pierna, para terminar con suma coquetería en la punta del pie, sólo se dibuja con todo su exquisito encanto sobre las ropas de una cama.

Me disponía de pronto á olvidar los consejos prudentes de mi amigo, cuando se ofrecieron á mi vista, intactos, los preparativos de aseo dispuestos

305 29

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

por mí. Sentéme, ansioso, torturado por la irresolución.

Así estuve algún tiempo, mucho tiempo, más de una hora tal vez, sin decidirme á nada: ni al ataque ni á la huida. Considerando absurdo escapar, era necesario que pasara la noche sentado en una silla ó que me acostase arriesgándome á todos los peligros.

En cuanto á dormir, ni en un lugar ni en otro me sería posible; mi cabeza estaba demasiado exaltada y mis ojos demasiado entretenidos.

Me revolví sin cesar, vibrante, febril, incómodo, excesivamente enervado. Luego me hice un razonamiento de vencido: «Acostarme, no me compromete á nada. Siempre descansaré mejor sobre un colchón que sobre una silla.»

Y me desnudé lentamente. Pasando por encima de la mujer, coloquéme junto á la pared, de espaldas á la tentación.

Así estuve algún tiempo, mucho tiempo, sin dormir.

Pero de pronto mi compañera despertó, abriendo los ojos con sorpresa y mostrando su habitual disgusto. Al reconocerse desnuda, levantóse y

tranquilamente se puso la camisa de noche, con la misma indiferencia que si yo no hubiera estado allí.

Entonces... Diantre... Aproveché la ocasión propicia, sin que á ella la preocupase lo más mínimo. Luego volvió á dormirse plácidamente, apoyando la cabeza sobre su brazo derecho.

Y yo quedé reflexionando acerca de la imprudencia y la debilidad humanas. Al cabo, el sueño me rindió también.

.....
La italiana se levantó muy temprano, como quien tiene costumbre de hacer algún trabajo por la mañana. El movimiento que hizo al incorporarse me despertó, y la contemplé con los párpados entornados.

Iba y venía, sin apresurarse, como extrañada de no tener cosa que hacer. Luego se acercó al lavabo, consumiendo en un instante cuantos perfumes quedaban en los frascos. También echó mano del agua, pero en poquísima cantidad.

Cuando acabó de vestirse, volvió á sentarse sobre su maleta, y cruzando sus brazos alrededor de una de sus rodillas, quedóse meditabunda.

Entonces, como si despertase y no la hubiese

visto hasta el momento aquel, dije: «Buenos días, Francesca».

Y murmuró, sin mostrarse más agradable que la víspera: «Buenos días».

—¿Ha dormido bien?—la pregunté.

Sin despegar los labios hizo un signo de afirmación con la cabeza; salté de la cama para darle un beso, y me presentó su rostro con un movimiento desdeñoso, como una criatura á la que acarician contra su gusto. La oprimí cariñosamente (ya una vez destapado el vino, fuera necio no beber) y puse lentamente mis labios sobre sus hermosos ojos aburridos, que se cerraban á mis besos, sobre sus mejillas rosadas y sobre sus labios carnosos.

—¿No la agrada que la besen?—dije.

—¿Qué más da?—contestó.

Me senté sobre la maleta junto á la joven, y abrazándola exclamé:

—«¿Qué más da?» «¿Qué más da?» «¿Qué más da?», responde á todo. En adelante la llamaré la señorita «Qué más da».

Por vez primera creí adivinar en sus labios la sombra de una sonrisa; pero fué una impresión tan rápida, que pude muy bien equivocarme.

—Si usted contesta siempre «¿Qué más da?», no sabré qué intentar para complacerla. Vaya, ¿qué haremos hoy?

Dudó un instante, como si el esbozo de un deseo atravesara por su pensamiento; después dijo indolentemente:

—¿Qué más da?; lo que usted quiera.

—Pues bien, señorita «Qué más da»: iremos á pasear en coche.

—Como usted quiera—murmuró.

Pablo nos aguardaba en la salita con el aburrido aspecto de los terceros en asuntos de amor. Yo procuré mostrarme alegre y satisfecho, apretándole la mano con mucha energía, reveladora de confesiones triunfantes.

—¿Qué piensas hacer?—me preguntó.

—Por de pronto andaremos un poco por la ciudad, y luego tomaremos un coche para ver algo de los alrededores.

Almorzamos en silencio; luego salimos á la calle para visitar museos; Francesca se apoyaba en mi brazo. Recorrimos el Palacio Spínola, el Palacio Doría, el Palacio Marcelo Durazzo, el Palacio Rojo y el Palacio Blanco. Francesca, distraída casi de

continuo, sólo alguna vez fijaba en las obras de arte sus ojos fatigados é indiferentes. Pablo, exasperado, nos seguía mascullando palabras desapacibles. Luego un coche nos paseó por la campiña: los tres parecíamos mudos.

Volvimos al hotel á la hora de comer.

Al día siguiente hicimos lo mismo, de igual manera; y al otro día otro tanto.

Pablo me dijo al fin:

—Mira, yo te dejo: no voy á estarme tres semanas viendo cómo enamoras á esa pájara.

Quedé perplejo, muy turbado, porque descubrí, con gran sorpresa mía, que me aficionaba de un modo singular á Francesca. El hombre es débil y tonto, cualquiera emoción le domina y en cuanto sus sentidos se excitan ya no es dueño de sí. Yo me sentía ligado y retenido por aquella muchacha desconocida, por aquella muchacha taciturna y siempre descontenta. Me agradaba su rostro desapacible, la mueca despreciativa de su boca y el aburrimiento de su mirada; me agradaba su expresión de cansancio, sus modales duros y hasta la indiferencia de su caricia. Un lazo secreto, ese lazo misterioso del amor bestial, esa ligadura de la posesión mal

satisfecha, me retenía. Se lo confesé á Pablo tranquilamente; me trató de imbécil y me dijo al cabo: «Está bien; llévala contigo.»

Pero ella se negó en absoluto á irse de Génova, sin explicarnos el motivo. Yo recurrí á los ruegos, á las razones, á las promesas. Todo fué inútil.

Y me quedé con ella.

Pablo dijo que se iría solo; arregló su maleta, pero no se fué.

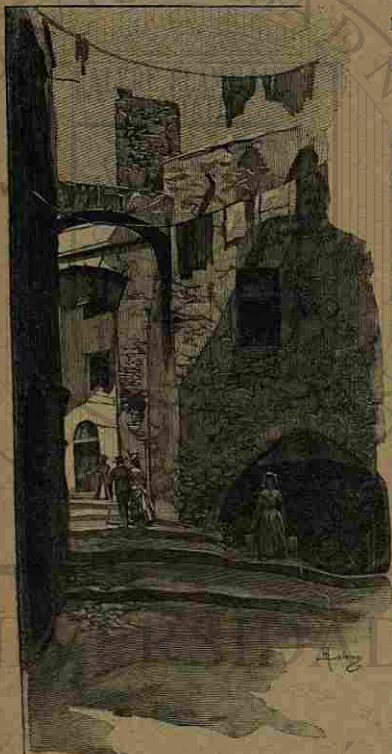
Y pasaron quince días. Francesca, siempre silenciosa y de mal humor, vivía «junto á mí», porque aquello no era vivir conmigo, respondiendo á todos mis deseos, á todas mis preguntas, á todas mis proposiciones con su eterno «¿Qué más da?», ó con su no menos eterno: «Lo que usted quiera.»

Mi amigo no se aplacaba, y á sus justas cóleras, yo respondía:

—Puedes irte cuando te aburras. No te detengo. Entonces me injuriaba, cubriéndome de insultos:

—¿A dónde puedo ir ya? Disponíamos de tres semanas y hemos perdido quince días. ¿Cómo voy á continuar solo el viaje? ¿Qué haría yo en Venecia, en Florencia, en Roma? Tú me las pagarás cuando menos lo pienses. No se trae á un hombre

desde París para que vea cómo te diviertes con una buscona italiana, encerrado en un hotel de Génova.



—Pues vuélvete á París—le decía yo tranquilamente.

—Eso haré mañana mismo—contestaba.

Pero al día siguiente, como la víspera, sin apartarse de nosotros, maldecía furiosamente.

Ya nos conocían al vernos vagando desde la mañana á la noche, por las calles estrechas y sin aceras de aquella ciudad que parecía un laberinto de piedra, cruzado de pasadizos, muy semejantes á caminos subterráneos. Andábamos

por esos pasadizos, donde soplan furiosas corrientes de aire; por las travesías encerradas entre muros tan altos que dejan ver apenas una raya del cielo. Los franceses que nos encontraban al paso, asombrábanse de ver á dos compatriotas en compañía de aquella muchacha displicente, adornada con telas chillonas, cuyo aspecto era extraño, comprometedor, impropio de nuestro porte.

Francesca se apoyaba en mi brazo sin reparar en nada. ¿Por qué permanecía conmigo, con nosotros, que al parecer no sabíamos agradarla? ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Qué significaba? ¿Tenía un proyecto, una idea? ¿O vivía de los encuentros, de las casuales aventuras? Yo trataba inútilmente de juzgarla, de penetrarla, de razonarla. Cuanto más la conocía, más me sorprendía, mostrándose cada vez más incomprendible. Seguramente no era una buscona como las que hacen un oficio del amor. Sin duda era hija de una familia pobre; seducida, arrastrada, luego abandonada y al fin perdida sin recursos. Pero ¿qué proyectos eran los suyos? ¿Qué aguardaba? ¿Por qué no hacía el menor esfuerzo para conquistarme, ni para conseguir de mí algún provecho material?

Traté de sonsacarla, preguntándole algo de su niñez, de su familia; no me contestó. Y seguía á su lado con el corazón libre y la carne atenazada, nunca satisfecho de sus caricias ni harto de tener en mis brazos aquella hembra insensible y arisca, ligado á ella como una bestia, por la sensualidad, seducido, vencido por su carne, por la frescura juvenil y sana de su piel sabrosa, por las correctas líneas de su cuerpo robusto.

Transcurrieron ocho días más. El fin de mi viaje se acercaba, porque debíamos volver á París el 11 de Julio. Pablo se había resignado, pero no dejaba de injuriarme. Yo me preocupaba mucho, inventando placeres, distracciones, paseos, para distraer á mi querida y á mi amigo.

Un día les propuse una excursión á Santa Margarita. El agradable pueblecillo, rodeado de jardines, ocúltase al pie de una costa que avanza en el mar hasta Portofino. Los tres seguíamos el deleitoso camino que serpentea sobre la montaña.

De pronto, Francesca me dijo:

—Mañana me será imposible pasear con ustedes. Iré á ver á mi familia.

Y calló.

No quise preguntarle nada, seguro de que no me contestaría.

En efecto, se levantó muy de mañana, y como yo siguiera echado, sentóse á los pies de mi cama y dijo recelosa, turbada, contrariada:

—Si por la noche no he vuelto, ¿irá usted á buscarme?

—Seguramente. Pero ¿á dónde?—pregunté.

—Vaya usted á la calle de Víctor Manuel, y tomando el Pasaje Falcone y la travesía de San Rafael, entrará usted en la casa de un mueblista que hay allí; en el fondo del patio, á mano derecha, pregunta usted por la señora Rondoli. Allí vivimos.

Y se fué, dejándome de veras preocupado.

Viéndome solo, Pablo me preguntó por Francesca, y le referí lo que ocurría.

—¡Bueno! Aprovecha la ocasión y vayámonos—dijo—. Así como así, ya es tiempo de que volvamos á París. Dos días antes ó dos días después, no hacen al caso. ¡En marcha! ¡Las maletas! ¡En marcha!

—Considera que no puedo abandonar así á esa

criatura—respondí—. He vivido con ella tres semanas; debo despedirme y hacerle un regalo. No puedo irme así, no puedo portarme como un cochino.

Pero ni me atendió ni quiso escucharme, apresurándome, hostigándome. A pesar de lo cual no cedí.

Estuve todo el día en casa esperando á que Francesca volviese. No volvió. Por la noche, mientras comíamos, Pablo me dijo, triunfante:

—¡Tiene gracia! Ella se cansó antes que tú; amigo mío, te ha dejado. ¡Tiene gracia!

Confieso que me sentía molestado, sorprendido. Pablo, en mis propias barbas, reíase de mí, haciéndome burla.

—El recurso no es malo, pero es muy primitivo: «Aguarde usted, en seguida vuelvo.» ¿Piensas aguardarla mucho? ¿Quién sabe? Acaso cometes la estupidez de ir á buscarla donde te ha dicho: «La señora Rondoli, ¿vive aquí?» «No conocemos á esa señora.» Apuesto á que deseas ir allá.

Creí que debía defenderme por decoro.

—No, amigo; si no ha vuelto mañana por la mañana, te aseguro que me voy en el expreso de las

ocho. Habré aguardado veinticuatro horas más; lo bastante para tener mi conciencia tranquila.

Estuve toda la noche inquieto, algo triste, algo nervioso. A las doce me acosté y apenas dormí.

A las seis desperté á Pablo, y dos horas más tarde tomábamos juntos, mi amigo y yo, el tren de Francia.



PERO al año siguiente y hacia la misma época, me invadió nuevamente, como repite una fiebre periódica, el deseo de ir á Italia. Decidíme de pronto á emprender el viaje, porque las visitas á Venecia, Florencia y Roma son esenciales para la educación de una persona culta. Esto, además, proporciona en las relaciones sociales muchos motivos de conversación y permite menudear ciertas artísticas vulgaridades, que parecen siempre oportunas.

Entonces viajé solo, llegando á Génova como el año anterior y á la misma hora, pero sin aventuras de viaje. Fuime á dormir al mismo hotel, y me dieron casualmente la misma alcoba! Apenas me acosté, sentí palpable y vivo el recuerdo amoroso que desde la víspera flotaba en mi pensamiento vagamente, y la imagen de Francesca me turbó con una persistencia extraña.

¿Sentisteis la obsesión de una mujer, que renace cuando pasó mucho tiempo, al volver al sitio donde la pretendisteis ó la gozasteis?

Es para mí una de las emociones más violentas y dolorosas. Imagino que de un instante á otro debe aparecer, sonreír, ofrecerme sus brazos. Su imagen, vaporosa y clara, se presenta, huye, vuelve y desaparece. Tortura como una pesadilla, sobrecoge, inunda el corazón, excita los sentidos con su presencia real. Los ojos la ven; se nota su perfume favorito; percibe la boca el sabor de sus besos, y toda la carne la caricia de su carne. Sin embargo, sé que no hay nadie conmigo, que allí estoy solo, y padezco la turbación extraña de aquel delirio evocado. Una tristeza insoportable y dolorosa me domina. Parece que me abandonan para siempre. Todos los objetos que me rodean adquieren una significación desconsoladora, arrojando al corazón y al alma una impresión horrible de aislamiento y desamparo. ¡Ah! ¡No volváis nunca, no volváis al pueblo, á la casa, al bosque, al jardín, al banco donde hayáis tenido en vuestros brazos á una mujer deseada!

Toda la noche me torturó el recuerdo amoroso

de Francesca, y poco á poco el deseo de volver á verla se apoderaba de mí; un deseo confuso al principio, luego más claro, más agudo, ardiente. Y resolví pasar en Génova un día para buscarla. Si no lograba verla, tomaría el tren de la noche.

Por la mañana comencé mi indagatoria. Recordaba perfectamente las señas que me había dado al despedirse: «Calle Víctor Manuel, Pasaje Falcone, Travesía de San Rafael; casa de un mueblista, al fondo del patio, á la derecha.»

Sin la menor dificultad llegué á la puerta que buscaba y llamé. Una voluminosa mujer, que habría sido muy guapa en sus tiempos y era ya solamente muy sucia, salió. A pesar de su excesiva gordura, conservaba cierta majestad que acompaña siempre á la belleza. Los mechones de su cabello despeinado caían sobre su frente y sobre sus hombros, y se veía flotar, bajo su vestido lleno de lamperones, toda su carne fofa. Lucía un enorme collar dorado y en ambas muñecas brazaletes monumentales en filigrana de Génova.

—¿Qué desea usted?—me preguntó con expresión hostil.

—¿Vive aquí la señorita Francesca Rondoli?

—¿Para qué necesita usted saberlo?

—Hace un año tuve la satisfacción de conocerla, y desearía saludarla...

—¿Dónde la conoció usted?—preguntóme la mujer, observándome con cierta desconfianza.

—Aquí mismo, en Génova.

—¿Cómo se llama usted?

Dudé un momento y dije mi nombre. Apenas lo hube pronunciado, la italiana hizo un ademán como si quisiese abrazarme.

—¡Ah! Es usted «el francés». ¡Cuánto me gusta verle! ¡Cuánto me gusta! Pero ¡qué malos ratos hizo usted pasar á la pobre niña! Le aguardó un mes, caballero; un mes. Creyó que vendría usted á buscarla inmediatamente. Sí; era la prueba para ver si usted la quería mucho. ¡Lloró tanto al convenirse de que usted no vendría! ¡Lloró amargamente! Y luego fué al hotel; usted se había ido. Ella creyó que viajaba usted por Italia, que volviendo á Génova la buscaría usted. Estuvo aguardando más de un mes; triste, siempre triste... ¡Soy su madre!

De pronto me sentí bastante desconcertado: luego recobré mi serenidad, y dije:

—¿Pero no está en casa?

—No, caballero; ha ido á París con un pintor, un guapo mozo que la quiere mucho y que satisface todos los caprichos de la pobre criatura. Mire usted, mire usted lo que me ha enviado á mí, á su madre. Muy bonito, ¿verdad?

Y me iba enseñando con animación meridional los grandes brazaletes que ceñían sus carnosas muñecas, y el pesado collar que lucía en su garganta; luego prosiguió:

—Tengo también unos pendientes con piedras preciosas, un vestido de raso y sortijas; pero no me las pongo por la mañana; me las pongo solamente hacia la tarde, cuando me visto para salir. ¡Oh! ¡Es dichosa Francesca; muy dichosa! ¡Se alegrará cuando sepa que usted ha venido! Se lo escribiré... Pero entre usted, caballero, siéntese y tome alguna cosa. Entre usted.

Yo me negaba; quería irme en el primer tren. Pero la mujer me cogió de un brazo y me arrastraba, repitiendo:

—Entre usted, caballero, para que yo pueda escribir á mi hija que usted ha estado en casa.

Y me llevó á una salita bastante oscura, donde

había una mesa de comedor y algunas sillas. La mujer continuaba:

—Ya es dichosa, muy dichosa. Cuando la encontró usted en el ferrocarril había sufrido un triste desengaño. Su amante la dejó en Marsella. Y la pobre criatura volvía... Ella le quiso á usted mucho, se aficionó á usted desde luego, pero aún estaba triste; ya comprenderá usted. Ahora no le falta nada; escribe diciendo todo lo que hace: su amigo se llama el señor Bellemin; dicen que es un pintor muy estimado en Francia. La conoció en la calle cuando vino á Génova, y la mostró cariño en seguida... Pero es necesario que tome usted alguna cosa... Un vaso de horchata... Es muy buena... ¿Y ha venido usted solo esta vez?

—Sí; enteramente solo.

A la desagradable contrariedad sentida primero, sucedió una gana de reirme, que iba en aumento con las declaraciones de la señora Rondoli. No pude negarme á beber un vaso de horchata.

—¿De manera que viene usted solo? ¡Ah! ¡Cuánto siento que Francesca no esté aquí! Ella le hubiese acompañado hasta su regreso; no es divertido an-

dar solo por esas calles. Al enterarse, la pobre criatura lo sentirá.

Y cuando yo me levantaba para despedirme, añadió:

—Pero si quiere usted que le acompañe Carlota... Conoce muy bien los paseos... Carlota es mi segunda hija.

La mujer creyó que mi estupefacción significaba consentimiento, y acercándose á la puerta interior, gritó en la obscuridad:

—Carlota, Carlota; baja, baja en seguida, hija mía. Quise renunciar á tanta cortesía; ella no lo consintió.

—Carlota le acompañará; es muy dulce y más alegre que Francesca. Es un ángel, todo un ángel, y la quiero mucho.

Sonaron en la escalera unas pisadas, y apareció una hermosa criatura, morena y gentil, pero también despeinada, y dejando adivinar, bajo el viejo vestido que la cubría, un cuerpo juvenil y atractivo.

La señora Rondoli en un momento la puso al corriente de mi situación:

—Es «el francés» de Francesca, el del año pasado;



ya sabes. Ha venido á buscarla, y vive solo en Génova el pobre señor. Tú puedes acompañarle; ya se lo he dicho.

Carlota, fijando en mí sus ojos negros, murmuró sonriendo:

—Si él quiere, por mí no ha de quedar.

¿Cómo negarme? Y exclamé:

—Naturalmente; ¡vaya si quiero!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"EL FRENTE DEL MUNDO"
1625 MONTERREY, MEXICO

Entonces la señora Rondoli dijo:

—Ve á vestirme, de prisa, muy de prisa: ponte el vestido azul y el sombrero con flores. Corriendo...

Cuando su hija hubo salido, prosiguió:

—Aún me quedan otras dos menores. ¡Cuesta educar á cuatro criaturas! Afortunadamente, la mayor está bien colocada...

Luego, me habló de su vida y de su marido—que al morir estaba empleado en la vía férrea—y de todas las cualidades de su hija Carlota.

Esta se presentó vestida con el gusto de su hermana, de un modo llamativo y extraño.

Su madre la examinaba de los pies á la cabeza, encontrándola muy bien y nos decía:

—Ya pueden irse, y que lo pasen alegremente.

Luego, dirigiéndose á la muchacha con seriedad, añadió:

—Vuelve antes de las diez; ya sabes que cierran á esa hora la puerta.

—Ya lo sé; no te preocupes—respondió Carlota.

Cogióse á mi brazo y salí á vagar con ella por las calles, como el año anterior con su hermana.

Después de almorzar la llevé á Santa Margarita,

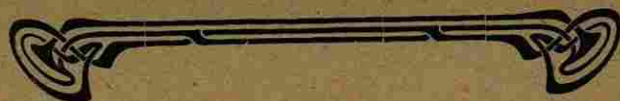
recordando la última excursión que hice con Francesca.

Y por la noche Carlota no volvió á su casa.

Durante los quince días de que yo podía disponer, nos paseamos por los alrededores de Génova y me hizo dichoso.

Al despedirnos, Carlota lloraba; la dejé un recuerdo para ella y cuatro pulseras para su madre.

Cualquier día volveré á Italia. Y á un tiempo me inquieta y me complace pensar que la señora Rondoli tiene otras dos hijas.



LA PATRONA

CUANDO mis padres decidieron que yo fuese á París, para ser abogado, entablaron largas discusiones acerca de cada punto. Me habían señalado una pensión de 2.500 francos; pero mi pobre madre fué presa de un temor que hizo presente á mi padre. «¿Y si derrocha el dinero malamente y no se alimenta bien? Su salud podría quebrantarse. Los jóvenes son capaces de todo.»

Entonces decidieron buscarme una casa de huéspedes, modesta y confortable, que mi familia pagaría directamente cada mes.

Yo no había salido nunca de mi pueblo. Deseaba todo lo que desean los jóvenes, y estaba dispuesto á vivir alegremente; á gozar por todos los medios posibles.

Unos vecinos, á quienes mis padres consultaron, hicieron indicaciones favorables acerca de una

compatriota, la señora Kergaran, que vivía en París y admitía huéspedes. Mi padre arregló el asunto por cartas, y una tarde, acompañado de mi maleta, llegué á casa de aquella respetable señora.

La cual tenía cerca de cuarenta años; era robusta y maciza, y hablaba en tono de capitán instructor, decidiendo todos los asuntos con una palabra, terminante, definitiva. Su residencia, muy angosta, no teniendo más hueco á la calle que una sola ventana en cada piso, parecía una escalera con ventanas, ó mejor aún, una loncha de casa, dispuesta como un emparedado entre las dos casas vecinas.

La patrona vivía en el primer piso con su criada; guisaban y comíamos en el segundo; cuatro huéspedes bretones ocupaban el tercero y el cuarto, y yo me instalé solo en las dos habitaciones del quinto.

Una escalerilla oscura, enroscada como un sacacorchos, conducía á mi vivienda. A todas horas y sin descanso, la señora Kergaran subía y bajaba por aquella espiral, disponiendo aquel domicilio enfilado, como un capitán de buque sus maniobras. Entraba diez veces consecutivas en cada habitación, cuidaba de todo con estruendosas órdenes,

miraba si las camas quedaron bien hechas, si los trajes estaban bien cepillados, si el servicio dejaba cosa que desear. En fin, atendía constantemente á sus pupilos como una madre; más que una madre.

Pronto entablé relaciones con mis cuatro compatriotas. Dos estudiaban la carrera de medicina; los otros dos la de derecho, y los cuatro padecían el yugo despótico de la patrona. La temían tanto como temen los merodeadores á los guardas rurales.

Yo sentí desde luego ardientes deseos de independencia, porque soy por temperamento un indisciplinado. Manifesté que me retiraría por la noche á la hora que tuviese por conveniente, sin atender á las exigencias de la señora Kergaran, que había fijado las doce como límite. A esta pretensión mía, contestó ella clavando en mí sus ojos claros y penetrantes:

—No es posible; no puedo tolerar que la criada no descanse ni de noche; usted no tiene que hacer nada en la calle después de cierta hora.

Repliqué tranquilamente:

—Con arreglo á la ley, señora, viviendo yo aquí, está usted obligada á abrirme cuando venga. Si

usted no lo hace alguna vez, lo haré constar avisando á la pareja, y dormiré aquella noche en una fonda que usted pagará. Es mi derecho. No queda más recurso que dejarme la puerta franca ó despedirme. Ya lo sabe usted; elija.

Yo sentaba estas condiciones riéndome de su bravura. Ella, pasado el primer asombro, quiso parlamentar; pero no admití réplicas y se conformó. Convinimos en que me daría una llave, pero á condición de que no habían de saberlo nunca los demás huéspedes.

Mi energía hizo buen efecto á la patrona, que me distinguió más en adelante. Atendíame con delicadezas y esmero no acostumbrados, y hasta me trataba con una especie de ternura brusca que no me desagradó. Algunas veces, en mi ratos de ocio y expansión, la besaba furtivamente, cogiéndola por sorpresa, nada más que para verla revolverse amenazadora. Cuando me quedaba tiempo de bajar la cabeza rápidamente, su mano pasaba sobre mí con la violencia de una bala, y escapando, yo reía como un loco mientras ella gritaba:

—¡Tunante, más que tunante! ¡Ya me las pagará!
Y acabamos por ser buenos amigos.

Pero conocí en la calle una muchacha, dependienta de un almacén.

De sobra se sabe lo que son esos amoríos de



París. Un día, yendo á clase, tropecé con una joven, sin nada á la cabeza, que se paseaba del brazo de una amiga antes de entrar en el taller. Cambiamos

una mirada, y sentí el estremecimiento que producen los ojos de ciertas mujeres. Esas rápidas simpatías físicas que se manifiestan de pronto en un primer encuentro; esa ligera y delicada seducción que se siente de improviso en presencia de un ser nacido para agradarnos y para que nos corresponda, constituyen los mayores placeres de nuestra vida. ¿Será un amor grande ó un amor pasajero? ¡Qué importa! El caso es que dos naturalezas respondan á un solo amor en un instante. Apenas descubrimos aquel rostro, aquella boca, aquellos ojos, aquella sonrisa, sentimos un encanto delicioso, un goce que penetra en nuestro ser, un dulce bienestar, la revelación pronta de una ternura vaga que nos conduce hacia la seductora desconocida. Como si hubiera en su carne un atractivo que arrastrase nuestra carne, una voz á la que hubiésemos de responder solícitos; como si desde tiempo inmemorial conociéramos á la desconocida; como si hasta supiésemos lo que siente, lo que piensa.

A la mañana siguiente, á la misma hora, pasé por la misma calle. La vi otra vez. Igual durante una semana, y al fin hablamos. El amorío sigue su proceso regular como una enfermedad.

Así, al cabo de un mes, había llegado con Emma al período que precede á la caída y ésta hubiera tenido lugar mucho antes, si hallara yo un sitio oportuno donde provocarla. Mi amiga vivía en familia y se negaba enérgicamente á entrar en una casa sospechosa ni en una posada. Yo me devanaba los sesos buscando un medio, un engaño, una ocasión; al fin tomé un partido extremo y decidí llevarla á mi casa una noche á eso de las once, con pretexto de que tomáramos juntos una taza de te. La señora Kergaran se acostaba todos los días á las diez. Podíamos entrar, por consiguiente, con mi llave, sin despertar ninguna sospecha, mientras no hiciéramos ruido, y salir de igual modo al cabo de una ó dos horas.

Emma aceptó mi convite después de hacerse rogar mucho.

Pasé todo el día inquieto, intranquilo, temiendo complicaciones, catástrofes, un espantoso escándalo. Llegó la noche. Salí de casa y entré en una cervecería para tomar dos tazas de café y cuatro copas que me infundieron algún valor. Luego fui á pasearme por el boulevard Saint-Michel. Oí las diez, las diez y media, y me dirigí pausadamente hacia

el lugar de la cita. Ella me aguardaba ya; se apoyó en mi brazo, y muy amarteladitos nos encaminamos hacia mi casa. A medida que íbamos estando más cerca, mi angustia aumentaba. «Mientras la señora Kergeran esté acostada ya, no será malo», pensé, y dije á Emma repetidas veces:

—Sobre todo, no hagas ruido en la escalera.

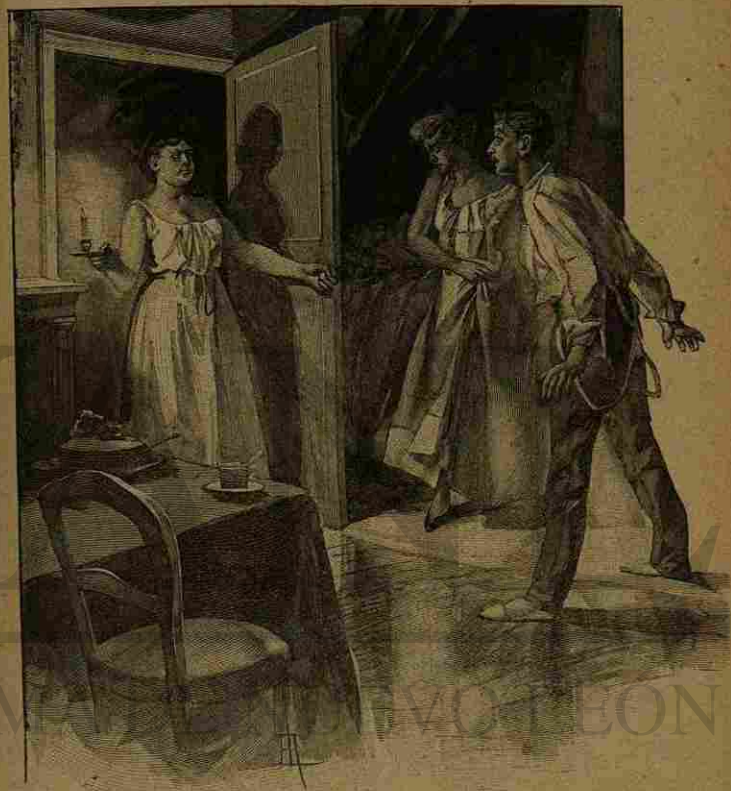
—¿Tienes miedo que nos oigan? — preguntó riendo.

—No. Pero sentiría despertar á mi vecino, que está muy enfermo.

Llegamos á la calle de Saints-Pères. Me acerqué á mi casa, con la misma aprensión que sentimos acercándonos á la de un dentista. No se veía luz. Sin duda ya dormían todos. Respiré. Abri la puerta con precauciones de ratero, y cuando hubo entrado mi compañera, volví á cerrar. Subimos de puntillas y conteniendo la respiración; encendí un fósforo para que la muchacha no tropezase.

Al pasar frente al cuarto de la patrona mi corazón latía con violencia. Llegamos al fin al segundo piso, al tercero y al cuarto; ya estábamos en el quinto, en mi habitación. ¡Victoria! ¡Victoria!

Sin embargo, sólo me atreví á hablar en voz baja



y me quité las botas para no hacer ningún ruido. Tomamos el te, preparado en un hornillito de alcohol sobre la cómoda. Luego, impaciente, poco á

poco, jugueteando, fui quitándole á mi amiga el vestido; ella se defendía resistiendo, colorada, confusa, retardando lo más posible el instante fatal y agradable.

Casi estaba desnuda, cuando la puerta se abrió de golpe y la señora Kergaran apareció, con una palmatoria en la mano y sin más ropa que la que le había quedado á Emma para cubrir sus carnes.

Retrocedí espantado y me quedé confuso viendo las dos mujeres que se contemplaban frente á frente. ¿Qué sucedería?

La patrona dijo con altivez:

—Yo no quiero mujerzuelas en mi casa, señor Kervelen.

—Pero señora Kergaran—murmuré—, la señorita es una amiga que ha venido á tomar una taza de te.

La jamona insistió en el mismo tono que antes:

—No es costumbre quedarse en camisa para tomar una taza de te. Haga usted que su amiga se vista y salga de aquí lo más pronto posible.

Emma, consternada, comenzó á llorar, cubriéndose el rostro con la chambra. Yo no sabía qué hacer ni qué decir. La patrona, con irresistible autoridad, añadió:

—Ayúdela usted, y acompañela inmediatamente hasta la calle.

Como yo no tenía otra cosa que hacer, recogí la ropa que, habiendo caído en redondo sobre el suelo, parecía un globo reventado, y esforcéme, con dificultades infinitas, ajustándola y abrochándola. Emma me ayudaba, llorando, confundiéndose, equivocándose al enlazar los cordones y abrochar los ojales, y la señora Kergaran, impasible, de pie, con su bujía en la mano, alumbraba, manteniendo una actitud severa.

Emma precipitaba sus movimientos, furiosamente agujijoneada por un imperioso deseo de huir, y apenas se hubo calzado las botas, corrió á la escalera pasando por delante de la patrona. Yo la seguí en chancletas, y en mangas de camisa, repitiendo:

—Señorita, óigame, señorita...

Comprendí que ya era indispensable decirle algo y no sabía qué decir. Alcancéla junto á la puerta de la calle y quise besarla, pero me rechazó violentamente, balbuceando con voz enronquecida y nerviosa.

—Déjeme usted, déjeme usted; no me toque.

Y abriendo la puerta escapó.

Subí. La señora Kergaran me aguardaba en el primer piso; yo estaba dispuesto á todo. Ella me hizo entrar en su cuarto diciéndome severamente:

—Quiero hablar con usted, señor Kervelen.

Pasé con la cabeza gacha. Ella dejó la palmatoria sobre la chimenea, y cruzando los brazos sobre su abultado pecho, mal cubierto por una transparente camisa blanca, dijo:

—De manera, señor Kervelen, que usted ha tomado mi casa por una casa pública.

Yo me sentí humillado y murmuré:

—No, señora Kergaran; hace usted mal en enfadarse; ya sabe usted: ¡cosas de gente moza!

Ella insistió dignamente:

—Sólo sé que no quiero mujerzuelas en mi casa y quiero que usted sepa que por todos los medios y en todas las circunstancias, haré respetar las honradas costumbres y la buena reputación de mi domicilio. Sólo sé...

Habló veinte minutos por lo menos, acumulando razones y más razones, indignándose, protestando de mi abuso y echándome á la cara mil reproches.

Yo (el hombre es un terrible animal), en vez de atenderla, la miraba, y no oía ni una palabra, ni



una sola palabra. La señora Kergaran tenía un hermoso pecho, abultado, blanco y duro; acaso con exceso abultado, pero tentador, muy tentador; yo no hubiera creído jamás que se ocultaran tales bellezas bajo el vestido de lana de la patrona. En

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. "ALFONSO KELLS"
Apo. 1023 MONTERREY, N.L.

camisa parecía tener diez años menos. Y me senti alegre y exaltado. Recobré bruscamente mis energías amortiguadas quince minutos antes en mi cuarto. Vi detrás de la jamona su cama entreabierta y aplastada, mostrando el hoyo que había formado el peso de su cuerpo en los colchones. Imaginé que allí se disfrutaría de un calor más agradable que en mi cama. ¿Por qué razón? Lo ignoro; acaso por la opulencia de las carnes que allí reposaban.

¿Hay algo más perturbador que un lecho en desorden? Aquél me embriagaba y hacía correr por mi piel estremecimientos voluptuosos.

La señora Kergaran seguía sermoneando, pero ya dulcemente; hablaba como una consejera bienhechora que desea perdonar. Yo murmuré:

—Veamos, veamos, amiga mía, veamos...

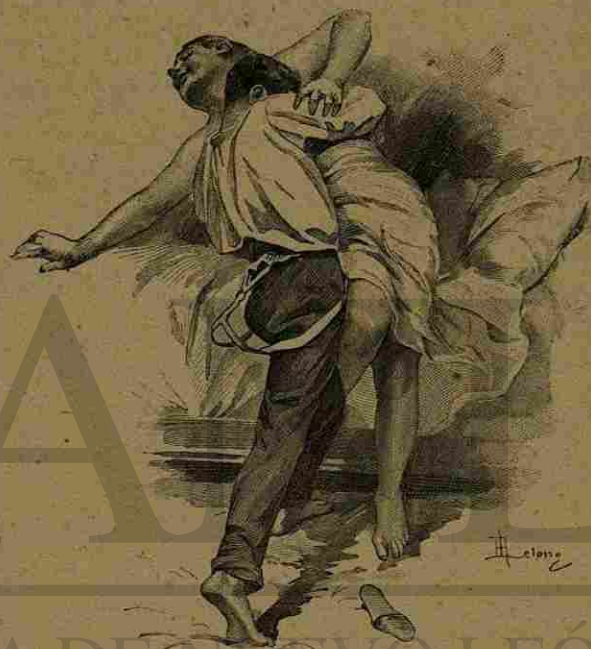
Y mientras ella callaba para oír mi respuesta, la cogí entre mis brazos y la besé como un hambriento, como un hombre que al fin encuentra la ocasión ansiada.

Ella se defendía, pero sin enfadarse mucho, repitiendo maquinalmente:

—¡Oh! tunante, qué tunante, que tun...

No pudo acabar la palabra. Alzándola en mis

brazos la llevaba oprimida contra mí. Se tiene mu-



cha fuerza, mucho vigor en ciertos momentos.

Llegando á la cama la tumbé sin soltarla.

* * *

Efectivamente, se disfrutaba de un calor muy

agradable allí; era más blanda que la mía la cama de la patrona.

Una hora después, habiéndose acabado la bujía, levantóse la señora Kergaran para encender otra, y cuando volvió á mi lado, hundiéndose bajo la sábana su hermosa pierna, dijo con voz emocionada, satisfecha y acaso también agradecida:

—¡Oh, tunante, qué tunante!



EL BARRILITO

EL señor Chicot, dueño de la posada de Epreville, detuvo su tartana delante de la masía de la señora Magloire. Chicot era un hombrón rayando en la cuarentena, coloradote, panzudo y con fama de malicioso.

Ató el caballo á un poste de la valla y entró en el patio. Poseía unos campos contiguos á los de la vieja, y deseaba ensanchar su posesión. Veinte veces había propuesto la compra; pero la señora Magloire se negaba obstinadamente á formalizar ningún trato.

—He nacido aquí, y aquí moriré—decía ella.

Aquel día la encontró mondando patatas en el umbral de la puerta. Con setenta y dos años cumplidos, era seca, rugosa, encorvada, pero infatigable como una moza. Chicot, afectuosamente le dió

unos golpecitos en el hombro, y después tomó asiento junto á ella en una banquetilla.

—¡Magnífico! ¿Cómo estamos de salud?

—No estoy del todo mal. ¿Y usted, señor Próspero?

—Sin unos dolorcitos que de vez en cuando me importunan, estaría perfectamente.

—Hay que conservarse.

Y no dijo más la vieja. Chicot la veía pelar patatas. Sus dedos encorvados, nudosos, duros como patas de cangrejo, agarraban á manera de pinzas cada patata haciéndola girar vivamente y sacándole tiras largas de piel con un viejo cuchillo que sostenía en la otra mano. Y á medida que las mondaba, las iba echando en un cubo de agua. Tres gallinas acercábanse hasta sus pies para recoger las mondaduras; luego corrían, alejándose y llevando en el pico su botín.

Chicot parecía inquieto, ansioso, no sabiendo cómo decir lo que deseaba. Al cabo se atrevió:

—Oiga usted, señora Magloire.

—Diga. ¿En qué puedo servirle?

—¿Conque no se decide usted á venderme la masía?



—Eso no. Si no le traen otras intenciones, pierde usted el tiempo en venir. Es inútil que me hable de semejante cosa.

—Es que yo he pensado una manera de arreglar el asunto á gusto de los dos.

—¿Y cómo? Vamos á ver.

—Muy sencillamente. Yo le compro á usted la masía, y usted la conserva como si no la hubiese vendido. ¿Comprende? Se lo voy á explicar ahora mismo. Escuche.

La vieja dejó de pelar patatas y clavó sus ojos en el posadero. Este prosiguió.

—Yo le doy á usted ciento cincuenta francos mensuales. Fíjese bien; cada mes yo vengo aquí en mi tartanita para traerle ciento cincuenta francos. Y todo sigue como está. Ni yo le pido nada, ni deja usted de ser dueña de todo. Continúa usted viviendo en su casa sin ocuparse de mí; lo mismo que ahora que no me debe nada. Usted no hace más que coger mi dinero todos los meses. ¿Qué tal?

Y la miraba muy alegre, de buen humor.

La vieja le miraba también con desconfianza, temiendo un engaño. Y preguntó:

—¿Y por qué me da usted á mí ese dinero, si yo no le doy la masía?

El insistió:

—No se preocupe usted lo más mínimo. Usted será dueña de su casa mientras Dios le dé vida. Solamente me firmará un documento ante notario, para que después de su muerte disfrute yo de la masía. Usted no tiene hijos y sus parientes no la interesan mucho. ¿Qué más da que la hereden ellos ó que la herede yo? ¿Conviene? Lo dicho: usted disfruta, mientras viva, de su hacienda, y además, de ciento cincuenta francos que me comprometo á darle mensualmente. Para usted es todo ganancia.

La vieja quedó sorprendida, inquieta, interesada en el asunto, y replicó:

—No lo niego. Pero necesito pensarlo un poco. Vuelva usted dentro de ocho días y hablaremos otra vez.

El posadero se fué satisfecho como un rey que acaba de conquistar un imperio.

La señora Magloire quedó pensativa, no conciliando el sueño en toda la noche. Durante cuatro días casi tuvo fiebre. Olisqueaba un engaño en el

fondo; pero la idea de recibir ciento cincuenta francos todos los meses, la rica plata que recogería, como si cayera del cielo en su delantal, sin trabajo alguno, espoleaba su deseo.

Fué á ver al notario para consultarle aquello, y el notario la aconsejó que aceptase la proposición de Chicot, exigiéndole doscientos cincuenta francos mensuales, porque la masía representaba un capital de sesenta mil francos.

—Si usted vive quince años—decía el notario—él no habrá pagado por la masía más que cuarenta y cinco mil francos.

Estremeciase de gozo la vieja ante la perspectiva de doscientos cincuenta francos mensuales; pero desconfiaba, temía cosas imprevistas, engaños ocultos, y estuvo hasta la noche haciendo distintas objeciones, no decidiéndose á resolver ni abandonar el asunto. Por fin, hizo preparar la escritura y volvió á su casa como si hubiera bebido cuatro jarros de sidra nueva.

Cuando Chicot fué á saber la respuesta ella se hizo rogar mucho, repitiendo que no se decidía, y en realidad, temerosa de que no accediera el posadero á dar los doscientos cincuenta francos. Pero

como él insistía mucho, ella se resolvió á manifestar sus pretensiones.

Chicot, rechazándolas, quiso convencerla de que la quedaban aún muchos años de vida. La vieja lloriqueó.

—Ni cinco años me quedan. Ya tengo setenta y tres y la salud muy quebrantada. La otra noche creí morirme.

Pero Chicot no se dejaba pescar.

—Vamos, vamos, vieja redomada. Está usted más fuerte que la torre de la iglesia. Usted ha de llegar á ciento diez años y me enterrará seguramente.

Perdieron todo el día en discusiones, y como la vieja no cedió, al anoecer el posadero tuvo que resignarse á ofrecer los doscientos cincuenta francos mensuales.

Al día siguiente firmaron la escritura.

Transcurrieron tres años. La vieja estaba cada vez más robusta; no pasaba tiempo para ella y Chicot se desesperaba; le parecía pagar aquella renta durante medio siglo; creyéndose burlado y arruinado, iba de cuando en cuando á ver á su amiga, que le recibía mirándole maliciosamente sa-

tisfecha del engaño, y Chicot no tardaba en subir á la tartana y alejarse al trote, murmurando:

—¡No reventarás, maldita vieja!

No sabía qué hacer. Hubiera querido estrangularla. Sentía contra ella un odio feroz, implacable.

Buscó medios.

Una tarde llegó á la masía satisfecho, frotándose las manos de gusto como la primera vez que fué á proponer el negocio.

Y después de haber hablado unos minutos, dijo:

—¿Por qué no va usted á comer conmigo cuando pasa por Epreville? Se murmura; dicen que ya no somos amigos, y esto me duele. Por el gasto no ha de quedar, ni quiero que usted se abstenga por consideraciones tontas. Cuanto más coma usted más gusto ha de darme; y que lo sepan los que hablan.

La vieja no se lo hizo repetir y á los tres días, yendo al mercado con su carrito y su mozo, dejó el caballo en las cuadras de la posada de Chicot, y se fué luego á comer con él, siendo servida como una reina; la dieron pollo y lo mejor que había en la casa para provocar su apetito; pero apenas comió, porque desde la niñez estaba educada en una

sobriedad absoluta, viviendo con sopas y pan untado en un poco de manteca. Chicot insistía descorazonado. Ella no bebió vino ni quiso tomar café.

—¿Tampoco aceptará una copita de aguardiente?

—Sí, eso sí; no sabría negarme.

Y el posadero gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—Rosalia: trae aguardiente del bueno, del superfino, de lo mejor.

La criada, compareciendo con una botella, sirvió dos vasos.

—Pruebe usted de esto, señora—dijo Chicot—; es una delicia.

La vieja bebía saboreando cada sorbo.

—Sí; es en verdad excelente.

No acababa de decirlo, cuando Chicot le llenaba de nuevo el vaso. Ella hizo intención de resistir, pero ya no había remedio, y lo paladeó con deleite.

Chicot quiso hacerle beber otro más, pero ella se negó. El insistía:

—Esto es como leche. Vea usted; yo bebo diez ó doce copas y nunca me da que sentir. Esto pasa como azúcar. Ni en el vientre, ni en la cabeza; nada,



parece que se evapora en la lengua. Y no hay cosa mejor para la salud.

Como á la vieja le gustaba mucho, bebió un poco más.

Y Chicot, en un arranque de generosidad, exclamó:

—Vaya; para probar á todos que somos buenos amigos, voy á regalarle un barrilito.

La mujer se fué algo borracha. Y al día siguiente, Chicot entró en el patio de la masía con su tar-

tana, sacando luego de las bolsas un barrilito. Para demostrar que aquel aguardiente era como el del día anterior, pidió unas copitas y las llenaron tres veces.

Al despedirse dijo:

—Ya lo sabe usted; para cuando se acabe, me queda más en casa; no lo economizo. Tengo mucho gusto en obsequiarla.

Subióse á la tartana y se fué.

Volvió á los cuatro días. La vieja estaba en el umbral de la puerta cortando sopas de pan. Chicot sonrió, saludándola y acercándole con disimulo á la cara la nariz. Su propósito era saber cómo le olía la boca. Sintiendo el vaho del alcohol, se le alegró el semblante y dijo:

—¿Quiere usted convidarme á una copita de aguardiente?

Y vaciaron dos ó tres, como buenos amigos.

Pronto corrió por la comarca la noticia de que la señora Magloire abusaba del aguardiente, cayendo borracha con frecuencia, unas veces en la cocina, otras veces en el patio y hasta en los caminos, habiendo sido necesario alguna vez llevarla á su casa inmóvil como un cadáver.

Chicot ya no iba jamás á la masía, y cuando le hablaban de la señora Magloire, murmuraba con expresión de tristeza:

—¿No es una desdicha que á su edad haya tomado esas costumbres? Cuando uno es viejo debe cuidarse. Esto acabará por darme un disgusto cualquier día.

Y así ocurrió. Al invierno siguiente, murió la vieja poco después de las fiestas de Navidad, habiendo caído borracha en la nieve.

Y al heredar la masía Chicot, exclamaba:

—Sin las borracheras, hubiera vivido lo menos diez años más.



¿EL?

AMIGO mío, ¿no lo comprendes? Lo creo. ¿Pien-
sas que me volví loco? Tal vez sí, estoy algo
loco, pero no por la causa que imaginaste.

Sí. Me caso. Ahí tienes.

Y sin embargo, mis ideas y mis convicciones,
ahora como siempre, son las mismas. Considero es-
túpida la unión legal de un hombre y de una mujer.
Estoy seguro de que un ochenta por ciento de los
maridos han de ser engañados. Y no merecen otra
cosa, por haber cometido la idiotez de ligar á otra
vida la suya, renunciando al amor libre, lo único
hermoso y alegre que hay en el mundo, y de cortar
las alas á la fantasía que nos impulsa constante-
mente hacia todas las hembras agradables, etc., etc.
Como nunca, me siento incapaz de consagrarme á
una sola mujer, porque me gustarán siempre todas
las mujeres bonitas. Quisiera tener mil brazos, mil

bocas, mil... temperamentos, para poder gozar á un tiempo á una muchedumbre de criaturas femeninas.

Y sin embargo, me caso.

Añade que apenas conozco á mi futura esposa. La he visto nada más tres ó cuatro veces. No me disgusta, y esto basta para mis propósitos. Es bajita, rubia y regordeta. En cuanto sea ya su marido, comenzaré á desear una morena delgada y alta.

No es rica. Pertenece á una familia modesta en todos conceptos. Mi futura, es una muchacha, como las hay á millares, útiles para el matrimonio, sin virtudes ni defectos aparentes.

Ahora la juzgan *bonita*; cuando esté casada la juzgarán *encantadora*. Pertenece al ejército de muchachas que *pueden hacer la dicha de un hombre*... mientras el marido no repara que prefiere á su elegida cualquiera de las otras.

Ya oigo tu pregunta: —¿Por qué te casas?

Apenas me atrevo á confesar el motivo que me ha impulsado á una resolución tan estúpida.

¡Me caso, por no estar solo!

No sé cómo decírtelo, cómo hacértelo comprender. Me compadecerás, despreciándome al mis-

mo tiempo; llegué á una miseria moral inconcebible.

Estar solo de noche, me angustia. Quiero sentir cerca de mí, junto á mí, un ser que pueda responderme si hablo; que me diga cualquier cosa.

Quiero alguien que respire á mi lado; poder interrumpir su dulce sueño de pronto, con una pregunta cualquiera, una pregunta imbécil, hecha sin más objeto que oír otra voz, despertar una conciencia; un cerebro que funcione; ver, encendiendo bruscamente mi bujía, un rostro humano junto á mí; porque... porque... porque... ¡me avergüenza confesarlo!... solo, ¡tengo miedo!

¡Ah! No me comprendes aún.

No temo peligros, ni sorpresas. Te aseguro que si en mi alcoba entrara un hombre, le mataría tranquilamente. Tampoco me infunden temor los apariciones; no creo en lo sobrenatural. Nunca temí á los muertos; al morir, cada persona, se aniquila para siempre.

Y á pesar de todo... ¡claro!... á pesar de todo, tengo miedo... ¡miedo de mí mismo!... Tengo miedo al miedo; me infunden miedo las perturbaciones de mi espíritu. Me asusta la horrible sensación del terror incomprendible.

Ríete de mí si te place. Sufro sin remedio. Me hacen temer las paredes, los muebles, los objetos más triviales que se animan contra mí. Sobre todo, temo los extravíos de mi razón, que se confunde y desfallece acosada por una misteriosa y tenue angustia.

Comienzo por sentir una vaga inquietud que atormenta mi alma y al fin me produce un escalofrío. Vuelvo la vista en torno y no descubro nada que pueda causarme terror. Yo quisiera encontrar algo que lo motivase. ¿Qué? Algo sensible, corpóreo. Pero ¡ay! lo que más aumenta mi terror, es que no hallo su causa.

Si hablo, mi voz me asusta. Si paseo por la estancia, temo tropezar con lo desconocido que se oculta detrás de la puerta, entre la cortina, en el armario, bajo la cama. Y sin embargo, tengo la certeza de que mi temor es infundado.

Doy media vuelta con brusquedad, temeroso de lo que tengo á la espalda, y sé de seguro que no hay nada temible.

Me agito, mi espanto aumenta; cierro con llave mi habitación. Me hundo entre las ropas de mi lecho, haciéndome un caracol; cierro los ojos obsti-

nadamente y permanezco en semejante postura un tiempo indefinido; reflexionando que la bujía sigue ardiendo y que será indispensable apagarla. No me atrevo á moverme.

¿No es horrible vivir así?

Antes, no me preocupaban esas cosas. Entraba en mi habitación tranquilamente. Iba y venía sin que nada turbase mi serenidad. ¡No me hubiera reído poco si alguien me pronosticara que una dolencia de miedo inverosímil, estúpido y terrible me sobrecogería con el tiempo! Entonces no me asustaba poco ni mucho abrir las puertas en la obscuridad, ni acostarme tranquilamente sin echar los cerrojos, y nunca tuve que levantarme á media noche para convencerme de que todas las aberturas de mi cuarto estaban herméticamente cerradas.

Mi dolencia lastimosa comenzó hace un año de un modo especial.

Era en otoño y en una noche húmeda. Cuando se hubo ido mi asistenta, después de servirme la comida, me puse á pensar qué haría yo. Así pasé una hora dando vueltas por mi estancia. Me sentía fatigado, abatido sin causa, impotente para trabajar, sin deseo de coger siquiera un libro para entre-

tenerme. Una lluvia menuda golpeaba en los cristales; me invadió la tristeza, una tristeza inexplicable, unas ganas de llorar, un desasosiego invencible.

Me sentía solo, abandonado; mi casa me pareció silenciosa como nunca. Envolvíame una soledad inmensa y desconsoladora. ¿Qué hacer? Me senté; pero una impaciencia nerviosa me hormigueaba en las piernas. Levantándome, volví á pasear. Es posible que tuviera un poco de fiebre; notaba que mis manos cogidas á la espalda, en una posición frecuente cuando se pasea despacio y solo, abrasábanse una contra otra. De pronto, un escalofrío estremeció todo mi cuerpo. Creí que la humedad exterior penetraba, y me puse á encender la chimenea, que no había encendido aún aquel otoño. Me senté, contemplando las llamas. Pero en seguida tuve que levantarme; no podía estar quieto y sentí deseos de salir, de moverme, de hablar con alguien.

Fuí á casa de tres amigos; no encontré á ninguno y encaminéme hacia el bulevar, ansioso de ver alguna cara conocida.

Todo estaba triste. Las aceras mojadas relucían.

Una tibieza de lluvia, una de esas tibiezas que producen estremecimientos crispadores, una tibieza pesada, una humedad impalpable, oscureciendo la luz de los faroles de gas, lo envolvía todo.

Yo avanzaba con paso inseguro, repitiéndome: «No encontraré á nadie con quien hablar»

Asomándome á los cafés, recorriendo la Magdalena, sólo vi personas tristes, hombres abatidos, como si les faltaran fuerzas para levantar las copas y las tazas que tenían delante.

Así anduve mucho tiempo, errante, y á media noche tomé la dirección de mi casa, tranquilo, pero fatigado. El portero, que se acuesta siempre antes de las once, no me hizo esperar en la calle, contra su costumbre. Y me dije: «Acabará de abrir la puerta para otro vecino.»

Siempre que salgo de casa, doy las dos vueltas á la llave. Me sorprendió que sólo estaba echado el picaporte, y supuse que habría entrado el portero para dejarme alguna carta sobre la mesa.

Entré. Aún estaba encendida la chimenea; los resplandores del fuego esparcían alguna claridad por la estancia. Acerquéme para encender una luz y vi á un hombre que sentado en mi sillón se ca-



lentaba los pies, mostrándome su espalda. No sentí miedo. ¡Ah! ni la más insignificante zozobra. Una suposición muy verosímil cruzó mi pensamiento; supuse que alguno de mis amigos fué á verme, y el portero le hizo entrar para que me aguardara. Y de pronto recordé su prontitud en abrimme la puerta de la calle y la circunstancia de hallarme la de mi cuarto cerrada sólo con picaporte.

Mi amigo dormía profundamente. Un brazo colgaba fuera del sillón y tenía las piernas una sobre otra. Su cabeza, inclinándose, indicaba un sueño tranquilo. Entonces me pregunté:—¿Quién será?— Y cuando puse la mano en su hombro... el sillón estaba ya vacío. No vi á nadie.

¡Qué sobresalto! ¡Misericordia!

Retrocedí como si un peligro espantoso me amenazara.

Luego, dando media vuelta en redondo, cercioréme de que tampoco había nadie á mi espalda. Un ansia irresistible me arrastró hacia el sillón vacío. Y estuve de pie, angustioso, jadeante, horrorizado, á punto de caer al suelo, desvanecido.

Pero soy hombre sereno y al pronto recobré mi sangre fría. Me dije: «Acabo de padecer una des-

agradable alucinación. Todo se reduce á eso.» Y reflexioné inmediatamente acerca de semejante fenómeno. El pensamiento vuela en tales circunstancias.

Que todo fué alucinación, era seguro. Pero mi espíritu no se había turbado, mi juicio funcionaba mientras la sufría natural y lógicamente; luego no hubo desarreglo cerebral. Solamente se habían engañado mis ojos, y su engaño fué origen del error mental. Habían padecido los ojos un extravío, una de las aberraciones visuales que parecen milagrosas á las gentes incultas. Era un poco de congestión acaso.

Encendí la bujía, y al acercar la mano al fuego, sacudíola un temblor, y me incorporé rápidamente, como si alguien me hubiera tocado por la espalda.

Sentía inquietud...

Anduve de una parte á otra, diciendo algunas frases, para oirme; canté á media voz.

Luego cerré la puerta con llave, y esto me tranquilizó algo. Nadie podía entrar por sorpresa.

Sentado, reflexioné las circunstancias de mi aventura; después me fui á la cama y apagué la luz.

Al principio nada hubo de particular. Estuve tum-

bado tranquilamente. Luego sentí ansia de mirar en torno y me apoyé sobre un costado.

En la chimenea sólo había ya dos ó tres brasas; lo suficiente para permitirme ver con sus difusos reflejos las patas del sillón, y me pareció que había vuelto á sentarse un hombre.

Encendí una cerilla con rapidez. Me había equivocado. No vi á nadie.

Sin embargo, me levanté, arrastrando el sillón hasta la cabecera de mi cama.

Volviendo á quedarme á obscuras, procuré descansar. Acababa de dormirme cuando se me apareció, en sueños, pero tan claro como si lo viera en realidad, el hombre sentado junto á la chimenea. Despertando con angustia, encendí la luz, y me quedé sentado en la cama sin atreverme á cerrar los ojos.

Dos veces me venció el sueño, á mi pesar; dos veces el fenómeno se reprodujo. Creí volverme loco.

Al amanecer, la claridad me tranquilizó y dormí sosegado hasta el medio día.

Todo había concluído. Fué una fiebre, una pesadilla, ¿quién sabe? Sin duda estuve algo enfermo. Sólo sentí al despertar mi cerebro atontado.

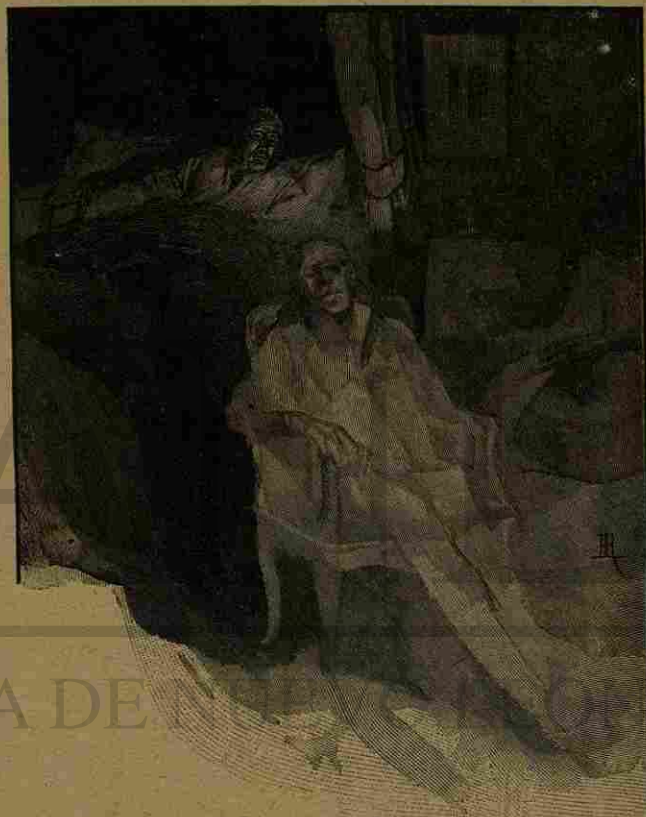
Pasé alegremente aquel día; comí en el restaurant; fuí al teatro; luego, me dispuse á retirarme. Pero, camino de mi casa, una inquietud angustiosa me sobrecogió. Temí encontrarle; no porque me infundiera miedo verle, no porque imaginara real su presencia; temía sentir de nuevo el extravío de mis ojos, mi alucinación, miedo al espanto sin causa.

Durante más de una hora, estuve arriba y abajo por mi calle, hasta que juzgando imbécil mi temor, entré al fin en casa. Iba temblando hasta el punto de que me fué difícil subir la escalera. Estuve diez minutos en el descansillo, hasta que tuve un momento de serenidad y abrí. Entré con una bujía en la mano, dí un puntapié á la puerta de mi alcoba, y mirando ansiosamente hacia la chimenea, no vi á nadie.

—¡Ah!..

¡Qué gusto! ¡qué alegría! ¡qué fortuna! Iba de un lado á otro, decidido; pero no estaba satisfecho; de pronto, volvía la cabeza, sobresaltado; cualquier sombra me hacía temer.

Dormí poco y mal, despertándome con frecuencia ruidos imaginarios. Pero no le vi; no apareció.



Desde aquel día, todas las noches el miedo me acosa. Le adivino, cerca de mí, detrás de mí. No se presenta, pero me hace temer. Y ¿por qué temo,

si no ignoro que fué alucinación, que no existe, que no es nada?

Sin embargo, temo, y me obsesiono.—Un brazo colgaba fuera del sillón y tenía las piernas una sobre otra—. ¡Basta! ¡basta! ¡Es insufrible! ¡No quiero pensar y no se aparta de mi pensamiento!

¿Qué significa esa obsesión? ¿Por qué persiste? ¡Veo sus pies junto al fuego!

Me acobardo; es una locura; pero el caso es que me acobardo. ¿Quién es? ¡Ya sé que no existe, que no es nadie! Sólo existe como imagen de mi angustia, de mi desasosiego, de mis temores. ¡Basta, basta!

¡Sí; por mucho que razono, por más que me lo explico, no puedo estar solo en mi casa. El no se aparece, pero me domina. No vuelve. Todo acabó. Pero sufro como si volviera. Invisible para mis ojos, ahora se clava en mi pensamiento. Le adivino detrás de las puertas, dentro del armario, debajo de la cama, en todos los rincones, en cada sombra, entre la obscuridad... Si me acerco á la puerta, si abro el armario, si miro debajo de la cama, si aproximo una luz á los rincones, huye con la obscuridad: nunca se presenta. Quedo convencido; no se pre-

senta; no existe; y sin embargo, me obsesiona.

Es imbécil y horrible. ¿Qué puedo hacer? ¡Nada!

Si alguien estuviera conmigo, él no me turbaría. Turba mi soledad; le temo, porque la soledad me acongoja.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

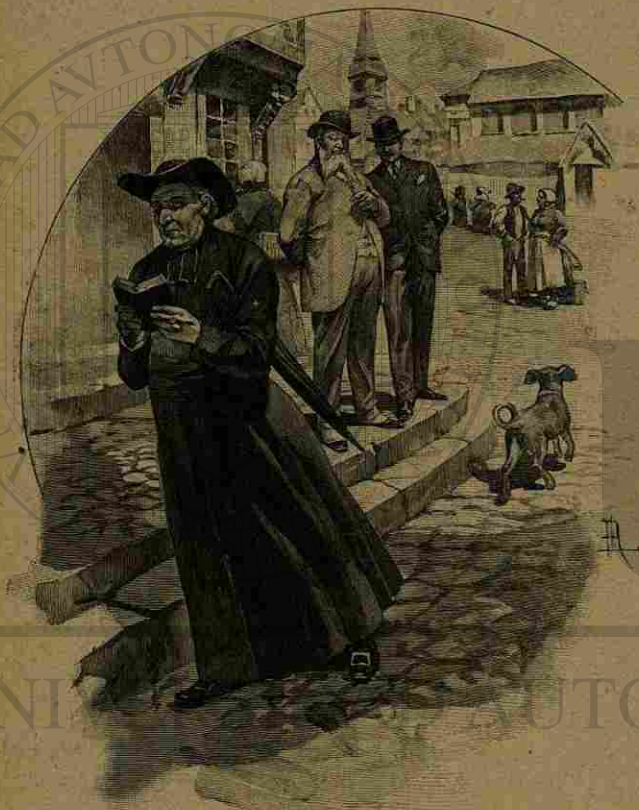
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES



UN LIBREPENSADOR

MI tío Gregorio, era un librepensador como hay muchos, librepensador de puro ignorante. Por el mismo camino llegan otros á ser creyentes. Ver á un sacerdote y sentir un furor desenfrenado, para él, era todo uno; le amenazaba, le hacía burla, y se curaba en salud por si le había dado mal de ojo; es decir, que ya no era un librepensador verdadero, pues creía en el mal de ojo; y tratándose de creencias irreflexivas, hay que rendirse á todas ó no tener ninguna.

Yo, que soy también un librepensador, es decir, un refractario á todos los dogmas que fraguó el miedo á la muerte, no me irrito contra los templos, ya sean católicos, apostólicos, romanos, protestantes, rusos, griegos, budhistas, judíos ó musulmanes. Además, tengo una manera de razonar su condición. Un templo es un homenaje á lo desconocido.



Cuanto más se remonte el pensamiento humano, menor es el dominio de lo desconocido, y se derrumban los templos. Me agradaría—eso sí—que tuvieran en vez de incensarios, telescopios, microscopios y máquinas eléctricas.

Mi tío se diferenciaba por completo de mí; éramos casi lo contrario el uno del otro.

El, blasonaba de patriota; yo no, porque á mi entender, el patriotismo es una religión como cualquiera, y es además el huevo de donde salen todos los crímenes colectivos.

Mi tío era francmasón; y los francmasones me parecen más fanáticos aún que las viejas devotas. Yo sostengo mis opiniones. De admitir una religión, me quedo con la de mis padres.

Y esos mentecatos no hacen más que imitar á los curas. Tienen por símbolo un triángulo en vez de una cruz; fundan iglesias, que llaman *logias*, con varios cultos: el rito escocés, el rito francés, el Grande Oriente y otra porción de majaderías que hacen reír.

¿A qué aspiran? A establecer socorros mutuos, haciéndose cosquillas en la palma de la mano. Quisieron poner en práctica el precepto cristia-

no: «amáos los unos á los otros». La única diferencia consiste en el cosquilleo. Pero ¿valdrá la pena de hacer tantas ceremonias para prestarle cinco francos á un pobrete? Los religiosos, para quienes el socorro y la limosna constituyen una obligación ó un oficio, encabezan sus cartas con tres letras: J. M. J.; y los francmasones colocan tres puntos en triángulo á continuación de su nombre. ¿Hay tanta diferencia? ¡Todos compadres!

Mi tío me objetaba: «Precisamente, nosotros enarbolamos una religión frente á otra religión; hacemos del librepensamiento el arma que acabará con el clericalismo. La francmasonería es la Ciudadela donde se han cobijado todos los demoleedores de divinidades.»

Yo insistía: «Pero, tío; precisamente aquello de que usted se vanagloria es lo que yo juzgo reprochable. No destruyen; organizan otro fanatismo en competencia; la competencia, rebaja el precio de las mercancías, pero nada más. Y aun ¡si no hubiera en la masonería más que librepensadores! Pero admiten á todo el mundo. Son masones una muchedumbre de católicos, y hasta jefes de partido. Pío IX fué masón antes de ser papa. Si llama

usted á una sociedad compuesta de tal modo ciudadela contra el clericalismo, le diré que me parece muy ruin su ciudadela.»

Mi tío, guiñando los ojos, afirmaba: «Nuestra poderosa influencia; nuestra influencia temible, sobre todo es política. Sin cesar minamos los tronos.»

Al oírle yo: «¿Sí? ¡qué tunantones! Dígame que la francmasonería es una fábrica de triunfos electorales, y lo creo; que tiene recursos para convertir en votos favorables á los más reacios, también lo creo; que resulta indispensable para los ambiciosos políticos, lo creo también. Pero, si usted me dice que la masonería socava los cimientos del trono... me reiré á sus barbas.

«Medite usted un poco acerca de la extendida y misteriosa asociación democrática, la cual tiene por jefe á un príncipe heredero en Alemania y al hermano del zar en Rusia, contando entre sus afiliados al rey Humberto, al príncipe de Gales y á todas las testas coronadas del orbe!»

Mi tío me decía entonces, en tono confidencial: «No te falta razón; pero también es cierto que los príncipes coadyuvan á nuestra obra sin sospecharlo.»

Yo añadía: «Y viceversa, ¿no es verdad?»—Y para mi capote: —«¿No es verdad, rebaño de imbéciles?».

Era de ver cómo el tío Gregorio abordaba de pronto á cualquier francmasón. Primero, un guiño, y después, al darse la mano, una serie de presiones y contorsiones misteriosas y visibles! Cuando yo quería oírle despotricar furioso, le decía que también los perros tienen maneras francmasónicas para reconocerse. Luego, iban por todos los rincones, ocultándose de la gente como si tuviesen que decirse algo muy dificultoso y de suma importancia; y si comían juntos, en la mesa, frente á frente, se miraban de un modo especial á cada bocado, á cada sorbo, como diciéndose: «Lo somos, ¿eh?»

¡Y pensar que se cuentan por millones los hombres que se divierten con esas tonterías!

Prefiero el jesuitismo.

Precisamente, había en el pueblo un jesuita, el cual era la obsesión de mi tío Gregorio. Cada vez que le veía murmuraba: «¡Indecente!»; y agarrándose á mi brazo me confiaba sus temores: «Piensa que tarde ó temprano, ese indecente nos dará que sentir. Estoy seguro.»

Acertó. Y, por fatalidad, yo fui la causa. Veréis cómo:

Terminaba la cuaresma, y mi tío Gregorio tuvo la idea de organizar un banquete de carne para el Viernes Santo. Me resistí cuanto pude: «Comeré carne—le dije—lo mismo que todos los días del año; pero, en mi casa, como siempre. Considero estúpida la ostentación. ¿Para qué dar escándalo? ¿En qué nos perjudica ni nos molesta que una porción de familias no coman carne por Semana Santa?»

Pero no pude convencerle y convidó á tres amigos para ir á comer juntos en el restaurant; como era mi tío quien pagaba el gasto, accedí á ser de la partida.

Antes de las cuatro, nos reunimos en el café Penélope, de ordinario muy concurrido, y mi tío Gregorio, levantando mucho la voz para que le oyeran todos, nos decía lo que íbamos á comer.

A las seis nos sentamos á la mesa y á las diez aún estábamos comiendo. Entre los cinco, vaciamos diez y ocho botellas de Burdeos y cuatro de champagne. Mi tío propuso que hiciéramos lo que llamaba él «ronda de arzobispo». Consistía en llenar seis copitas con licores diferentes y apurarlas.

una tras otra mientras los presentes contaban: «uno, dos, tres, cuatro», hasta veinte; un estúpido alarde que á mi tío le pareció entonces de oportunidad. A las once ya lo teníamos borracho como una cuba. Hubo que llevarlo á su casa en coche y acostarle. Ya era seguro que su alarde anticlerical se convertiría para él en una espantosa indigestión.

Retirábame, borracho también, pero con alegre borrachera, cuando una idea diabólica, en consonancia con mi arraigado escepticismo, surgió en mi cerebro.

Me atusé un poco, puse una cara lo más afligida posible, y fingiéndome desconsolado fuí á llamar á la puerta del jesuíta. Era sordo, y tuve que armar un estrépito para que me oyera. Tales fueron mis voces y mis patadas, que al fin apareció, preguntando: «¿Qué ocurre?»

Yo grité: «¡Pronto! ¡pronto!, reverendo padre. ¡Un moribundo reclama los misericordiosos auxilios de la religión!»

El pobre viejo, se puso inmediatamente un pantalón, y en mangas de camisa bajó á la puerta. Le conté, angustiado, con la voz entrecortada por sollozos, que mi tío el contumaz librepensador, ata-

cado por una dolencia repentina que hacía temer un funesto desenlace, temeroso de morir, deseaba sin duda en aquel trance la compañía de un sacerdote, oír sus consejos, conocer lo que saben los católicos de la otra vida, y disponerse tal vez para entrar en el cielo, confesando y comulgando, arrepentido al fin de sus errores. Y acabé diciendo: «Como lo desea, estoy seguro de que puede ser muy saludable para el enfermo la presencia de usted, reverendo padre.»

Atolondrado, complacido, tembloroso, el jesuíta me rogó que le aguardara un momento; pero yo



añadí: «No, no le acompañaré; mis convicciones me lo impiden. Ya me ha sido bastante violento venir á su casa, y le ruego que no haga mención de mi visita, que no hable de mí; puede suponer que la dolencia de mi tío le fué revelada misteriosamente...»

Consintió, y muy de prisa encaminóse hacia la casa de mi tío Gregorio. La criada abrió en seguida, y vi desaparecer la vestimenta sacerdotal en el obscuro antro del pensamiento libre.

Me puse en acecho arrimado á una puerta próxima. En circunstancias normales, mi tío hubiera dado al cura un buen recorrido; pero me constaba que no podía ni siquiera levantar los brazos aquella noche. ¡Qué impresión la de ambos al encontrarse frente á frente! ¿Cómo se presentaría el uno, y cómo lo recibiría el otro? ¿Qué se dirían? ¿Qué replicarían? ¿Y cómo acabaría todo aquello?

Sólo de imaginarlo, me retozaba la risa en el cuerpo: «¡Vaya una broma!, ¡qué broma!»

Se levantaba frío hacia la madrugada, ¡y el jesuita sin acabar de salir! Una hora, dos, tres horas pasaron. ¿Qué pudo suceder? ¿Acaso la violenta impresión produjo á mi tío la muerte? ó ¿levantándo-

se de pronto estranguló al cura? ¿Se habían devorado mutuamente? La última versión me pareció inverosímil, porque mi tío no se hallaba en condiciones de tragar ni un gramo de alimento, ni á sorber ni una gota de sangre.

Amaneció.

Inquieto, y no atreviéndome á entrar, acudí á un amigo que vivía enfrente. Se lo dije todo, haciéndole reír mucho, y me asomé con mil precauciones á una ventana.

Me reemplazó á las nueve y dormí algo. A las once ocupé su lugar. Indecisos, comenzábamos á temer una desdicha.

Pero á las seis de la tarde salió el jesuita, pacífico y satisfecho.

Entonces, avergonzado y receloso, llamé á la puerta de mi tío. Abrió la criada, y no atreviéndome á preguntar, subí en silencio.

Mi tío Gregorio, pálido, abatido y desencajado, con los brazos inertes y los ojos tristes, yacía en la cama. Vi una estampita piadosa puesta con un alfiler en las colgaduras.

Un olor nauseabundo pregonaba la indigestión.

Dije: «¿Aún continúa usted acostado? ¿Está enfermo?»

Me respondió con la voz apagada: «Hijo mío: estuve á punto de morir.»

—¿Es posible?

—¡Tan posible! Y lo más raro es, que siendo repentina mi enfermedad, le fué revelada misteriosamente al sacerdote que acaba de salir de casa. Hijo mío: ¡hay Providencia!

—¿Sí?—Apenas pude contener la risa.

—Una revelación. Ya lo ves.

Fingí un estornudo para no soltar la carcajada; y al cabo de un minuto, fingiéndome indignado, exclamé:

—¿Ha recibido al jesuíta en su casa? ¿Un librepensador, un hermano masónico, tuvo al jesuíta en su casa y no le arrojó por una ventana?

Confundido, balbució:

—Era providencial; te lo aseguro. Vino guiado por una voz del cielo. Y además: ha debido conocer á mi padre; me habló de mi familia, que ya no existe...

—De su familia, de su padre...

—Sí; ya ves...

—No veo motivo para recibir á un jesuíta.

—Tienes razón; pero yo estaba enfermo, gravísimo; y él, ¡me ha cuidado con tanta solicitud, con tanto desinterés durante toda la noche! Le debo la vida, no lo dudes; ha hecho más que un médico...

—¡Ah! ¡Le ha cuidado toda la noche! ¿No dijo usted que acaba de salir de casa?

—Naturalmente; y es cierto. Como fué tan bondadoso conmigo, dispuse que le preparasen almuerzo. Almorzó ahí junto á mi cama, en un veladorcito, mientras yo tomaba una taza de te.

—¿Y ha comido carne?

Mi tío Gregorio hizo un gesto desapacible, como si yo acabara de cometer una grave inconveniencia:

—No estoy para bromas. En esta ocasión me parecen inoportunas. Fué conmigo afectuoso y me cuidó con mucha solicitud. No hicieron otro tanto los demás.

La indirecta me cortó los vuelos y dije:

—Bien, tío Gregorio. Y después de almorzar, ¿qué hicieron ustedes?

—Jugamos al tute una hora. El rezó sus oraciones mientras yo leía un librito que puso en mis manos, y que por cierto me agradó bastante.

—¿Un libro piadoso?

—Hasta cierto punto. Es la historia de las misiones en el Africa central; un libro de viajes y



aventuras. Admira lo que hicieron allí unos cuantos hombres.

Empecé á comprender que tomaba un cariz desagradable aquel asunto, y levantándome de la silla, dije:

—Vaya: que se ha dejado usted convertir. ¿Y la

masonería y el librepensamiento? Es usted un apóstata.

Un poco indeciso aún, murmuró:

—La Iglesia es una especie de masonería.

—¿Volverá el jesuíta?—le pregunté; y balbució:

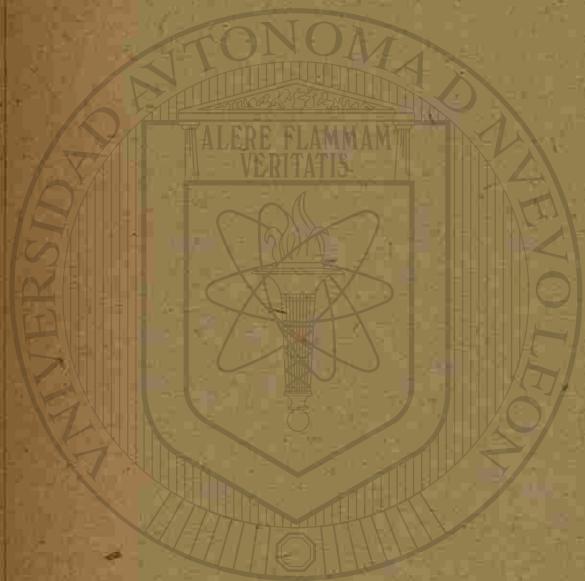
—Acaso mañana...

Salí, completamente atolondrado.

Tuvo fatales consecuencias la broma fraguada por mí.

Mi tío se hizo católico; pero ¡si no fuera más!

Lo triste, lo intolerable para un sobrino, es que á su muerte, sólo apareció un testamento en el cual me desheredaba, dejando sus bienes al jesuíta.



UNA ENFERMEDAD EXTRAÑA

LA casa del notario se abría sobre la plaza del pueblo. Por detrás, un hermoso jardín bien cuidado extendíase hasta un callejón siempre desierto.

En el rincón más apartado y oculto del jardín, la señora del notario Moreau dió al capitán Somme-rive—su asiduo galanteador—la primera cita.

El marido estaba en París. Ella disponía libremente de una semana. El capitán rogó tanto, imploró con palabras tan dulces, que pudo persuadirla de haberle inspirado un amor violento. La mujer sentíase abandonada, sola, mal comprendida, pospuesta de continuo á los contratos y escrituras—absorbentes preocupaciones del notario— y aceptó el cariño del amante, sin pensar el riesgo en que se vería cuando el apasionado manifestara otros deseos menos ideales.

Al fin, después de algunos meses de amor platónico, apretones de manos y besos furtivos, el capitán declaró que no pudiendo soportar sus ansias amorosas, hallábase decidido á pedir el traslado inmediatamente si no se le concedía mayor confianza: una entrevista en el jardín, por la noche, á la sombra de los árboles, durante las ausencias del marido.

Ella, por no perder el único encanto sentimental de su triste vida, cedió.

Le aguardaba ocultándose al pie del muro que separaba el jardín de la calleja, y estremecíase al más pequeño ruido su corazón palpitante.

De pronto, advirtió que un hombre asomaba por encima del muro, y asustándose, quiso huir. ¿Si no fuera él? ¿Si fuera un ladrón? Pero, no; una voz conocida, pronunciaba dulcemente su nombre: «¡Matilde!» y ella contestó: «¡Esteban!»

El hombre se descolgó, sonando, al dar en el suelo, como una espuerta de clavos.

¡Era él! ¡Qué beso!

Durante mucho rato estuvieron de pie, abrazados fuertemente y con las bocas unidas. Pero de pronto empezó á caer una lluvia menuda. Empapa-

do el follaje, dejó resbalar una gota que fué á estrellarse contra el cuello de Matilde, haciéndola estremecer.

El capitán decía:

—Mi tesoro, mi bien, mi ángel, mi encanto; refugiémonos en tu casa. Ya es más de media noche, llueve, nadie nos verá. Vamos. Te lo suplico.

Ella murmuraba:

—No, amor mío; no. ¡Me da miedo! ¡Quién sabe lo que pudiera ocurrir!



Pero él, oprimiéndola entre los brazos, murmuraba en su oído:

—Tus criadas no pueden oírnos; ya están arriba durmiendo. Tienes en el piso bajo tu alcoba. ¿Qué puede ocurrir? Te adoro; te adoro; quiero gozar de todos tus encantos; ¡mía! ¡mía!

Y estrujándola contra su pecho, la hizo delirar.

Matilde resistió aún avergonzada y temerosa; pero él, cogiéndola por la cintura, la llevó en brazos.

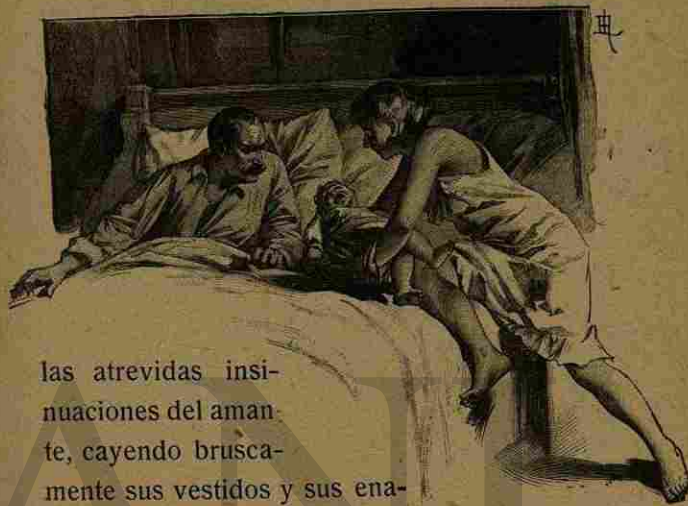
Diluviaba. Empujaron el postigo. Subieron á tientas; y viéndose ya en su alcoba, ella cerró con llave mientras él encendía un fósforo.

Luego, desplomóse Matilde sobre un sillón, abrumada. El capitán se puso de rodillas, y suavemente, acariciándola, poco á poco, la desnudó.

Quitóla primero las botas y las medias, para besar los pies. Ella balbuceaba, desfalleciendo:

—No, no, Esteban; te lo suplico; Esteban... déjame... Querámonos como siempre... Nada más... No! ¡Déjame! Sería una infamia... una vergüenza...

Con destreza propia de una mujer, y con la prisa natural de un hombre deseoso, él desabrochaba, desataba, desligaba, desprendía. Y cuando Matilde quiso levantarse, temerosa, para huir, para evitar



las atrevidas insinuaciones del amante, cayendo bruscamente sus vestidos y sus enaguas, vióse desnuda como una mano al salir de un manguito.

Aturdida, corrió hacia la cama para ocultarse detrás de las colgaduras. El refugio era peligroso. El se acercaba insistiendo, y al desprender el broche del cinturón, se le fué de las manos, haciendo el sable al caer un ruido infernal.

Como un eco, resonó un chillido agudo y prolongado.

Matilde murmuró desconsolada:

—Se ha despertado el nene y no podrá volver á dormirse.

La criatura, de catorce meses, dormía, pared por medio, en su cuna, con la puerta entornada, para que su madre pudiese oír de noche.

Arrastrado por sus ardores, el capitán insistía en sus deseos:

—¿Qué importa?, ¿qué importa? ¡Matilde! ¡Mía! ¡Te adoro!

Ella se rebelaba con espanto:

—No, no; espera; llora mucho; se despertará la nodriza. Si viniera, ¿qué sería de mí? Esteban, por Dios; oye... Su padre tiene la costumbre de traerlo á la cama... Y el nene se consuela. No hay otro medio. Iré á buscarlo. Déjame.

La criatura berreaba con tal ardor, que deberían oírlo desde la calle.

Consternado el capitán, se apartó, y Matilde fué al aposento inmediato, presentándose al punto con el nene.

Fué un remedio eficaz.

Esteban, montado en una silla, encendió un cigarrillo. A los pocos minutos, el chiquillo dormía. Matilde murmuró:

—Lo volveré á la cuna.

Y así lo hizo, con muchas precauciones.

Junto á la puerta la esperaba el capitán con los brazos abiertos.

Loco de amor, la cubrió de caricias, y ella, entregada por fin, balbuciente, repetía:

—Esteban... Esteban... ¡Amor mío! ¡Tuya! ¡Tuya! No sabes cuánto...

El nene berreaba de nuevo.

El capitán, furioso, masculló:

—¡Voto á chápiro! ¡No se callará ese posma!

No, no se callaba; muy al contrario, iba subiendo el tono.

Matilde creyó sentir pisadas en el otro piso. La nodriza se disponía probablemente á bajar.

Levantóse, cogió al niño y lo puso en la cama. Como un santo; ni chistó.

Lo volvió á la cuna, y al poco rato fué preciso ir á buscarle. Así, tres veces.

Antes de amanecer se marchó el capitán Sommerive, renegando, furioso contra la impertinencia filial y bendiciendo á Herodes.

Ella, para tranquilizarle, prometió recibirle otra vez.

Llegó á la hora, como la noche anterior, pero más impaciente, más apasionado aún.

Tuvo precauciones para dejar el sable, sin ruido, entre los brazos de un sillón, se quitó las botas para que no crujieran, habló tan bajo, que Matilde no lograba entenderle.

Se prometía ser dichoso, completamente dichoso...

El tillado, algún mueble, tal vez la cama, crujió.

Fué un ruido seco y penetrante.

Y al punto el nene comenzó á llorar; estaba despierto.

Al principio, se dolía lánguidamente; pero pronto su gruñido fué tan espantoso como el de una zorra cogida en un cepo. Era una voz de alarma.

La madre fué á cogerle. Furioso, el capitán siguió acostado. Suavemente, con disimulo, al ver á mano aquel muñeco, le cogió un pellizo y otro y otro, apretando bien. Con los ojos lividos y la boca espumante, acongojado, trémulo, el niño se ahogaba, el dolor agudo y repetido le vencía.

En cuanto su madre lo volvió á la cuna, quedóse callado.

A la tercera noche ya no lloraba: temía sin duda que lo llevarsen á la cama grande.

Volvió el notario á posesionarse de su hogar y de su mujer.

Acostóse temprano, y en cuanto descansó, des-



pués de haber cumplido como un hombre metódico sus deberes matrimoniales:

—El niño no llora esta noche— advirtió—. Anda,

tráelo, Matilde; me agrada tenerle aquí, entre nosotros.

La mujer, levantándose, cogió al niño, y en cuanto éste se vió en la cama, que pocos días antes aún era su delicia, escarmentado, comenzó á llorar furiosamente. Hubo que volverlo á la cuna.

El señor Moreau no salía de su asombro:

—¿Viste algo semejante? ¿Qué le ocurre? ¿Tendrá mucho sueño?

La esposa respondió:

—Ahora, todas las noches hace lo mismo.

Por la mañana, el chiquillo despertó alegre, sacudiendo sus brazos.

El notario lo cogió, acariciándole, y dirigióse con el niño en alto hacia la cama conyugal. Satisfecho, el chiquillo reía; pero en cuanto vió á su madre acostada, tembloroso, descompuesto, se puso á berrrear, pataleando como si lo martirizasen.

El padre, sorprendido, indicó:

—Algo le duele.

Y al descubrirle, para ver su carne desnuda, lanzó una exclamación dolorosa.

Los muslos, el culito, la barriga, los costados, hallábanse cubiertos de cardenales.

—Mira, Matilde, mira; ¡es horroroso!

La madre corrió apresurada. Aquellos manchones aparecían cruzados por una línea sanguinolenta. ¿Qué podía ser aquella manifestación externa de una enfermedad para ellos desconocida?

Matilde y su esposo quedáronse como viendo visiones.

—Urge llamar á un médico—afirmó el hombre.

Pero la mujer, pálida como una muerta, contemplaba la piel de su hijo, semejante á la de un leopardo. Y de pronto, después de lanzar un grito agudo, violento, desentonada gritó:

—¡Qué acción tan miserable! ¡Canalla! ¡Canalla!

El marido, absorto al oirla, precipitóse á preguntarle:

—¿Quién? Dime lo que sospechas. ¿Quién?

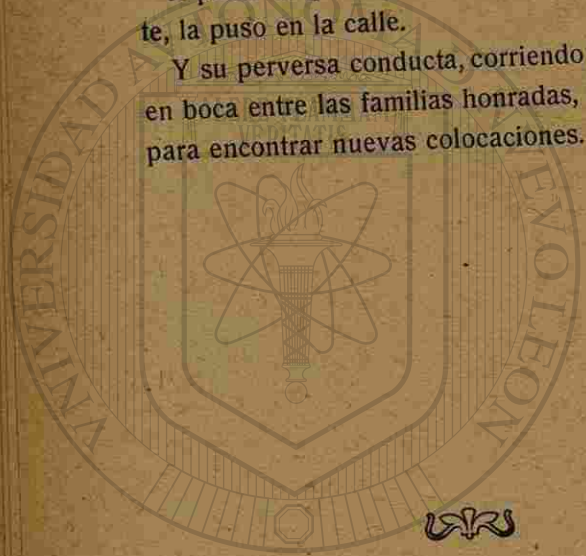
Sofocada Matilde, balbuceó:

—... ¿Quién?... La nodriza... No hace falta que venga el médico... No es una enfermedad... Son pellizcos...

El notario, furioso, la emprendió contra la nodriza.

A pesar de que la pobre mujer negó rotundamente, la puso en la calle.

Y su perversa conducta, corriendo luego de boca en boca entre las familias honradas, la imposibilitó para encontrar nuevas colocaciones.



EL PAN MALDITO

I

TAILLE tuvo tres hijas. Ana, la mayor, de la cual apenas hablaban; Rosa, la segunda, que acababa de cumplir diez y ocho años, y Clara, la pequeña, muy anfiada, que no había cumplido aún los quince.

Taille, viudo, maquinista en la fábrica de botones del señor Lebrumet, era un buen hombre, muy bien reputado por su rectitud, por su laboriosidad, sobrio y atento. Vivía en la calle de Angulema, en el Havre.

Cuando Ana hizo de su capa un sayo, abandonando el hogar paterno, Taille montó en cólera, prometiéndose matar al seductor, un jovenzuelo dependiente distinguido en un gran almacén de novedades. Más adelante, varias veces le hablaron

sus amigos de la moza que iba sentando la cabeza; no hacía locuras, invirtiendo sus economías en papel del Estado y limitando sus devaneos á ser la concubina de un hombre de algunos años, juez del Tribunal de comercio: el señor Dubois. El padre se tranquilizó con esas noticias.

Y hasta se preocupaba de vez en cuando por la suerte de su hija, haciendo averiguaciones acerca de su instalación, entre algunos camaradas que habían ido á verla. Y al cerciorarse de que vivía con desahogo en una casa bien amueblada, y que tenía sobre la chimenea muchos vasos de colores, muchos cuadros cubriendo las paredes, relojes de sobremesa, y cortinajes en todas las aberturas, una sonrisa de satisfacción se dibujaba en la boca del viejo.

¡El se había sacrificado treinta y tres años trabajando y economizando para reunir cinco mil francos miserables! No; la muchacha no era tonta.

En esto, una mañana el hijo de Touchard, tonetero establecido en la misma calle, pidió á Taille la mano de Rosa. El corazón del viejo esponjóse de gozo. Los Touchard eran gente adinerada y for-



mal. Evidentemente, la fortuna era pródiga con Taille, favoreciendo á sus hijas.

Hablaron de la boda y convinieron hacerla con alguna ostentación. Se verificaría en Sainte-Adresse y comerían luego en la fonda. Eso representaba un gasto considerable; pero no se casa una hija todos los días.

Y aconteció, que otra mañana, en el momento de sentarse á la mesa con sus dos hijas, le sorprendió la desertora empujando á la puerta del hogar.

Iba elegantemente ataviada, con sortijas en las manos y con un sombrero de plumas; era de verdad encantadora. Lanzóse al cuello de su padre, abrazó llorando á sus hermanas, y secándose los ojos dijo que la pusieran cubierto en la mesa para comer la sopa en familia. Entonces Taille no pudo contener sus emociones y, con lágrimas en los ojos, repitió varias veces:

—Lo que tú quieras, muchacha; lo que tú quieras.

Ana dió cuenta de sus proyectos. La boda se haría en su casa; en casa de la hermana mayor; y allí comerían sin que á su padre le costara un céntimo la fiesta. Ya lo tenía todo preparado y dispuesto. Ella quería encargarse de todo, absolutamente de todo; pensaba dar á su familia esa muestra de cariño.

El viejo continuaba repitiendo:

—Lo que tú quieras, hija mía; lo que tú quieras.

Pero, de pronto, le hizo dudar un escrúpulo: ¿Se conformarían los padres del novio?

La novia, sorprendida por aquella duda, objetó:

—¿Cómo no han de conformarse? Déjenlo á mi cargo; luego se lo diré á Felipe.

Y Felipe, opinó que le parecía muy oportuna la

idea. Los Touchard, el padre y la madre, quedaron también muy complacidos. Era un gusto que se festejase tan bien la boda. Y decían:

—El señor Dubois tiene mucho dinero y sin duda querrá lucirse.

Pidieron permiso para invitar á una muchacha, vecina suya, Flora, cocinera de los inquilinos del principal.

La fecha del matrimonio quedó fijada para el martes último del mes.



II

DESPUÉS de las formalidades civiles y de la ceremonia religiosa, el cortejo se dirigió hacia el domicilio de Ana.

Los Taille habían invitado á un pariente viejo, el señor Sauvetanin, hombre muy propenso á reflexiones filosóficas, ceremonioso y prudente (de quien se prometían heredar), y á una hermana de su madre, también metida en años, la señora Lamondois.

El señor Sauvetanin, debía ofrecer el brazo á la madrina. Los emparejaron, por considerar á uno y á otro las personas más importantes de la reunión.

Apenas llegaron á la puerta de la casa, desprendióse la madrina de su caballero y corrió escaleras arriba «para enseñarles el camino». El cortejo la seguía lentamente.

Ya en sus dominios, apartóse á un lado para que pasaran todos, y cada cual iba curioseando lo más posible con ansia de penetrar aquel misterioso lujo.



La mesa estaba servida en la sala, por no ser el comedor suficiente. Un fondista del barrio había llevado el servicio; los jarros de cristal llenos de vino, relucían á los rayos del sol.

Para dejar sus arreos y atusarse un poco, entraron las mujeres en la alcoba, y el viejo Touchard, de pie, atisbando, hacía guiños á los hombres indicándoles con insinuaciones humorísticas la hermosa cama. Taille, muy serio, miraba con orgullo mal reprimido los elegantes muebles de su hija, recorriendo todas las habitaciones, con el sombrero en la mano, inventariando los objetos con una mirada, andando como un sacristán en una iglesia.

Ana iba y venía, corriendo, apresurando el servicio.

Al fin, desde la puerta del comedor desmantelado, voceó:

—Vengan ustedes aquí; un minuto.

Los doce invitados acudieron y hallaron doce copas de vino de madera coronando un velador.

Rosa y su marido se acariciaban apartándose con disimulo de los demás. El señor Sauvetanin tenía constantemente los ojos puestos en Ana, dominado sin duda por el ardor, por la esperanza que sacude los deseos de los hombres al hallarse cerca de mujeres galantes—como si ellas tuviesen que ofrecer por oficio, por obligación profesional, sus atractivos á todos los machos.

Después fueron á la mesa, y comenzaron á servirles la comida. Los padres ocupaban un extremo, los recién casados el otro. La señora Touchard presidía á la derecha; la novia presidía á la izquierda. La madrina se ocupaba de todos y de cada uno, procurando que las copas estuvieran siempre llenas y los platos bien provistos. Una especie de cortedad respetuosa, una especie de apocamiento ante la riqueza de la estancia y el fausto de la ceremonia, les embargaba. Comían bien y á gusto, pero sin el jolgorio que suele reinar en semejantes casos. A todos abrumaba un poco lo suntuoso de aquel ambiente. La señora Touchard—la madre del novio—muy bromista de costumbre, queriendo animar los postres, pidió á su hijo una canción.

Felipe, cuya voz era famosa en el barrio, se levantó sonriente, y dedicando á su cuñada el obsequio, rebuscó en su memoria una canción oportuna, distinguida, seria, que no desmereciese de la brillantez del banquete.

Ana se reclinó en la silla, satisfecha: los demás aguardaban silenciosos y atentos.

Felipe anunció *El pan maldito*, y alzando el brazo derecho, empezó:



Hay un pan bendecido, que el hombre vigoroso,
á fuerza de fatigas, arranca á su labor:
es el pan del trabajo, es el pan generoso,
que á la familia lleva la dicha y el amor

Pero hay otro—el que busca la gente sin oficio—
muy dulce y amasado por el propio Satán.
¡Dejadlo, criaturas, porque es el pan del vicio!
¡Más vale morir de hambre, que comer ese pan!

Todos aplaudieron frenéticamente, y el padre de Felipe, dijo: «¡Es muy cierto!» Florentina, la cocinera invitada por la madre del novio, contemplaba una corteza de pan, dándole vueltas entre los dedos. El señor Sauvetanin murmuró: «¡Muy bien!»

Y la tía Lemondois enjugóse una lágrima con la servilleta.

Felipe anunció: «segunda estrofa», entonándola más vigorosamente á medida que avanzaba:

Socorred al inútil, doleos del anciano,
que una limosna piden rendidos al dolor;
pero huid al bergante que, tendiendo la mano,
muestra un brazo robusto para cualquier labor.
Implorando limosna comete una vileza,
—porque á los pobres roba—el joven holgazán.
¡Baldón para quien vive del pan de la pereza!
¡Más vale morir de hambre, que comer ese pan!

Todos á un tiempo, hasta los dos criados que servían la mesa, repitieron el estribillo:

¡Más vale morir de hambre, que comer ese pan!

Las voces agudas y chillonas de las mujeres desentonaron los acentos robustos y graves de los hombres.

La tía y la novia derramaban abundantes lágrimas; Taille se sonaba estrepitosamente, y Touchard, su consuegro, blandía una barra de pan; Florentina—la cocinera invitada por la madre del novio—dejaba caer su llanto silencioso en la corteza que sus dedos martirizaban.

El señor Sauvetanin, dijo, entre la emoción general:

—Me gustan esas canciones honradas, tan diferentes de las chocarrerías al uso.

Ana, muy enternecida también, echaba muchos besos á su hermanita, felicitándola, por señas, de tener semejante marido.

El joven, embriagado por el éxito, prosiguió:

En tu pobre buhardilla, y entre mil privaciones, acaso imaginaste otra vida mejor.

¡Infeliz criatura! ¡Huye las tentaciones que prometen la dicha y dan el deshonor!

Un lujo, si avergüenza, pierde todo su encanto:

¡muchas más alegrías tus virtudes te dan!

El pan de la deshonra se amasa con el llanto..

¡Más vale morir de hambre, que comer ese pan!

Solamente los dos mozos que servían la mesa, y el señor Touchard, repitieron el estribillo. Ana palidecía y bajaba los ojos. El novio, sorprendido, miró en torno, sin comprender la causa de aquel desaliento, de aquel frío glacial. Florentina—la cocinera invitada por la madre de Felipe—había soltado bruscamente la corteza que trituraba largo rato entre sus dedos, como si la creyese de pronto envenenada.

El señor Sauvetanin declaró gravemente, para salir del apuro y remediar el fracaso en lo posible, «que la última estrofa no tenía interés». Taille, colorado hasta las orejas, lanzaba en todas direcciones miradas terribles.

Ana, con los ojos llenos de lágrimas, dijo á los mozos:

—¡El champagne! ¡Sirvan el champagne!

Y su voz doliente parecía impregnada en llanto.

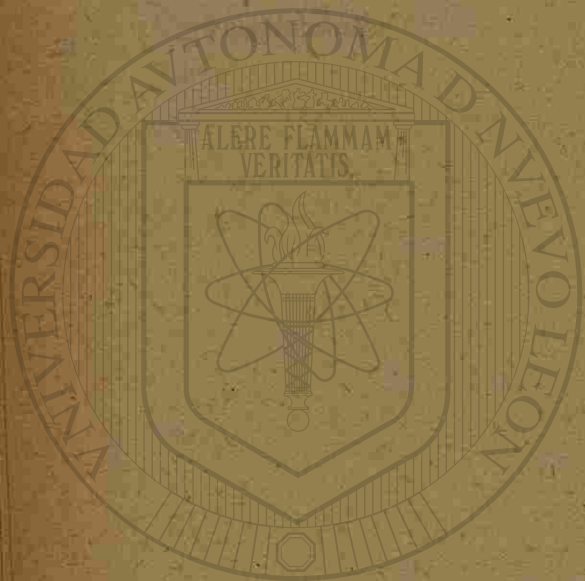
Una emoción agradable sacudió á los invitados. Brillaron alegres los rostros. Y cuando el señor Touchard, que no había comprendido nada, que no se había enterado en absoluto de nada, enarboló nuevamente la barra de pan, y esgrimiéndola sobre los convidados, echóles á la cara el estribillo

¡Más vale morir de hambre, que comer ese pan!

Todos los invitados, exaltándose al ver las botellas que lucían sus caperuzas doradas, repitieron á coro desaforadamente:

¡Más vale morir de hambre, que comer ese pan!





EL ASUNTO DE LA SEÑORA LUNEAU

EL juez de paz, hombre panzudo, con un ojo cerrado y el otro abierto apenas, oía de mala gana las declaraciones de los comparecientes, lanzando á veces una especie de gruñido que podía interpretarse como una opinión, y otras veces interrumpiendo para dirigir preguntas, con voz aguda, semejante á la de un chiquillo.

Acababa de juzgar la denuncia presentada por el señor Joly contra el señor Petitpás, con motivo de una divisoria entre dos campos que, arando y por descuido, rebasó un jornalero del señor Petitpás.

Y pasaron al juicio de conciliación entre Hipólito Lacour, sacristán y cacharrero, y la señora Luneau, Celeste-Cesarina, viuda de Isidoro Luneau.

Hipólito Lacour, era un hombre de cuarenta y cinco años; seco, larguirucho, con el pelo bastante

largo, la cara completamente afeitada, como un cura; su voz era una especie de canturreo.

La señora Luneau, á juzgar por las apariencias, tendría cuarenta años; robusta, carnosa, retenía malamente sus protuberancias en las estrecheces de su ropa ceñida. La redondez enorme de sus caderas acentuábase por delante con un vientre descomunal que sostenía las ubres gelatinosas, rematando por detrás en las nalgas, tan llamativas y oscilantes como los pechos. Tenía el cuello ancho, las facciones muy acentuadas y la voz rotunda; una voz que al producirse hacía vibrar los cristales.

Los testigos de descargo, aguardaban.

El juez de paz abordó el asunto:

—Hipólito Lacour, precise usted su queja.

El hombre expuso:

—Voy á ello, señor juez de paz, con su permiso. Hará por San Miguel nueve meses, que la señora Luneau me aguardó una tarde, y al salir yo de la iglesia después de tocar el *Angelus*, me dijo que no había quedado nunca embarazada...

—Entre de lleno en el asunto, sin preámbulos.

—Así lo haré, señor juez de paz. Ella quería una criatura y me invitaba, ofreciéndome cien francos,

á realizar sus deseos. Todo fué lo mejor posible. Ahora me niega lo que me prometió. Y vengo á reclamar los cien francos por justicia.

—Más claro. «Quería una criatura.» ¿Cómo? ¿Adoptar una criatura?

—No, señor juez; una criatura... nueva.

—¿Y á qué llama usted *una criatura nueva*?

—Pues á una criatura que nacería cuando yo hubiera hecho con la señora lo que hace un marido con su mujer.

—No salgo de mi asombro. ¿Qué ventajas tenía para ella ese ofrecimiento?

—Al principio me dejó también algo confuso; como no hago nunca nada sin fundamento, quise conocer las razones que tenía esta señora para pedirme aquel servicio; y supe, que habiendo muerto su marido, Isidoro Luneau, á quien todos tratamos ocho días antes, pasaban sus bienes á la familia por no tener descendencia. Era una contrariedad; y un picapleitos la instruyó de que los conservaría si tuviera un hijo antes de diez meses; es decir, si paría en el décimo mes, á partir de la muerte del hombre. Resolvió probar fortuna, y fué á buscarme al salir yo de la iglesia, eligiéndome

acaso porque soy padre de ocho hijos robustos, al mayor de los cuales tengo ya colocado en Caen...

—Suprima detalles inútiles. Al hecho.

—Voy, señor juez de paz. Esta señora me dijo: «Si lo consigues, te daré cien francos así que pueda certificar un médico mi situación». Yo hice cuanto supe, señor juez, para no errar el golpe. Ahora me niega los cien francos. Me los niega siempre que se los pido; y hasta me insulta llamándome impotente y embustero. Ahí está la prueba de todo lo contrario.

—Usted, señora Luneau, ¿tiene algo que alegar?

—Digo, señor juez—adujo la señora—, que Hipólito es un embustero.

—¿No hizo lo posible... como asegura?

—Sí; pero no tuvo resultado.

—¿Puede usted probar su afirmación? ¿Tiene usted una prueba convincente?

—¿Una prueba? ¿Qué prueba? ¿Cómo voy á tener una prueba de que la criatura no es del sacristán?—exclamó sofocándose—. Y sin embargo, juraría por la cabeza de mi difunto marido, que no, que no ¡y que no!

—¿De quién es?

—¿Lo sé acaso?—masculló rabiosamente—. Puede ser... de cualquiera. Pregunte á mis ocho testigos y ellos le contestarán...

—Cálmese, y responda tranquilamente. ¿Qué razones tiene usted para dudar que sea este hombre padre de la criatura?

—¿Qué razones? ¡Ciento! señor juez; ¡doscientas! ¡mil! ¡un millón! Porque después de haberle buscado, atendiendo á su numerosa familia, he sabido que su mujer se divierte con otros, y que los hijos de su mujer, son de los amantes; ¡los ocho! ¡del primero al último!

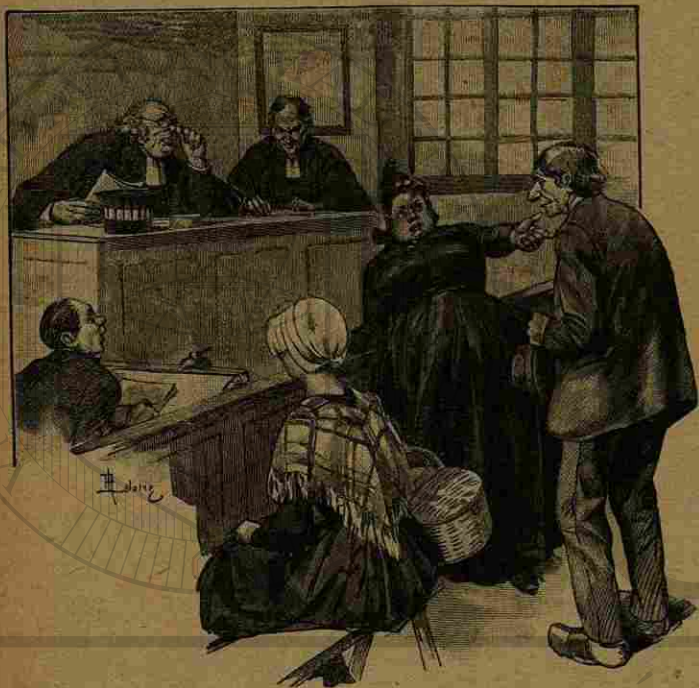
—Son habladurías—insinuó el sacristán con mucha calma.

—¿Que son habladurías...? ¿habladurías?—vociferaba la señora Luneau—. Su mujer tiene tratos con todo el mundo. Interrogue á mis testigos y verá el señor juez si son habladurías.

—No son más que habladurías—insistió Hipólito sin perder la tranquilidad.

—Y los rubios, de ojos azules, ¿también son obra tuya, los rubios de ojos azules?

—No puedo permitir esas indagaciones—dijo el



juez—, y si usted insiste, me verá obligado á multarla.

—Recelosa de su capacidad—continuó la viuda, más templada—y pensando que no estorban las precauciones, recurrí á Cesáreo, mi primer testigo, el cual se puso inmediatamente á mi disposición.

Divulgándose la noticia, tuve un centenar de pretendientes. Mi segundo testigo, Lucas Chandelier, me advirtió que no debía darle á Hipólito Lacour los cien francos, porque los otros hicieron tanto como él, sin reclamarme nada.

—Que no me los hubiera ofrecido—indicó el sacristán—. Yo los he ganado, señor juez.

—¡Cien francos! ¡cien francos!—voceaba la señora Luneau—. ¡Cien francos por eso! Ninguno me ha pedido nada: y tú ¡cien francos! Miralos: ocho mocetones como castillos y ninguno me ha pedido nada. Pude tener ciento si quisiera, ¡ciento, doscientos, quinientos de balde!

—¡Aunque tuviese cien mil!

—¡Y cien mil!

—Yo hice lo que ofrecí... Lo demás no me importa; lo prometido es deuda.

—Bien: ¡pruébame que lo que traigo aquí es tuyo!—Y al decir esto la viuda, se golpeaba el vientre con las dos manos—¡Pruébalo si puedes!

—Tal vez será mío; tal vez de otro—dijo el sacristán con mucha calma—. Lo cierto es que me prometió cien francos por mi parte, si resultaba. Si usted quiso asegurarse, recurriendo á otros, no es

mía la culpa. El trato es trato; yo no pedí que me ayudasen; me bastaba solo.

—¡Mentira! ¡Embustero! ¡Ahora lo dirán mis testigos!

El juez de paz los interrogó. Eran ocho mocetones robustos y desgachados.

—Lucas Chandelier: ¿Tiene usted motivos para



suponerse padre de la criatura que la señora Luneau lleva en el vientre?

—Sí, señor juez.

—Pedro Celestino Sidoin: ¿Tiene usted motivos

para suponerse padre de la criatura que la señora Luneau lleva en el vientre?

—Sí, señor juez.

Los restantes respondieron de igual modo á la misma pregunta.

El juez de paz, habiendo meditado la sentencia, dictó:

«Considerando que, si bien Hipólito Lacour tiene motivos para suponerse padre de la criatura que solicitaba la señora Luneau, los llamados Lucas Chandelier, etc., etc., tienen idénticos motivos para poder atribuirse cada uno de por sí la paternidad:

»Considerando que, la señora Luneau había solicitado primeramente los auxilios de Hipólito Lacour, prometiéndole una indemnización de cien francos, en el caso de que resultasen fecundas las aproximaciones:

»Considerando que, aun comprobada la buena fe y el acierto de Hipólito Lacour, no podía encargarse del asunto, por ser casado, y, por consiguiente, hallándose por la ley sujeto á fidelidad legítima:

»Considerando además, etc., etc., etc.

»Condeno á la señora Luneau á pagar veinticinco francos por daños y perjuicios á Hipólito Lacour, indemnizándole así del tiempo empleado indebidamente.»



UN PRUDENTE

BLEROT era mi amigo de la infancia: nos tratábamos tan íntimamente, que no había secretos entre nosotros. Estábamos unidos por esa compenetración cariñosa y fraternal que inspira una confianza sin límites. Me daba cuenta de sus más recónditos pensamientos y hasta de los pecadillos vergonzosos que apenas confía el hombre á su propia conciencia. Yo hacía lo mismo con él.

Fui el confidente de sus amores y él de los míos.

Cuando me participó que se casaba, esta noticia me pareció una traición. Sentí que acababa entre nosotros la cordialidad que nos unía. Su mujer era un obstáculo. El matrimonio establece entre la mujer y el hombre una complicidad, una alianza misteriosa, que se mantiene hasta cuando han dejado ya de amarse; son como dos asociados discretos, que desconfían de todo el mundo. Pero ese

lazo estrecho, que forman las caricias conyugales, deja de existir en cuanto la mujer tiene un amante.

Recuerdo, como si fuera ayer, toda la ceremonia del matrimonio de Blerot. No quise asistir á los esponsales, porque no me seducen esas cosas, y sólo fui á la iglesia.

La mujer, que para mí fué, hasta el momento aquél, absolutamente desconocida, era una buena moza, delgada y bella, con los ojos pálidos, los cabellos pálidos, la tez pálida y las manos pálidas. Al andar, se movía con ligeras ondulaciones, como si fuese navegando en una góndola, ó como si prodigara suaves y graciosas reverencias.

Blerot parecía estar muy enamorado. La miraba codiciosamente, como sintiendo ansias de amor insaciable.

A los pocos días fui á visitarlos. El me dijo:

—No puedes imaginarte cuán dichoso me siento. La idolatro con locura, y ella es... ella es...

No acabó la frase; pero llevándose los dedos á la boca, hizo un gesto que significaba: divina, perfecta, deliciosa y muchas cosas más. Riendo, le pregunté:

—¿Todo eso?

—Todo lo imaginable.

Me presentó. Estaba encantadora; tratándome con exquisita confianza, me hizo ver su distinción y su finura. Comprendí más que mi amigo era del todo suyo; nuestra intimidad había recibido un golpe de muerte. Apenas acertamos á dirigirnos la palabra.

Estuve ausente, viajando por Alemania, Rusia, Holanda y Suecia; más de año y medio sin ver París.

Al día siguiente de mi llegada, paseando por el bulevar, atrajo mi vista un hombre descolorido y demacrado, que se parecía á Blerot como un tísico en tercer grado puede parecerse á un mozo fornido y arrogante.

Le miré, sorprendido, inquieto, pensando: ¿será él?

Al verme, lanzó un grito y corrió hacia mí con los brazos abiertos. Le recibí en los míos y nos abrazamos en pleno bulevar.

Estuvimos yendo y viniendo, de la calle del Drouot al Vaudeville, y cuando ya nos disponíamos á separarnos, al verle abatido y extenuado, le pregunté:

—No tienes buena cara; ¿estás enfermo?

Y me respondió:

—Sí, algo enfermo.

Parecía un moribundo. Sentí avivarse de pronto en mi corazón la dulce amistad que nos unía en otro tiempo, y estrechándole con mucho cariño las manos, insistí:

—¿Qué te ocurre? ¿Qué sientes?

—Nada. Un poco de fatiga. Casi nada.

—¿Qué te ha dicho el médico?

—Habla de pobreza de sangre, y me receta preparados de hierro y mucha carne.

Una sospecha cruzó mi pensamiento.

—¿Eres feliz?

—Completamente feliz.

—¿Me lo aseguras?

—Te lo aseguro.

—¿Tu mujer?

—Encantadora. La quiero más y más de día en día.

Me pareció que desconfiaba, como si temiese nuevas preguntas. Me agarré á su brazo y le conduje á un café próximo. No había nadie que pudiera observarnos: le miré frente á frente y le vi ruborizarse.

—Vaya, mi buen amigo, dime la verdad.

—Nada más tengo que decirte—murmuró.

—Sí—afirmé con suma entereza—. Tienes que



decirme todo lo que te pasa. Estás enfermo; una tristeza escondida te roe las entrañas y no te atreves á confiar á nadie tu secreto. Pero á mí no me lo debes ocultar. Habla.

Se ruborizó más aún. Tartamudeó, y bajando la cabeza, dijo:

—Es imbécil, estúpido, pero... no puedo... ¡Estoy reventado!

Hubo un silencio; yo insistí:

— Habla: dímelo todo.

Entonces, bruscamente, como si arrojara de pronto una idea terrible, atormentadora, no revelada jamás, balbució:

— Tengo una mujer que me devora... Me consume.

No me hice cargo al pronto del sentido recto de aquellas palabras.

— ¿Te hace desdichado? ¿Te hace sufrir? ¿Por qué? ¿De qué modo?

Y con voz muy débil, como si confesara un crimen, dijo:

— No me hace sufrir nada... Me hace gozar demasiado.

Quedé sorprendido al oír aquella respuesta brutal. Luego tuve ganas de reír, y, al fin, acerté á contestarle:

— Me parece que no es cosa difícil... disminuir la ración.

Muy pálido, me abrió su corazón como lo hacía en otros tiempos.

— No, no es posible... Y me mata. Lo sé; me aterra pensarlo, y no sabría impedirlo. ¡Morir! Algu-

nas veces pensó en abandonarla... escapar al otro extremo del mundo. Y al anoecer, vuelvo á mi casa, vuelvo á pesar mío, con el espíritu inquieto, martirizado. Subo la escalera lentamente. Llamo: entro. Ella está sola, sentada en un sillón, aguardándome... Me dice: «¡Qué tarde has venido!» Y la beso. Después como, pensando: «Saldré con los postres en la boca, y derecho á la estación del ferrocarril.» Imagino un viaje, una fuga. Pero me falta valor, me faltan fuerzas para realizarlo; en vez de huirla, me acerco á ella... Y sucumbo siempre...

Yo no pude contener una sonrisa; él continuó:

— Sí, hace reír; pero te aseguro que la cosa es terrible.

— ¿Por qué no se lo adviertes á tu esposa? No siendo un monstruo de maldad, ella evitaría mucho...

— Es muy fácil decirlo; peligroso intentarlo... Conozco su temperamento. ¿No has oído alguna vez decir de ciertas mujeres: «acaban con el tercer marido?» Son cosas que dan risa... de lejos. Verdades muy espinosas. ¿Qué hacer? Ni ella ni yo tenemos la culpa. Ella es así, como la Naturaleza la hizo; con arranques de Mesalina; y lo ignora. Yo lo sé, por mi desgracia. Es atractiva, dulce, tierna y juz-

ga naturales y mesuradas nuestras caricias. Vive como una colegiala, ignorante de todo. La pobre criatura, ni sospecha el daño que hace. ¡Ah! Todos los días proyecto resoluciones enérgicas; me resisto á morir. Pero una mirada sola de aquellos ojos, una de sus miradas en que se adivina el deseo ardiente de sus labios, me arrolla, y digo: «Será la última vez; serán los últimos besos mortales.» Luego salgo aturdido, con ansias de muerte, como salí hoy, desesperanzado. Tengo tan enferma el alma, que ya me complace la tristeza de los cementerios. Ayer tarde contemplaba en el del Pere-Lachaise, las tumbas alineadas como fichas de dominó. Y pensaba: «Pronto estaré con los muertos.» Al volver á mi casa, no supe si confesarme desazonado, enfermo, febril... ó escapar. Nada me fué posible. ¡Ah! Tú desconoces esto. Pregúntale á un fumador si sabe que la nicotina envenena, y dile después que renuncie al cigarro, que pierda su costumbre deliciosa y mortífera. Te dirá que lo intentó muchas veces sin conseguirlo, añadiendo: «Es inútil; después de todo, más vale morir.» Estoy en el mismo caso. Cuando nos arrolla el engranaje de una pasión amorosa, de un vicio, no

es posible sustraerse á las constantes mordeduras.

Me tendió la mano, despidiéndose. Una cólera invencible se apoderó de mí; un odio insuperable contra la mujer inconsciente, atractiva, devastadora, y mientras mi amigo se abrochaba el gabán, le dije brutalmente:

—Pero, antes de consumirte por ella, de morir como un imbécil, búscale amantes.

Encogiéndose de hombros, alejóse de mí sin contestarme.

Durante seis meses, no le vi. Todas las mañanas temía recibir la papeleta de defunción, invitándome al entierro. No quise volver á su casa, por complicadas razones fundadas en sentimientos diversos y contradictorios: el desprecio que hacia ella sentía, la indignación y la misericordia que las flaquezas de mi amigo me inspiraban, la piedad, la, cólera... todo á la vez.

Paseaba yo por los Campos Elíseos un día de primavera, en esas horas templadas que hacen revivir nuestras ansias de goce, nuestras alegrías, que nos encienden los ojos y derraman sobre nuestro espíritu la tumultuosa dicha de vivir. Alguien me

dió en un hombro. Era él. Blerot, el mismísimo Blerot, arrogante, sonrosado, grueso y resplandeciente.

Me tendió las manos, alegrándose mucho del feliz encuentro; le miré sorprendido, asombrado:

—Pero... ¡Vaya! Te felicito. Cambiaste mucho en seis meses.

Ruborizándose hasta las orejas y haciendo lo posible para sonreír, me dijo:

—Se hace lo que se puede.

—De manera que... ¿ya te has curado?

—Sí; completamente. ¡Qué gusto encontrarte! Ahora nos veremos con frecuencia. ¿Eh?

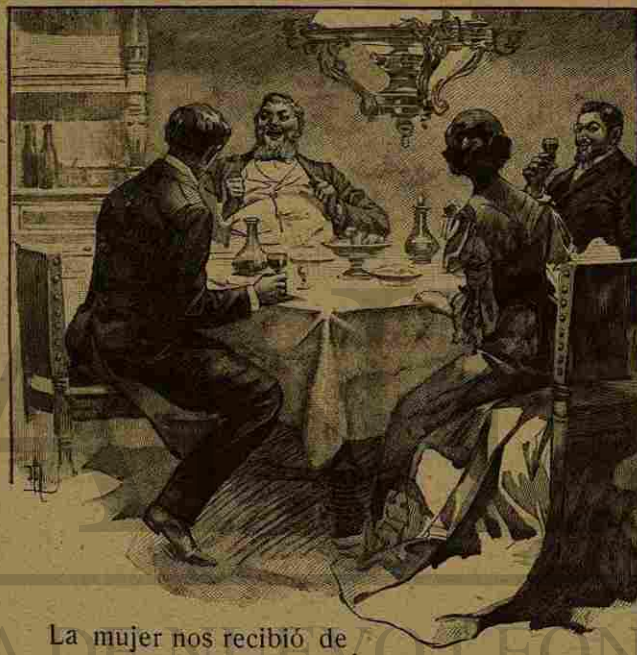
Una preocupación me obsesionaba. Quise conocer el motivo de aquel favorable cambio.

—Recordarás la confidencia que me hiciste hace medio año. ¿Cómo te libraste al fin...?

El masculló:

—Supongamos que no te dije nada, y déjate de preguntas inconvenientes. Lo importante ahora es que nos encontremos juntos. Hoy comerás en mi casa.

Sentí un deseo loco de ver su casa, de adivinar su vida.



La mujer nos recibió de una manera encantadora.

Tenía una expresión tan sencilla, tan adorable, tan inocente, que recreaba los ojos. Sus delgadas manos, como su cuello y su rostro, eran de una blancura transparente; su carne fina y noble, la daba un atractivo encantador. Andando, se movía con suaves ondulaciones de góndola, como si

al avanzar el pie la flaquearan un poco las piernas.

Mi amigo la besó en la frente, preguntando:

—¿Luis no ha venido aún?

Ella respondió con voz clara y ligera:

—No ha venido aún. Ya sabes que siempre se retrasa.

El timbre sonó. Un buen mozo, arrogante y moreno, con fina barba y aspecto hercúleo, nos fué presentado. Se llamaba Luis Delabarre.

Mi amigo le apretó enérgicamente las manos. Fuimos á la mesa.

Una comida maravillosa, muy alegre. Mi amigo no se cansaba de hablarme cordialmente, ingenuamente, como en los mejores tiempos. A cada instante, repetía:

—No sabes cuánto me alegro de verte. Me haces revivir.

Yo miraba distraídamente á la mujer y al otro. No perdían un solo instante la corrección. Sin embargo, creí sorprender una ó dos veces delatorias miradas.

Cuando terminamos, Blerot, levantándose, dijo á su mujer, muy cortésmente:

—Amiguita. Ya no me separo de mi amigo en al-

gunas horas. Tengo muchas ganas de hablar con él. Perdona si te dejamos para corretear por las calles como dos muchachos. Luis puede quedarse haciéndote compañía.

La mujer, sonriendo y estrechándome la mano, dijo:

—No me lo entretenga usted mucho.

Y salimos á la calle, del brazo.

Insistí:

—Vamos á ver, ¿qué significa esto? ¿Qué ha pasado?

Me interrumpió bruscamente, y, casi gruñendo, como un hombre tranquilo al cual turbara la digestión, exclamó:

—No me fastidies con preguntas. Déjalo.

Y, á media voz, como si hablara solo, con la expresión decidida, inquebrantable, del que toma un partido prudente, añadió:

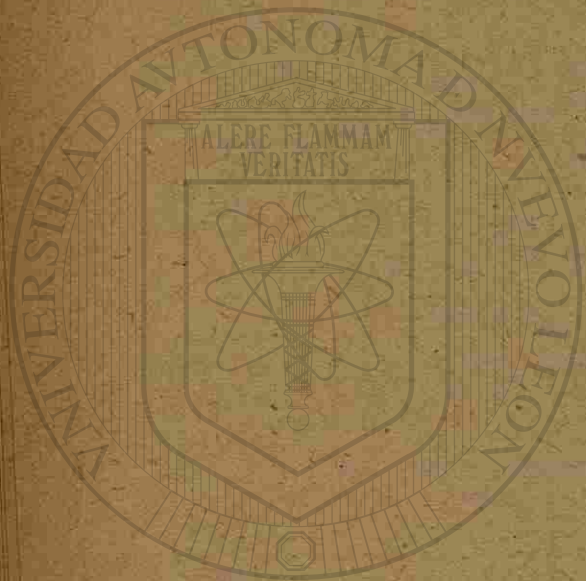
—Era estúpido morirse de aquel modo.

Callé. Andábamos de prisa. Luego hablamos de mil cosas, y de pronto, murmuró á mi oído:

—Si fuésemos á casa de unas mozas... ¿Eh?

No pude contener la risa:

—Como gustes. Hágase tu voluntad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
EL CERROJO "ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

A los postres, las copas medio llenas y olvidadas eran la prueba de que los comensales habían bebido á satisfacción. Hablaban sin preocuparse de las réplicas, y cada cual atendía sólo á su pensamiento; las voces iban haciéndose atonadoras, los gestos exuberantes, los ojos echaban chispas.

Era un banquete de solterones, de solterones recalcitrantes. Lo habían establecido veinte años atrás catorce mozos resueltos á no casarse nunca. Sólo quedaban cuatro. Habíanse muerto dos y ocho se habían casado.

Los cuatro, fieles á su promesa, observaban estrictamente—y en los límites que las circunstancias les permitían—las ordenanzas acordadas al fundarse la singularísima sociedad, á ellos reducida por los estragos del tiempo y del matrimonio.

— Ahora que tenemos agotado el repertorio de graciosas y exuberantes mentiras, voy á referiros, no mi último, sino mi primer lance amoroso; mi primera caída (es una caída sin duda) entre los brazos de una mujer... ¡Ah! No penséis que voy á referiros mis... ¿cómo lo diré? mis iniciaciones. El primer foso que saltamos los hombres (llamémosle foso en sentido figurado), no tiene casi nunca interés. Generalmente caemos en el sucio lodo y nos levantamos con una encantadora ilusión menos y un dolor ó una tristeza más. La primera vez repugna un poco la realidad amorosa; la soñábamos casi todos más delicada, más fina, más dulce. Nos deja una sensación moral y física semejante á la que sentimos al tropezar en algo pegajoso y no teniendo agua para lavarnos. Por mucho frote que le demos, no se va.

¡Sí; pero ¡qué pronto y de qué manera se acostumbra uno! ¡Parece mentira! Sin embargo... sin embargo, he lamentado siempre no poder aconsejar al Creador que reformara su procedimiento de crear. No presumo de haber inventado un mecanismo que pueda substituir al suyo con ventaja; pero se me ocurre que le sería fácil preparar las

cosas de otro modo. Una combinación más decente y más poética; sí, más poética.

Opino que se ha mostrado excesivamente... naturalista el Creador. Falta delicadeza en su procedimiento.

Voy á referiros mi primer lance con una señora honrada; la primera señora que seduje... Perdonad; quiero decir, la primera señora que me sedujo. Porque las primeras aventuras del hombre las prepara la mujer. Son ellas las que provocan. Luego ya... luego sucede lo mismo.

Era una amiga de mi madre, una mujer encantadora. Semejantes criaturas, cuando son castas, lo son por estupidez, y si dejan de serlo, se apasionan furiosamente. ¡Se nos acusa de corruptores! ¡Ya, ya! La mujer es el conejo y el hombre un cazador... pero es el conejo quien dispara. ¡Oh! ¡Si parece que ni siquiera tocan al gatillo de la escopeta...! ¡pero tocan! Hacen de nosotros lo que quieren y nosotros mismos lo ignoramos. Luego, nos acusan de haberlas deshonrado, de haberlas pervertido y de muchas cosas más.

La señora de quien hablo, tenía sin duda unos deseos enormes de que yo la pervirtiera, y me



preocupaba tan poco de seducirla como de hacerme fraile. Pero un día que fui á visitarla, mientras contemplaba yo su peinador desmesuradamente abierto, como una puerta de iglesia donde se prepara una gran ceremonia, ella me cogió la mano, la oprimió—ya sabéis cómo hacen

esas cosas—, la oprimió de una manera insinuante, y con un suspiro de agonía, un suspiro arrancado á lo más profundo, murmuró: «¡Ah! no me mire usted así, criatura.»

Me quedé más encarnado que un tomate y más tímido aún que de costumbre, naturalmente. Hubiera querido irme; pero me tenía sujeto. Apoyó contra su pecho la mano que me aprisionaba y me dijo: «Vea cómo palpita mi corazón». Sí; palpitaba. Entonces comprendí, aunque no sabía por dónde principiar. Con el tiempo... he aprendido: me han enseñado.

Como al abandonar ella mi mano continué apoyándola sobre aquella tibia, suave y carnosa caja de su corazón, inmóvil, sin soltar de la otra mano el sombrero, mirándola y sonriendo como un simple ignorante de su deber, la señora, irguiéndose de pronto, me dijo: —«¡Ah! ¿Qué hace? ¡Abusa de mi confianza! ¡Yo le creí una persona decente!» Retiré la mano, y ahogué mi sonrisa lastimosa en excusas entrecortadas; levantéme y salí aturdido y mareado.

Pero las emociones de aquel día me hicieron delirar; soñaba con *ella*; veíala seductora; la imaginé

adorable; supuse que sólo en su amor estaba mi ventura, y resuelto á gozarla, seguro de haberla deseado siempre, resolví ser atrevido y temerario.

Cuando nos vimos de nuevo, me sonrió embozadamente. ¡Hasta qué punto me turbó aquella sonrisa! Dióme la mano con cierto abandono insinuante.

Desde aquel día me consagré á pretenderla y asediarla—según parece—. Al menos, ella me aseguró, después que yo la seduje con mis asiduidades, que la violenté, que la deshonoré con un extraño maquiavelismo, con una habilidad consumada, con una perseverancia irresistible y con astucias de Apache.

Pero me preocupaba una duda. ¿Qué lugar escoger para la realización de mi triunfo? Yo vivía con mi familia, y mi familia era, en tales asuntos, intransigente. Faltábame atrevimiento para entrar con una mujer del brazo en un hotel, á la luz del sol; no tuve tampoco de quien aconsejarme.

Hablando conmigo de cosas indiferentes, *ella* encontró una oportunidad para decirme—sin que yo pudiera suponer intencionada su advertencia—que

los jóvenes tienen un cuartito amueblado para sus aventuras.

Fué un rayo de luz. A los pocos días, *ella* visitó la casa que yo acababa de alquilar con ese objeto.

Era una tarde otoñal y desapacible. Su visita—que yo hubiera querido retardar, porque no tenía lumbre—me turbó. Y no tenía yo lumbre, porque la chimenea no tiraba. La víspera, precisamente, me había quejado al casero, un comerciante retirado, el cual me prometió ir él mismo con los fumistas á dejarla corriente.

Al verla entrar, dije: «No hay lumbre, porque la chimenea no tiene tiro. Han de venir á componerla.»

No pareció escucharme, balbuceando: «No importa; estoy ardiendo.» Y al notar el asombro que sus palabras me producían, continuó: «¡Ni sé lo que digo! Estoy loca... mareada... ¡Qué hice, Santo Dios!... ¿Por qué vine?... ¡Infeliz! ¡Ah! ¡Qué vergüenza! ¡qué vergüenza!»

Y soilozando, se refugió entre mis brazos.

Convencido en absoluto de su veracidad, para que se acallaran sus remordimientos, juré que la respetaría. Entonces, haciéndose un ovillo sobre mis rodillas, gimió:

—¡Pero no ves que te adoro, que me tienes enloquecida y subyugada!

Entonces creí oportunas ciertas demostraciones, y *ella*, estremecida, se defendió, huyendo hasta un armario para esconderse, mientras gritaba: «¡No me mires! ¡no me mires! ¡Tanta luz me asusta! Si estuviésemos á obscuras... los dos juntos, y sin vernos... como si lo soñáramos... ¿Lo imaginas? ¡Oh! ¡Tanta luz!»

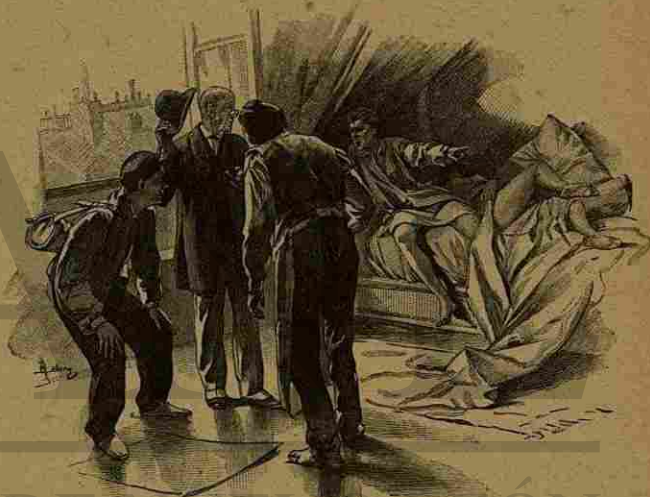
Corrí hacia la ventana, cerré los postigos, ajusté los cortinajes, coloqué mi abrigo sobre un rayo de sol que se filtraba. Y á tientas, procurando no tropezar en los muebles, con el corazón palpitante, la busqué, la encontré.

Los dos juntos emprendimos otro viaje á través de la obscuridad, abrazados, con las bocas unidas, ansiosos de llegar á mi alcoba. Sin duda con el ansia perdimos la dirección, y topé con la chimenea, con el armario. Al fin, llegamos.

Me sumergió en sus encantos un éxtasis frenético. Fué una hora de locura, de arrobamiento, de goce sobrehumano; luego, invadidos por una deliciosa laxitud, nos dormimos dulcemente abrazados.

Yo soñaba. Y en sueños me parecía oír voces, voces que pedían socorro. Sentí una fuerte sacudida...

¡Oh! El sol poniente, rojo, magnífico, inundaba de luz mi alcoba, contemplándonos al descender



en el horizonte. Habían abierto la ventana de par en par, y una luz de apoteosis bañaba mi lecho desordenado, sobre cuyas ropas chillaba y se retorció una mujer desnuda, tratando inútilmente de cubrirse con un pico de sábana, con un extremo de

la colgadura; mientras en el centro del cuarto, el amo de la casa, el portero y el fumista, negro como un diablo, nos contemplaban con estúpidos ojos.

Levantándome furioso, decidido á saltarles al cuello como una fiera, grité:

—¿Qué hacen ahí?

El fumista, esforzándose inútilmente para contener la risa, dejó resbalar entre sus manos una hoja de lata que hizo, al chocar en las baldosas, gran estrépito. El portero estaba desconcertado; el amo de la casa balbució:

—Señor mío... Arreglábamos... la chimenea... la chimenea.

—¡Largo de aquí!—les dije amenazador—. ¡Afuera todos!

Retirándose, con el sombrero en la mano, confuso y cortés, murmuraba:

—Dispense usted... Si yo hubiera sabido que le molestábamos... El portero me aseguró que no estaba usted en casa. Dispense usted.

Y se fueron.

Desde aquel día, no me preocupo en tales ocasiones de cerrar las ventanas; pero, en cambio, no dejo nunca de correr los cerrojos.



CHALI

EL viejo almirante, que al parecer dormitaba en supoltrona, dijo: «Hay en mi vida una singular aventura; ¿queréis que os la cuente?»

Y habló, inmóvil en su asiento, conservando en sus labios la volteriana sonrisa que le hizo pasar á los ojos de muchos por un escéptico.

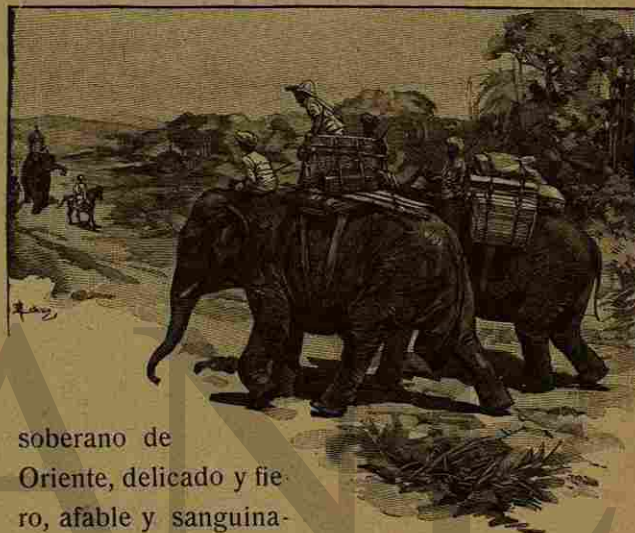
I

Tenia yo treinta y tres años, y era teniente de navío, cuando recibí una misión astronómica para la India Central. El Gobierno inglés me facilitaba todos los medios necesarios para terminar con lucimiento mi empresa, y me interné, con un puñado

de hombres, en aquel país extraño, sorprendente y prodigioso.

Serían precisos veinte voluminosos libros para referir todos los incidentes de mi viaje. Atravesé regiones de un esplendor inenarrable; me hospedaron príncipes de una belleza sobrehumana, que vivían con una magnificencia inverosímil. Durante dos meses creí viajar por un poema, recorrer un reino de magia encantadora, sobre un elefante imaginario. Descubrí en las entrañas de los bosques centenarios, ruinas milenarias; encontré ciudades que ni sueña la fantasía, monumentos prodigiosos, cincelados como joyas, ligeros como encajes y enormes como altas montañas; monumentos fabulosos, de origen divino y de una gracia tal, que sus formas, como las de una mujer, atraen, produciendo, al mostrarse á los ojos, un placer físico y sensual. En fin, como dice Víctor Hugo: «yo andaba despierto en un sueño.»

Llegué al fin al término de mi viaje, la ciudad de Ganhara, antiguamente una de las más prósperas de la India Central, hoy lastimosamente postrada, y regida por un príncipe rico, autoritario, violento, generoso y cruel: el Rajah de Maddan, un verdadero



soberano de Oriente, delicado y fiero, afable y sanguinario, de una gracia femenina y de una ferocidad implacable.

La ciudad está situada en el fondo de un valle y al borde de un pequeño lago, en cuyas aguas se reflejan los muros de las célebres pagodas.

La ciudad es toda blanca, y desde lejos dibújanse las cúpulas, obeliscos y capiteles, todos los pináculos, puntas y remates de los graciosos monumentos indios.

A una legua de la población, próximamente, me

aguardaba un hermoso elefante, ricamente enjaezado, entre una escolta de honor que para mí enviaba el príncipe. Me condujeron á palacio con gran pompa.

Hubiera yo querido tomarme algún tiempo, necesario para vestirme de gala; pero la impaciencia real no me lo consintió. Quería de pronto conocerme, saber qué distracciones podía esperar de mí. Luego hablaríamos.

Me llevaron, entre guerreros bronceados como estatuas y cubiertos de ricos uniformes deslumbrantes, á una sala inmensa, rodeada de galerías, donde aguardaban de pie hombres magníficamente vestidos con los trajes cuajados de piedras preciosas.

Sobre un asiento, semejante á un banco de jardín, sin respaldo, pero cubierto con un tapiz ideal, vi una masa brillante, una especie de sol sentado; era el Rajah, que me aguardaba, inmóvil dentro de sus vestiduras amarillas, recamadas con diamantes por valor de diez ó quince millones, y aislada, sobre su frente, brillaba la famosa estrella de Delhi, que perteneció siempre á la dinastía de los Parihara de Mundora, cuyo directo sucesor estaba delante de mí.

Era un mozo de unos veinticinco años, que parecía tener sangre negra, aun cuando perteneciese á la más pura raza india. Tenía los ojos alargados, fijos, inquietos; los pómulos muy salientes, los labios gruesos, la barba rizada, la frente estrecha y la dentadura brillante y aguda; una sonrisa indiferente la mostraba.

Se levantó, acercandose á mí con la mano tendida; luego me hizo sentar á su lado, sobre un banco tan alto, que mis pies apenas tocaban al suelo. Yo estaba incómodo, y al punto me invitó, para el día siguiente, á un ojeo de tigres. La caza y los combates eran sus únicas ocupaciones; apenas admitía que pudiéramos pensar en otra cosa. Estaba, sin duda, seguro de que mi viaje desde tan remoto país no tenía más objeto que divertirle un poco y acompañarle compartiendo sus gustos.

Como su amistad me convenía, procuré halagar sus inclinaciones. Le satisfizo de tal modo mi actitud, que inmediatamente quiso mostrarme una lucha de atletas, para lo cual me condujo á una especie de circo, próximo al palacio.

A una indicación suya, dos hombres aparecieron desnudos, cobrizos, armados con uñas de acero, y

se atacaron, procurando alcanzarse con aquellas armas terribles que dibujaban sobre su piel oscura surcos rojos.

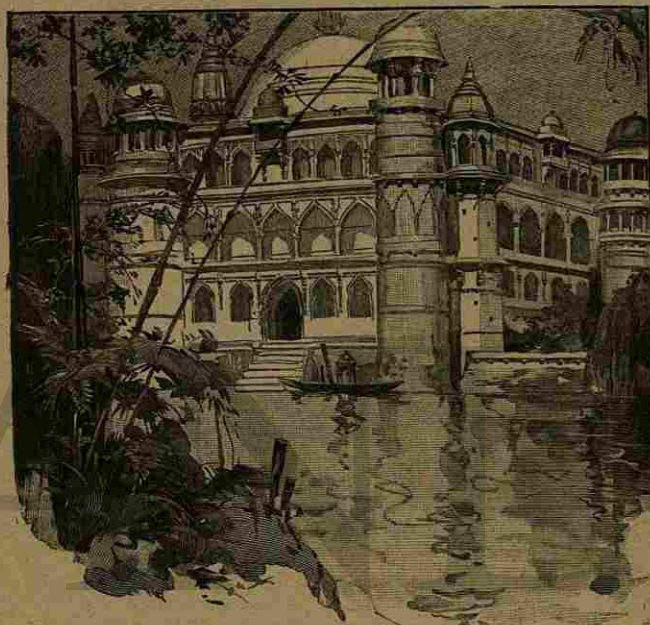
Prolongóse aquello. Los dos combatientes ya estaban desollados por todas partes, y aún insistían, amenazándose y rasgando sus carnes con aquellos rastrillos de acero, bien afilados; uno tenía una mejilla cortada y el otro una oreja dividida por tres lados.

El príncipe los contemplaba con un goce feroz y apasionado. Estremeciase de placer, imitando, con movimientos inconscientes, las evoluciones de sus atletas, gritando sin cesar: «¡Hierre! ¡hierre! ¡hierre mucho!»

Uno de ellos cayó sin sentido; hubo que llevarselo, y el Rajah se dolió de que tan pronto acabase la fiesta. Quiso consultar mi parecer. Yo estaba indignado, pero le felicité calurosamente; él mandó que me llevasen al «Couch-Mahal» (palacio del placer), donde me alojaría.

Atravesando inverosímiles jardines, llegué á mi alojamiento.

El palacio, una joya situada en el extremo del parque real, bañaba en las aguas tranquilas del



lago sagrado de Vihara uno de sus muros. Era cuadrado, y en cada una de sus fachadas había tres pisos de galerías con hermosas columnas primorosamente labradas. En cada uno de los cuatro ángulos erguiase una torre de forma y figura distinta, como una florescencia silvestre de aquella graciosa y admirable arquitectura oriental. Cada una tenía una mon-

yo fuera hijo del sol, aunque me despreciaba en el fondo. Todos los días una procesión de criados me llevaba, en platos cubiertos, raciones de la comida real, y se organizaban para mí fiestas y diversiones, bailes de bayaderas, juegos malabares, revistas de tropas: cuanto podía inventar el Rajah hospitalario, pero atormentador, para darme á conocer todos los encantos y esplendores de su patria.

Cuando me dejaban un rato solo, trabajaba, ó iba á ver los monos, que me divertían mucho más que los obsequios reales.

Una tarde, al volver de mi paseo, encontré á la puerta de mi palacio á Haribadada, solemne, y me anunció con misterio un regalo del Rey. Lo había dejado en mi habitación. Al anuncio, el cortesano añadió mil excusas por no haberme ofrecido hasta entonces aquello de que sin duda me vi privado.

Haribadada, con muchas reverencias, despidióse, y al subir yo al aposento que habitaba, encontré seis niñas, inmóviles y silenciosas, puestas en fila, como seis alondras en un asador. La más crecida no pasaba de nueve años y la menor tendría siete. De pronto, no comprendí por qué habían convertido mi vivienda en colegio; luego se me al-

canzó la delicadeza del príncipe: me regalaba un harem. Lo había escogido en miniatura, para que tuviese más importancia el regalo. En aquellas tierras, la fruta más verde agrada más.

Quedéme confuso y turbado ante aquella chiquillería; todas clavaban en mí sus ojos, como enteradas ya de lo que yo podía exigir.

No supe qué decirles. Pensé devolverlas; pero no se devuelven jamás los regalos regios. Hubiera sido una injuria mortal. Era preciso aceptarlas, instalar allí á las pobres criaturas.

No se movían, esperando mis órdenes, mirándome sin cesar, como si quisieran leer mi pensamiento en mis ojos. ¡Ah! ¡El maldito regalo! ¡Qué molesto me resultaba! Sintiéndome ridículo, acabé por preguntar á la mayorcita:

—¿Cómo te llamas?

—Chalí—me respondió.

La criatura, de fina piel, aunque algo amarillenta, era un encanto, una estatua diminuta, de líneas correctas y severas.

Y curioso de saber cómo contestaría, la hice la siguiente pregunta:

—¿Para qué has venido?

Y me respondió, con su voccecita dulce y armoniosa:

—Para servirte y agradarte, señor; para que hagas de mí lo que sea tu gusto.

La chiquilla mostrábase resignada.

Pregunté lo mismo á la más pequeña, y me contestó de un modo análogo. Parecía un ratoncito; era vivaracha y bonita. Levantándola, besé con dulzura su frente. Las otras hicieron ademán de retirarse, pensando que yo había elegido ya; pero les dije que no se fueran, y sentándome al modo indio, las hice sentar cerca de mí, para contarles una historia de genios misteriosos. Me comprendían, porque yo hablaba su idioma con alguna facilidad.

Escuchaban, interesándose mucho, estremecidas ó angustiadas á cada uno de los maravillosos acontecimientos de mi narración. Olvidaron sin duda el motivo de su presencia en aquel sitio, y palmoreaban alegres y satisfechas.

Cuando hube terminado mi cuento, llamé á mi criado de confianza, Latchman, y le mandé llevar almibares, pasteles y otras golosinas, de las que se atracaron las criaturas. Aquello ya me divertía, y organicé juegos para entretener á mi serrallo.

Una de las diversiones agradó extraordinariamente. Yo, abriendo las piernas como un compás, hacía el puente, y las niñas pasaban corriendo, la



más pequeña delante y la mayorcita la última; ésta era ya muy crecida, y al bajarse para pasar, tropezaba, tambaleándome. Las otras reían á carcajadas viéndolo, y sus alegres y sonoras voces, resonando en las bóvedas magníficas del palacio, despertaban ecos infantiles y dichosos, impregnándole de vida.

Luego preparé con mucho cuidado el dormitorio donde reposarían mis diminutas sultanas. Las dejé bien guardadas por cuatro doncellas del servicio de palacio, que me había enviado el príncipe para cuidar á mis inocentes concubinas.

Durante ocho días, me divertí entreteniendo como un papá cariñoso á las muñecas. Jugábamos al escondite, al corro, á las pitas, y cada juego les resultaba mejor y más interesante.

Mi estancia parecía un colegio, y mis amiguitas, luciendo sedas admirables, bordadas con oro y plata, corrían como animalitos domésticos á lo largo de las galerías y de las habitaciones desiertas.

Una tarde, no puedo explicarme cómo, la mayorcita, la que se llamaba Chali, y era semejante á una estatua de marfil viejo, fué mía, completamente mía.

Era una miniatura encantadora, tímida y alegre, que se apasionó pronto de mí con deseo ardiente, y á la cual adoré, avergonzándome, llenó de vacilaciones, como si me persiguieran temores de justicia europea; la quise con reservas, con escrúpulos, y, á pesar de todo, con una ternura sensual incomparable. Mis caricias eran á un tiempo de padre y de amante...



Perdón, señoras; mis reflexiones me arrastran. Las otras continuaron divirtiéndose como gattitas juguetonas.

Chali me acompañaba siempre á todas partes, menos cuando iba yo á ver al príncipe.

Pasé con ellas horas de una dulzura exquisita,

entre las ruinosas columnas del viejo palacio; los orangutanes eran amigos nuestros.

Echada sobre mis rodillas, en silencio, revolvía en su cabecita de esfinge ideas agradables, ó acaso no pensaba siquiera, conservando la encantadora postura hereditaria de aquellos pueblos nobles y soñadores, la postura hierática de los ídolos. En una bandeja de metal yo llevaba las provisiones: pasteles y frutas. Y las hembras de los orangutanes acercábanse poco á poco, teniendo á sus pequeñuelos de la mano; luego formaban círculo á nuestro alrededor, no atreviéndose á importunarnos, y en espera de la distribución de golosinas.

Generalmente, un macho, más atrevido, llegábase á mí, con la mano extendida como un pordiosero, y le daba yo un pastel que llevaba el animal á su hembra. Entonces las otras lanzaban gritos furiosos de celos y de cólera, y sólo callaban cuando cada una recibía su parte.

Hallándome á gusto en aquellas ruinas, trasladé los instrumentos para trabajar allí; pero en cuanto los orangutanes vieron brillar el cobre de los aparatos, creyéndolos tal vez instrumentos de muerte, huyeron lanzando alaridos. También pasaba con

frecuencia las noches acompañado por Chali, en una de las galerías exteriores que dominaban el lago de Vihara. Silenciosos, mirábamos la luna remontándose poco á poco sobre la bóveda inmensa y azul, extendiendo sobre las aguas un manto de brillante y estremecida blancura; y á lo lejos, en la otra orilla, se destacaban las pagodas, como setas colosales, crecidas con los pies en el agua.

Acercando á mis labios la cabecita de mi enamorada, mi beso largo y tranquilo ensanchaba sus ojos, donde se leían misterios de aquel país fabuloso, y sus labios apacibles correspondían cariñosamente. Una sensación confusa, poderosa, poética sobre todo, la sensación de poseer toda su raza misteriosa y original en aquella criatura, me dominaba.

El príncipe seguía continuamente abrumándome con sus obsequios.

Enviéme un día uno, inesperado, que despertó en Chali un entusiasmo grandísimo. Era, sencillamente, una caja recubierta de conchitas y caracolillos de mar, haciendo, con sus formas y colores, dibujos simétricos. En Francia hubiera valido tres francos; pero allí, el objeto era de un valor inesti-

mable, acaso por no haber aparecido ninguno más que aquel en todo el reino.

Lo dejé sobre un mueble, sonriendo al pensar la importancia concedida por el príncipe á una ordinaria mercancía de bazar.



Pero Chalí no se hartaba de contemplarlo con admiración respetuosa, con verdadero éxtasis, y me preguntaba de cuando en cuando: «¿Me permites que lo toque?» Y con mi consentimiento, abría y cerraba el mueblecito con muchas precauciones, acariciándolo como si fuese una deli-

cada reliquia, todo lo cual producía en ella una emoción penetrante y encantadora.

Yo había terminado mi estudio, y era preciso disponer mi regreso. Me costó mucho decidir-

me, sujeto allí por la ternura de mi amiguita.

Peró tuve que tomar una determinación.

Desolado el príncipe al conocerla, organizó nuevas cacerías y combates de atletas; pero llegó la hora, y dejándolo todo, preparé mi viaje.

La despedida cariñosa de Chalí me hizo daño. Lloraba con su cabecita sobre mi pecho, buscando mi apoyo, y todo su cuerpo, estremecido, me comunicaba su angustioso temblor. Yo no sabía qué hacer para tranquilizarla; mis besos no bastaron.

De pronto surgió en mi cerebro una idea consoladora; levantándome, cogí la caja de conchitas y caracolillos, y depositándola entre los brazos de la niña, dije: «Para ti; es mi regalo».

De pronto, sonrió; un inmenso placer irradiaba sus facciones, el íntimo placer de los ensueños imposibles y en un instante realizados.

Me besó furiosamente.

Sin embargo, con el último adiós, asomaron de nuevo sus lágrimas.

Repartí caricias paternas, pasteles y dulzainas á mis otras cinco mujercitas, y abandoné aquella tierra.



II

Dos años más tarde, navegando en la escuadra, hicimos alto en Bombay. Por una serie de circunstancias imprevistas, me dieron otra comisión, eligiéndome desde luego por conocer el país y el idioma indio.

Terminé mis trabajos lo antes posible, y como no me tasaban el tiempo, quise visitar á mi amigo el Rey de Ganhára y á mi pequeña Chalí, á la cual hallaría sin duda transformada.

El Rajah de Maddan me recibió con frenéticas demostraciones de júbilo. Inmediatamente hizo que, luchando, se despedazaran á nuestra vista cuatro atletas, y no se apartó de mi lado ni un segundo en todo el día.

Por la noche, ya libre, hice llamar á Haribadada, y después de muchas preguntás, para que no recibiese todo el interés de lo que yo más deseaba proponerle, dije:

—¿Y dónde se halla la infantil y bella Chalí,

que me regaló el Rajah con otras cinco muñecas?

El hombre puso una cara muy larga y bastante indigesta, para decir:

—Más vale no hablar.

—¿Por qué razón?—exclamé

—Porque tuvo mal fin.

—¿Cómo? ¿Chalí? ¿Qué ha sido?

—Acabó mal.

—¿Ha muerto?

—La condenaron: habia cometido una infame acción.

Yo me sentía emocionado; mi corazón palpitaba con angustia, y añadí:

—¿Una infame acción? ¿Cuál? ¡Pronto! ¿Qué fué?

Cada vez más contrariado, el hombre murmuró:

—Valdría más no repetirlo siquiera.

—Quiero saber lo que ha pasado—repliqué vivamente:

—Chalí robó un objeto precioso.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Un objeto del señor, cuando se fué hace dos años.



clava un regalo de nuestro Rey. Por esto la castigó el Rajah.

—¿La castigó?

—Hizo que la pusieran dentro de un saco, señor, y que la tirasen por esta ventana—y señaló á la del

—¿Mío?
—Sí; el cofrecillo, regalo del príncipe. Lo tenía ella.
—El cofrecillo... ¿cuál?

—Uno de conchas y caracoles.

—Yo se lo había regalado como recuerdo.

—El indio clavó en mí sus ojos asombrados, y añadió:

—Sí; ella lo dijo, lo juró mil veces; pero nadie creía posible que un viajero entregase á su es-

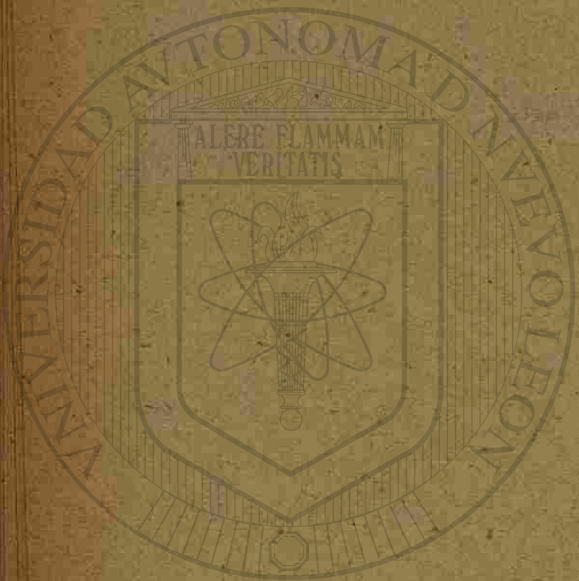
salón donde nos hallábamos, donde yo había sido tan dichoso con ella—. Dormirá en las aguas del profundo lago.

Me sentí sobrecogido por un dolor inexplicable, y mandé á Haribadada que se retirase, para que no me viese llorar.

Pasé la noche asomado á la ventana, y supuse que allí, cerca del muro, sumergido para siempre, se hallaba el esqueleto de mi divina Chali, bajo aquellas aguas negras, que tantas veces contemplábamos juntos, entre caricias.

Al día siguiente me despedí, á pesar de las instancias y lamentaciones del Rajah.

Creo que nunca he querido á ninguna mujer como quise á mi diminuta sultana, mi pobre Chali.



ENCUENTRO

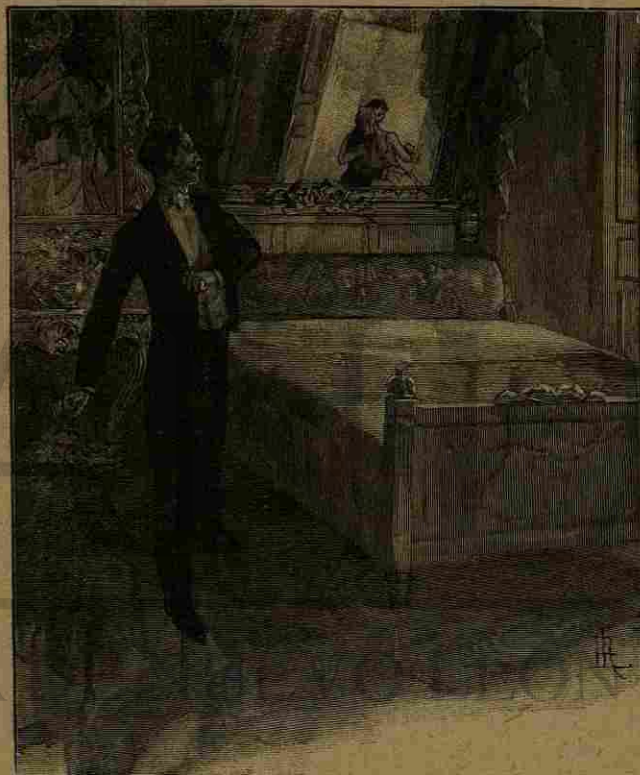
FUE una casualidad, una verdadera casualidad. El barón de Etraille, aburrido al fin de pasar tantas horas á pie firme, y sabiendo que todas las habitaciones de la princesa estaban aquella noche abiertas á los invitados, encaminóse hacia la elegante alcoba solitaria y casi obscura para quien salía de un salón esplendoroso.

Buscaba un refugio que no frecuentasen las gentes, decidido á dormir un buen rato, en la seguridad absoluta de que su mujer no querría irse hasta la madrugada. Vió desde la puerta la monumental cama, que lucía en el centro de la habitación sus vestiduras azules con flores doradas, como un catafalco donde hubieran enterrado al amor—porque la princesa no era joven. Detrás, una superficie clara y extensa ofrecía en la pared la sensación

de un lago visto por una ventana. Era el espejo, colosal, prudente, revestido con oscuros paños, que se dejaban caer en ocasiones, y que se alzaron á veces con tentadora curiosidad; el espejo parecía mirar á la cama, su cómplice. Hubiérase dicho que guardaban recuerdos, imágenes—como esos castillos frecuentados por apariciones—y que se verían cruzar sobre la superficie alisada y desierta, los pronunciados contornos de mujeres desnudas, los movimientos encantadores de brazos que aguardan.

El barón se había detenido sonriendo, un poco emocionado, en el umbral de aquel templo del amor. Y al instante algo surgió en la transparencia del espejo, como si las apariciones evocadas quisieran ofrecerse á sus ojos. Un hombre y una mujer, se levantaban de un diván muy bajo, sumergido en la sombra; el cristal reflejaba sus imágenes, reteniéndolas de pie, besándose con apasionamiento en los labios antes de irse.

No le fué difícil reconocer en aquellas figuras á su esposa y al marqués de Cervigné. Convencido, alejóse volviendo la espalda, como un hombre prudente y seguro de sí mismo. Esperó á que se hicie-



ra de día para irse con la baronesa; pero ya no pensaba en dormir.

Cuando estuvo solo con ella, le dijo:

—Señora: la he visto sin proponérmelo, sin ace-

charla, en la alcoba de la princesa de Raynes. Me parece inconveniente dar mayores referencias. La he visto y basta. Odio las disputas, las recriminaciones, el ridículo. Para evitarlo todo, nos divorciaremos tranquilamente. Mi administrador le dará cuenta de ciertos detalles, obedeciendo á órdenes mías. Queda usted autorizada para vivir á su gusto, pero no bajo mi techo; advirtiéndole sólo que si da ocasión á escandalosos comentarios por su proceder, como ha de seguir llevando mi nombre, me obligará, señora, contra mi gusto, á mostrarme severo.

Ella quiso hablar; él no se lo consintió. Saludándola, retiróse.

Más que desdichado, sentíase triste y sorprendido. Llegó á quererla mucho en los primeros meses de matrimonio. Después, aquellos ardores, poco á poco iban menguando; y al presente, se permitía el barón algunos caprichos con mujeres de teatro y con señoras de buena sociedad, conservando ciertas predilecciones por la baronesa; la cual era muy joven aún—veinticuatro años—bajita, singularmente rubia y delgada, muy delgada. Era una muñeca de París, encantadora, elegan-

te, coqueta, ocurrente, con más atractivos que perfecciones: una criatura bonita.

El barón decía familiarmente á su hermano, hablándole de la baronesa: «Mi mujer es provocativa, insinuante; pero es como una copa de champagne, todo espuma; cuando la bebes, un sorbo. Una delicia para el paladar; una delicia... en miniatura. No satisface, no convence, no llena.»

Recorría una vez, y otra, y otra su habitación, intranquilo, agitado por mil pensamientos. De pronto, la cólera le cegaba y sentía impulsos de acogotar al marqués en su propia casa, ó de abofetearle cuando le viera en el casino. Luego juzgaba de un gusto deplorable aquellas manifestaciones airadas, pensando que la gente hace burla del esposo y no del amante y que sus exaltaciones procedían sólo de su orgullo herido, no de su corazón maltrecho.

Algunos días después corrió la noticia del divorcio amistoso, por incompatibilidad de caracteres. Nadie sospechó nada, ni se dijo nada, ni aquello sorprendió á nadie.

Sin embargo, el barón, para evitar encuentros desagradables, viajó durante un año; al volver de

regreso, pasó el verano en una playa, el otoño en el monte, y á principios de invierno volvió á París. Ni una sola vez por casualidad vió á la baronesa.

Sabía que no daba en absoluto de qué hablar. Al menos, caso de que tuviese amoríos, guardaba correctamente las apariencias.

El barón se aburría; hizo más viajes; luego, restauró su residencia señorial de Villebose, empleando en esa obra dos años. Cuando estuvo terminada, recibió allí á sus amigos, distraendo así otros quince meses; luego, harto de la vida campestre, volvió á su hotel de la calle de Lille, á los seis años de su divorcio amistoso.

Tenía ya entonces cuarenta y cinco años, muchas canas, un poco de barriga y la expresión melancólica de los que habiendo sido buenos mozos, admirados y pretendidos, comienzan á deteriorarse.

Al mes de hallarse de regreso en París, enfríose al salir del Casino y tuvo tos. El médico le dijo que acabara de pasar aquel invierno en Niza.

Se fué, un lunes, en el rápido.

Llegó á la hora precisa de salir el tren, y le indicaron un sitio disponible en un cupé. Subió. En el sillón del fondo hallábase instalada otra persona,

de tal modo envuelta en abrigos y pieles, que apenas podía conjeturarse si era hombre ó mujer. El barón se caló su gorra de viaje, y bien envuelto en sus mantas, durmióse.

Despertando, al amanecer, miró hacia el sitio que ocupaba su compañero de viaje. Continuaba inmóvil, en la misma postura, entre los mismos envoltorios.

El barón se alegró de hallarse aún sin testigo, y aprovechóse para hacer su tocado matinal: peinar-se la barba y el cabello, restaurar el buen aspecto del rostro que la noche cambia tan lastimosamente cuando se tiene cierta edad.

El gran poeta lo dijo:

Tiene la juventud—el despertar triunfante.

Los jóvenes despiertan con los ojos vivos, la boca risueña, el cutis rosado, el pelo rizado; los viejos, con los ojos empañados, la boca seca, las mejillas amoratadas, los cabellos lacios. Y es que á los unos acompaña el vigor y á los otros la fatiga.

Cuando se hubo atusado un poco, el barón aguardó.

La locomotora silbaba; el tren se detuvo. El otro



viajero se movió. Sin duda en aquel instante despertaba. El tren se puso de nuevo en marcha. Un rayo de sol, oblicuo, entraba en el vagón cruzando al arrebujado soñoliento, el cual volvió á moverse, dió algunas sacudidas, como un polluelo que rompe su cascarón, y asomó tranquilamente la cabeza.

Era una mujer muy rubia, regordeta y apetitosa.

El barón sentíase acosado por la incertidumbre. ¿No se hallaba junto á su mujer? ¿O sería otra semejante? Después de seis años de ausencia, podía equivocarse fácilmente.

La señora bostezó. Entonces él, recordó en seguida su gesto. Pero volvió á dudar viendo que la mujer le analizaba de pies á cabeza, tranquila, indiferente, sin la más pequeña impresión que revelara un recuerdo. Después, ella se volvió á mirar la campiña.

El barón, horriblemente perplejo, aturcido, aguardó, contemplándola de reojo, tenaz, obstinado.

¡Sí! Era su mujer. De seguro. ¿Cómo dudó un instante? No había dos narices de mujer en el mundo como aquella nariz. Mil recuerdos le asediaron; recuerdos amorosos, de caricias, de minuciosos detalles de su figura; un lunar en un muslo; y en la espalda otro. ¡Cuántos besos puso en aquellos lunares! Y sentía los ahogos de lejanas embriagueces, el perfume de la carne adorada, la sonrisa de unos labios deseosos entre unas manos que se ceñían á su cuello, las entonaciones melodiosas de su voz, todas las insinuaciones provocativas de una mujer que seduce...

La encontraba diferente; más agradable; siendo la misma, y parecía otra. Más apetecible, más frondosa, más mujer; y la deseaba como nunca.

¿Qué haría? ¿Cómo se insinuaría? ¿Qué la diría?
¿Le habría reconocido también ella?

El tren se detuvo. El barón, poniéndose de pie, dijo:

—¿Necesitas algo, Berta? Yo te lo traeré...

Ella le miró de pies á cabeza y sin aturdimiento, sin cólera, sin disgusto, con placidez indiferente, respondió:

—Nada; no quiero nada; muchas gracias.

El barón, apeándose, dió un paseo por el andén como para desentumecer las piernas y recobrar los movimientos después de haber sufrido una caída. ¿Qué resolvería? ¿Marcharse á otro vagón? Eso podría interpretarse como una huida. ¿Mostrarse atento y galante? Daba lugar á que le juzgase arrepentido. ¿Hablar como dueño y señor? Le resultaba un tanto expuesto á producirse como un canalla; y, después de tantos años...

Volvió á ocupar su puesto en el vagón.

También ella, viéndose un momento sola, trató de atusarse un poco y cambiar de postura. Estaba recostada en el sillón, impasible y espléndida.

El barón, inclinándose hacia ella, dijo:

—Querida Berta: cuando la fortuna, de una ma-

nera tan singular, vuelve á reunirnos después de una separación de seis años, de una separación amistosa: ¿continuaremos tratándonos como enemigos irreconciliables? Viajamos juntos y solos; así lo quiere la casualidad. ¿No es preferible que hablemos como... como... como amigos, hasta el fin de nuestro viaje?

La baronesa respondió tranquilamente:

—Como usted guste.

Por de pronto, el hombre no supo de qué hablar. Luego, acercándose á la mujer, ocupando el sillón del centro, dijo:

—Si es preciso galantearte, lo haré; después de todo, es un gusto galantear á una mujer tan deliciosa, tan adorable, aun cuando se muestre algo esquiva. Tú no puedes comprender lo hermosa que te pusiste desde hace seis años. Ninguna mujer me produjo una emoción tan espléndida como la que sentí al verte surgir hace un rato entre las envolturas que te cubrían por completo. Te aseguro que no creía posible un cambio tan absoluto...

Sin levantar los ojos y sin un solo movimiento de cabeza, la señora indicó:

—Mis observaciones me impiden que le diga

¡Decir que aquella desconocida, viajando en el mismo vagón casualmente, le pertenecía! La ley se la otorgaba; podía el barón hacerla suya con sólo querer.

En otro tiempo, había dormido en sus brazos, viviendo en su amor, gozando sus caricias. Y la encontraba tan diferente, que apenas la reconoció. Era otra y era la misma. Era otra que se había formado en su ausencia; y era también la que tantas veces acarició, cuyas actitudes, cuyas facciones conservaba; su sonrisa era menos mimosa y sus gestos más aplomados. Eran dos mujeres en una, mezclando una gran parte de lo nuevo ignorado al encanto mil veces conocido. Era una mezcla singular perturbadora, excitante; una especie de misterio amoroso en el cual flotaba una confusión deliciosa. Era su mujer con nueva envoltura, en una carne que los labios del esposo no habían recorrido.

Y pensó que seis años bastan para mudar completamente un cuerpo. Algo conservaba en el perfil, pero aun á veces desaparecía también esa tenue semejanza.

La sangre, los cabellos, la piel, todo se reforma,

todo se rehace sin cesar. Y al cabo de algún tiempo, encontramos otro ser diferente, aun cuando sea el mismo y lleve el mismo nombre.

También se modifican sentimientos, ideas, todo va renovándose de tal forma, que á los cuarenta años, por lentas y constantes variaciones, podemos en cinco épocas alejadas unas de otras, aparecer como cinco seres en absoluto distintos.

Meditaba, confuso, perturbado. De pronto se le ofreció el recuerdo triste de aquella noche, de aquella sorpresa, de aquella imagen reflejada en el espejo de la princesa. No sintió furores ni odios. La que tenía delante, no era la muñeca delgada y frágil de otro tiempo.



otro tanto, porque usted... ha perdido mucho.

Confundido y turbado, el barón se ruborizó; después añadió, con una sonrisa resignada:

—Eres muy dura.

Ella levantó la cabeza, diciendo:

—¿Por qué? Supongo que no tendrá usted pretensiones de amante; ¿no es cierto?, y, por consiguiente, nada importa que le haya encontrado bien ó mal. Pero, si este asunto le molesta, me parece justo cambiar de conversación. ¿Qué hizo usted en tanto tiempo?

El barón había perdido la serenidad y balbució:

—¿Qué hice? ¡Nada! Viajar, cazar, envejecer... Ya lo notaste... Y tú, ¿qué hiciste?

Ella declaró imperturbable:

—¿Yo? Guardar las apariencias, como usted me había ordenado.

Una frase brutal vibró en los labios del hombre, pero no fué pronunciada. El barón, cogiendo una mano de su mujer, besóla mientras decía:

—Te lo agradezco.

Sorprendióla ver que su marido era para todo y siempre dueño de sí.

—Puesto que has consentido á mi primer de-

seo—prosiguió el barón—, consiente al segundo: que nos hablemos ahora sin acritud.

Ella hizo un gesto despreciativo.

—¿Acritud? No la tengo. Usted no tiene ya influencia ninguna en mí. Es difícil que nuestra conversación sea muy animada.

El barón la contemplaba fijamente, seducido, á pesar de su rudeza, sintiendo que le invadía un deseo brutal, un deseo irresistible, un deseo de amo y señor.

La baronesa, conociendo que le había herido, encarnizóse:

—¿Cuántos años tiene usted ahora? Le creí más joven de lo que parece.

—Cuarenta y cinco años—dijo el hombre palideciendo, y prosiguió—: Se me ha pasado pedirte noticias de la princesa de Raynes. ¿Continúas viéndola?

Envolviéndole con una mirada llena de odio, la mujer contestó:

—Sí; con mucha frecuencia. Está buena. Gracias. Permanecieron así, juntos, en silencio, con el corazón agitado y el alma soliviantada. El barón, de pronto, declaró:

—Querida Berta: He resuelto cambiar de vida. Eres mi mujer, y me propongo que volvamos á reunirnos bajo el mismo techo. Soy tu marido.

Absorta, ella le miró á los ojos para leer en su pensamiento. El rostro del barón se ofrecía impenetrable, impenetrable y resuelto.

Ella respondió:

—Lo siento, pero no puede ser.

El sonrió diciendo:

—La ley me ampara.

Llegaban á Marsella; la máquina silbó, aminorando la velocidad. La baronesa, después de poner en orden su equipaje, dijo al barón:

—No abuse usted de una entrevista que yo he preparado. Quise tomar una precaución, siguiendo sus instrucciones, para no temer á nadie, suceda lo que suceda. Va usted á Niza, ¿no es cierto?

—Voy á donde tú vayas.

—No. Estoy segura de que me dejará libre si me oye. Pronto verá usted en la estación á la princesa de Raynes y á la condesa Henriot, que habrán salido á esperarme con sus maridos. Quise que nos vieran juntos, enterándose de que habíamos pasado la noche solos en un cupé. No se preocupe

usted. Ellas referirán á todo el mundo este suceso extraordinario. Hace poco le dije que, siguiendo sus instrucciones, he guardado las apariencias. Guardando las apariencias, lo demás no importa, ¿verdad? Pues bien; para continuar guardándolas, he preparado este... casual encuentro. Usted me ordenó que no diese nunca motivo á escandalosos comentarios con mi proceder, y hago todo esto para evitar un escándalo, porque temo... temo...

Esperó á que se hubiera detenido el tren, y que un grupo de amigas corriese hacia el coche, para terminar la frase:

—Temo estar embarazada.

La princesa tendió los brazos deseosa de oprimirla y besarla, y ella presentó al barón, estúpidamente asombrado:

—¿No le reconocen ustedes? ¡Mi marido! La verdad es que parece otro. Me hizo el favor de acompañarme, porque no me gusta viajar sola. De vez en cuando, nos permitimos alguna escapada como buenos camaradas que no pueden vivir juntos. Ahora nos despediremos y... ¡sabe Dios hasta cuándo!

Le tendió la mano, que oprimió el barón maqui-

nalmente, y luego la baronesa bajó al andén, rodeándose de sus amigas.

El marido cerró bruscamente la portezuela, de sobra emocionado para decir una palabra ni para tomar una resolución. Oía la voz de su mujer y las alegres risas que se alejaban.

Jamás volvió á verla.

¿Por qué le dijo aquello? ¿Era verdad? ¿Era un engaño? Lo ignoró siempre.



SUICIDAS

No pasa un día sin que aparezca en los periódicos la relación de algún suceso como éste:

«Anoche, los vecinos de la casa núm..., de la calle ..., oyeron dos ó tres detonaciones, y saliendo á la escalera para saber lo que ocurría, entre todos pudieron comprobar que se habían producido en el cuarto del señor X... Al abrir la puerta de dicho cuarto—después de llamar inútilmente—vieron al inquilino tendido en el suelo, sobre un charco de sangre, y empuñando aún el revólver con el cual se había ocasionado la muerte.

«Se ignora la causa de tan funesta determinación, porque vivía el señor X en posición desahogada, y, teniendo ya cincuenta y siete años, disfrutaba de bastante salud.»

¿Qué angustiosos tormentos, qué lesiones del corazón, qué ocultas desdichas, qué horribles desencantos convierten á esas personas, al parecer felices, en suicidas?

Indagamos, presumimos al punto dramas pasionales, misterios del amor, desastres de intereses, y como no se descubre jamás una causa precisa, cubrimos con una palabra esas muertes inexplicables:

—Misterio; misterio.

Una carta escrita poco antes de morir por uno de los muchos que «se suicidan sin motivo», cayó en mi poder. La juzgo interesante. No descubre ningún derrumbamiento, ninguna miseria espantosa, nada extraordinario de lo que se busca siempre para justificar una catástrofe; pero pone de relieve la sucesión de pequeños desencantos que desorganizan fatalmente la existencia solitaria de un hombre que ha perdido todas las ilusiones, y acaso explique —á los nerviosos y á los sensitivos, al menos— la tragedia inexplicable de «suicidios inmotivados».

Leámosla:

«Son las doce de la noche. Cuando haya escrito esta carta, voy á matarme. ¿Por qué? Trato de ra-

zonar mi determinación, para darme cuenta yo mismo de que se impone fatalmente, de que no debo aplazarla.

»Mis padres eran gentes muy sencillas y crédulas. Yo creí en todo, como ellos.

»Mi engaño duró mucho. Hace poco, se desgarraron para mí los últimos jirones que me velaban la verdad; pero hace ya bastantes años que todos los acontecimientos de mi existencia palidecen. La significación de lo más brillante y atractivo, se me presenta en su torpe realidad; la verdadera causa del amor hasta llegó á sustraerme de las poéticas ternuras.

»Nos engañan estúpidas y agradables ilusiones que se renuevan sin cesar.

»Envejeciendo, me había resignado á la horrible miseria de las cosas, á lo vano de todo esfuerzo, á lo inútil que resulta siempre la esperanza: cuando una luz nueva inundó el vacío de mi vida esta noche, después de comer.

»¡Antes yo era feliz! Todo me alegraba, las mujeres al pasar, las calles, mi vivienda; y hasta la hechura de mis ropas constituía para mí una preocupación agradable. Pero las mismas ideas,

los mismos actos repetidos, monótonos, acabaron por sumergir mi alma en una laxitud espantosa.

»Todos los días, á la misma hora, durante treinta años, me levanté de la cama; y todos los días, en el mismo restaurant, durante treinta años, á las mismas horas, me servían los mismos platos mozos diferentes.

»Me propuse viajar. El aislamiento que sentimos en ciudades nuevas, en residencias desconocidas, me asustó. Sentíme tan abandonado sobre la tierra, tan insignificante, que volví á tomar el camino de mi casa.

»Y entonces, la inmutable fisonomía de los muebles, fijos en el mismo lugar durante treinta años, las rozaduras de mis sillones, que yo conocí nuevos, el olor de mi casa (cada casa que habitamos, con el tiempo, adquiere un olor especial) acabaron produciéndome náuseas y la negra melancolía de vivir mecánicamente.

»Todo se repite sin cesar y de un modo lamentable. Hasta la manera de introducir—al volver cada noche—la llave en la cerradura; el sitio donde siempre dejo las cerillas; la mirada que al entrar esparzo en torno de mi habitación, mientras el

fósforo se inflama. Y todo me provoca—para verme libre de una existencia tan ruin—á tirarme por el balcón.

»Mientras me afeito, cada mañana me seduce la idea de degollarme; y mi rostro, el mismo siempre, que se refleja en el espejo con las mejillas cubiertas de jabón, muchas veces me hizo llorar de tristeza.

»Ni siquiera me complace tropezar con personas á las cuales veía con gusto hace tiempo; las conozco tanto, que adivino lo que me dirán y lo que les diré; á fuerza de razonar con los mismos descubrimos la ilación de sus ideas. Cada cerebro es como un circo donde un pobre caballo da vueltas. Por mucho que nos empeñemos en buscar otros caminos, por muchas cabriolas que hagamos, la pista no varía de forma, ni ofrece lances imprevistos ni abre puertas ignoradas. Hay que dar vueltas y más vueltas, pasando siempre por las mismas reflexiones, por los mismos chistes, por las mismas costumbres, por las mismas creencias, por los mismos desencantos.

»Al retirarme hoy á mi casa, una insistente niebla invadía el bulevar, obscureciendo los faroles de

gas que parecían candilejas. Pesaba el ambiente húmedo sobre mis hombros como una carga.

Seguramente hago una digestión difícil.

»Y una buena digestión, lo es todo en la vida. Ofrece inspiraciones al artista, deseos á los jóvenes enamorados, luminosas ideas á los pensadores, alegría de vivir á todo el mundo, y permite comer con abundancia (lo cual es también una dicha). Un estómago enfermo, conduce al escepticismo, á la incredulidad, engendra sueños terribles y ansias de muerte. Lo he notado con frecuencia. Es posible que no me matara esta noche, haciendo una buena digestión.

»Después de haberme acomodado en el sillón donde me siento hace treinta años todos los días, miré alrededor creyéndome víctima de un desaliento espantoso.

»¿De qué medio valirme para escapar á mi razón macilenta, más horrible aún que la desordenada locura? Cualquier empleo, cualquier trabajo, me parece más odioso que la inacción en que vivo. Quise poner en orden mis papeles.

»Hacia tiempo que deseaba registrar los cajones de mi escritorio, porque durante los treinta últimos



años había metido allí, al azar, las cartas y las cuentas. Aquel desorden llegó á preocuparme algunas veces; pero me sobrecoge una fatiga tal, en cuanto me propongo un trabajo metódico y ordenado, que nunca me atreví á empezar.

»Esta noche me senté junto á mi escritorio y abrí, resuelto á reservar algunos papeles y romper la mayor parte.

»Quedéme al pronto pensativo, ante aquel haci-

namiento de hojas amarillentas; luego cogí una.

»¡Oh! Si apreciáis en algo vuestra vida, no toquéis jamás á las cartas viejas que guardan los cajones de vuestro escritorio. Y si no podéis resistir la tentación de abrirlos, coged á granel, con los ojos cerrados, los paquetes de cartas para tirarlos al fuego; no leáis ni una sola frase, porque sólo ver la escritura olvidada y de pronto reconocida, os lanza en un océano de recuerdos; quemad esos papeles que matan; cuando estén hechos pavesas, pisoteadlos para convertirlos en impalpables cenizas... Y si no lo hacéis así, os anonadarán como acaban de anonadarme y destruirme.

»¡Ah! Las primeras cartas no me han interesado; eran de fechas recientes y de personas que viven y á las que veo, sin gusto, con alguna frecuencia. Pero de pronto, la vista de un sobre me ha estremecido. Al reconocer los rasgos de la escritura se han cubierto mis ojos de lágrimas. Era la letra de mi mejor amigo, del compañero de mi juventud, del confidente de mis esperanzas. Y, se me apareció tan claramente, con su bondadosa sonrisa, tendiéndome las manos, que sentí un escalofrío penetrante; hasta mis huesos vibraron. Sí; sí; los

muertos vuelven. ¡Lo he visto! Nuestra memoria es un mundo más acabado aún que el universo; ¡puede hacer vivir hasta lo que no existe!

»Con la mano temblorosa y los ojos turbios, recorrí toda su carta, y en mi pobre corazón angustiado, he sentido un desgarramiento espantoso. Mis lamentaciones eran tan lastimosas como si me hubiesen magullado las carnes.

»Así he ido remontándome á través de mi vida, como remontamos un río, luchando contra la corriente. Aparecieron personas olvidadas, cuyos nombres no puedo recordar; pero su rostro sí, lo recuerdo. En las cartas de mi madre, resucitan criados antiguos, el aspecto de nuestra casa y mil detalles nimios que una inteligencia infantil recoge.

»Sí; he visto de pronto, los vestidos que usó en distintas épocas mi madre, y según la moda, y según el tocado, mostraba una fisonomía diferente. Sobre todo, me obsesionaba con un traje de seda rameado, y recuerdo que un día, llevando aquel traje, me amonestó dulcemente: «Roberto, hijo mío, si no procuras erguirte un poco, serás jorobado toda tu vida.»

»Luego, al abrir otro cajón, aparecieron las

prendas marchitas de mis amores: un zapatito de baile, un pañuelo desgarrado, una liga de seda, trencitas de pelo, flores... Y las novelas de mi vida sentimental me sumergieron más en la triste melancolía de lo que no vuelve. ¡Ah! ¡Las frentes juveniles orladas con rubios cabellos, las manos acariciadoras, los ojos insinuantes, la sonrisa que promete un beso, el beso que asegura un paraíso!... Y ¡el primer beso!... Aquel beso delicioso, interminable, que ofusca la mirada, que abate la imaginación, que nos posee y nos glorifica, ofreciéndonos á la vez un goce ideal y la promesa de otros goces deseados.

»Cogiendo con ambas manos aquellas prendas tristes de lejanas ternuras, las cubrí de caricias furiosas, y en mi corazón desolado por los recuerdos, sentía resonar cada hora de abandono, sufriendo un suplicio más cruel que las monstruosas leyendas infernales. ¡Ah! ¡Por qué las abandoné, ó por qué me abandonaron!

«Quedaba por ver una carta, que tenía medio siglo de fecha. Me la dictó el maestro de escritura:

«*Mamita de mi alma: Hoy cumpla siete años. A*



esta edad, ya se discurre; ya sé lo que te debo. Te juro emplear bien la vida que me has dado.

»*Tu hijo que te adora,*

ROBERTO»

»Me había remontado hasta el origen. El recuerdo era desconsolador. ¿Y el porvenir? Quise

profundizar en lo que me faltaba de vida, y se me apareció la vejez espantosa y solitaria, con su cortejo de achaques y dolencias... ¡Todo acabado para mí! ¡Nadie junto á mí!

»El revolver está sobre la mesa... Es tentador...

»¡No leáis nunca las cartas de otros tiempos! ¡No recordéis viejas memorias...!»

Así es como se matan muchos hombres en cuya plácida existencia no hallamos el verdadero motivo de su fatal resolución.



CONDECORADO

HAY personas que nacen con un instinto, una vocación, ó sencillamente un deseo especial que despierta en cuanto principian á balbucir y á pensar.

El señor Sacrement desde su infancia tuvo una idea fija: ser condecorado. Muy niño aún, prefería siempre á los quepis, á los fusiles y espadas, las cruces de la Legión de Honor, hechas de plomo: y saludando á su mamá como un *caballero*, arqueaba mucho el pecho para lucir el colgajo.

No bastándole su aplicación—ó su inteligencia—para conseguir el título de bachiller y queriendo emplear en algo su vida, siendo rico, pudo casarse con una hermosa muchacha.

Vivían en París como burgueses distinguidos, pero sin trato social, orgullosos de conocer á un

diputado, á su entender futuro ministro, y á dos ó tres jefes de sección.

Pero, la idea fija que Sacrement concibió en su infancia, no le abandonaba, y sentíase humillado no pudiendo lucir en el ojal de su levita el menudo lazo rojo.

Los caballeros condecorados que se cruzaban con Sacrement en el bulevar, le angustiaban. Al mirar sus ojales adornados, le roía un desasosiego celoso. Algunas tardes, mientras paseaba sus constantes ocios: «A ver cuántos encuentro desde la Magdalena hasta la calle Drouot», se decía.

Despacio, inspeccionaba todos los pechos con ojos perspicaces, muy acostumbrados á descubrir la cinta roja desde lejos. Llegando al fin de su camino, se asombraba siempre de las cifras: «¡Nueve oficiales y diez y seis caballeros! ¡Me resultan muchos! ¡Prodigan estúpidamente las condecoraciones! A ver cuántos encuentro ahora.»

Y volvía lentamente, desesperándose cuando una muchedumbre apresurada interrumpía su minuciosa investigación, haciéndole tal vez pasar alguno por alto.

Sabía en qué barrios abundan más. En Palais-

Royal, son frecuentes. En la avenida de la Opera no hay tantos como en la calle de la Paz. La dere-



cha del bulevar está mejor frecuentada que la izquierda.

También era indudable que los condecorados preferían ciertos cafés y ciertos espectáculos. Cuando el señor Sacrement veía un grupo de señores de cierta edad, parados en las aceras, interrumpiendo el paso, imaginaba: «Son oficiales de la Legión de Honor».

Y lanzábase al arroyo con deseo de saludarles.

Los oficiales (había hecho esta observación mil veces) tienen otro porte que los sencillos caballeros; yerguen la cabeza de un modo particular. A la legua se nota que su categoría es muy diferente, que disfrutan de una consideración más elevada.

En algunas ocasiones también le acometía el furor contra todos los condecorados, manifestando una especie de odio socialista.

Y al volver á su casa, rabioso de haberse tropezado con tantísimo cintajo—como lo estaría un hambriento después de pasar frente á las vitrinas llenas de manjares—decía descomponiéndose de gesto y de voz: «¿Cuándo nos veremos libres de un gobierno tan cochino?»

Su mujer, sorprendida, le preguntaba: «¿Qué te sucede?»

Y él respondía: «Me sucede, que ya estoy harto de ver tanta injusticia. ¡Oh, cuánta razón tenían los comuneros!»

Después de comer, salía... y se paraba, contemplando las cruces en los escaparates de los comercios. Detenidamente, iba examinando todos aque-

llos emblemas de formas distintas y variados colores. Hubiera querido tenerlas todas y, en una ceremonia pública, en un salón inmenso, ante una muchedumbre maravillada, lucirlas á la cabeza de un cortejo prendidas todas en los delanteros de una casaca, resplandeciendo como una estrella entre los rumores de admiración y respeto.

Pero ¡ay! ¡No tenía un miserable título que le hiciese acreedor á ser condecorado!

Meditaba: «La Legión de Honor es muy difícil de conseguir para un hombre que no desempeña cargos públicos. ¿Y si me propusiera obtener las Palmas académicas?»

No sabiendo cómo intentarlo, confi6 á su mujer aquellos proyectos. Al oírle, qued6se la señora estupefacta.

—¿Oficial de Academia, tú?... ¿Qué méritos hiciste?

El se descompuso:

—¡Precisamente! Quiero saber qué méritos he de hacer para lograrlo. Antes de contestar, reflexiona lo que te dicen. Hay momentos en que pareces una estúpida.

Ella sonrió:

—Es verdad. Pero ignoro eso que tú no sabes tampoco.

El llevaba su propósito:

—Si lo preguntases al diputado Rosselin, acaso nos diese una idea luminosa. Comprenderás que no sería decoroso en mí abordar esas conversaciones. En cambio, una mujer puede preguntarlo todo; nadie lo extraña.

La señora cumplió el encargo. El diputado Rosselin prometió recomendar el asunto al ministro. Y como el señor Sacrement no le dejaba en paz, el diputado Rosselin, harto de soportar sus impertinencias, le dijo que hiciera una instancia enumerando sus méritos.

¿Qué méritos? Era preciso justificar algunos.

Y preparó un folleto acerca del *Derecho del pueblo á ser instruido*. No lo pudo acabar por falta de conocimientos.

Buscó asuntos más fáciles, intentando sucesivamente dos ó tres. El primero: *Instrucción de los niños por la simple vista*. Proponía que se fundaran en los barrios pobres una especie de teatros gratuitos para las criaturas. Los padres los acompañarían desde la más tierna edad, y valiéndose de

proyecciones de linterna mágica, se les facilitarían las nociones de todos los conocimientos humanos. Los ojos, instruyendo al cerebro, fijarían las imágenes en la memoria.

¿No sería bien sencillo enseñar así la Historia, la Geografía, la Botánica, la Física, la Zoología, la Anatomía, etc., etc.?

Hizo imprimir el folleto y envió un ejemplar á cada diputado, diez á cada ministro, cincuenta al presidente de la República, diez á los diarios de París y cinco á los de provincias.

En otro estudio, trató de las *Bibliotecas ambulantes*, proponiendo al Estado la fundación de un servicio á domicilio, hecho en carros muy semejantes á los que llevan los verduleros y fruteros.

Cada ciudadano tendría derecho á que le sirvieran para su lectura diez volúmenes mensuales, pagando cinco céntimos nada más.

«El pueblo—decía el señor Sacrement—sólo se molesta para sus placeres. Puesto que no busca la instrucción, la instrucción ha de ir á buscarle.»

Nadie se ocupó de sus opúsculos. Pero el autor, hizo su instancia y le contestaron diciendo que se tomaría nota y se instruiría el expediente.

Aguardó creyéndolo cosa hecha...

Nada le comunicaban.

Decidióse á presentarse y solicitó audiencia del ministro de Instrucción pública. Fué recibido por un oficial de secretaría, el cual auguró al solicitante que su pretensión era bien acogida y que la fortaleciese con estudios nuevos y nuevas publicaciones.

Así lo hizo el señor Sacrement.

Al mismo tiempo, el diputado Rosselin—que por lo visto iba interesándose ya por su gloria—le dió algunos consejos prácticos y excelentes. También él estaba condecorado, lucía en el ojal un lacito rojo, sin haberse dado cuenta de los motivos que determinaron una distinción tan apetecida.

El diputado Rosselin, frecuentandó mucho la casa del señor Sacrement, le indicó estudios nuevos, le presentó en sociedades especialmente consagradas á dilucidar oscuros problemas científicos para obtener honoríficas recompensas. Hasta en el ministerio lo apadrinó.

Y un día que almorzaba con el matrimonio (lo cual era ya frecuente), dijo el diputado Rosselin al señor Sacrement, estrechándole una mano:

—He conseguido para usted algo de mucha importancia. El Comité de trabajos históricos le comisiona para que busque documentos relativos á un asunto en varias bibliotecas de Francia.



El señor Sacrement, emocionado, ya no pudo seguir comiendo.

A los ocho días emprendió su viaje.

Fué de ciudad en ciudad estudiando los catálogos, rebuscando en los desvanes de las bibliotecas

atestados de librotes polvorientos, víctima de la odiosidad de los bibliotecarios.

Pero, hallándose en Ruen una noche, sintió de pronto ansias de acariciar á su mujer, y tomó el tren de las nueve, que le permitiría llegar antes del amanecer á su casa.

Llevaba una llave de la puerta. Entró con sigilo, estremeciéndose de placer, gozoso de la sorpresa que preparaba. Su mujer se había cerrado por dentro en su alcoba. ¡Qué fastidio!

Entonces el señor Sacrement gritó, golpeando la puerta:

—¡Yo soy! ¡Juana!

Ella debió sentir una impresión muy terrible, porque la oyó saltar de la cama y hablar en alta voz como cuando se padece una pesadilla. Luego, entró en su tocador, abriéndolo y cerrándolo precipitadamente, hizo muchas evoluciones por el cuarto, yendo y viniendo con los pies desnudos.

Al fin, preguntó:

—¿De veras eres tú, Alejandro?

—Sí, mujer; yo soy, ¡abre!

Abrióse la puerta y la mujer se arrojó en brazos del marido, balbuceando:



—¡Ah! ¡Qué miedo!
¡Qué sorpresa! ¡Qué alegría!

El señor Sacrement, como de costumbre, comenzó á desnudarse metódicamente.

Luego, descubrió sobre una silla el abrigo, que solía dejar en el perchero, y cogiéndolo; se quedó asombrado al ver lucir una cinta roja en el ojal de la solapa.

Tartamudeó:

—Este... este... este abrigo... ¡está... condecorado!

Su mujer, de un brinco, lanzóse hacia él queriéndole quitar de las manos aquella prenda:

—No; deja; te equivocas... Dámelo.

Pero el señor Sacrement, teniéndolo bien agarrado, como un loco, repetía:

—¿Por qué? ¿por qué? Tú lo sabes; ¿qué abrigo es éste? No es el mío, puesto que lleva la cinta de la Legión de Honor.

Ella procuraba por todos los medios arrancárselo, descompuesta y turbada:

—Oyeme... Atiéndeme... Déjalo... No me hagas hablar... Es un secreto... Un secreto...

Él, incomodándose, palidecía:

—¡Necesito saber qué hace aquí ese abrigo, que no es el mío!

La mujer, entonces, le dijo al oído:

—Sí... Calla... júrame ser prudente... Escucha...

¡Sí!... ¡estás condecorado!

Sacudióle de tal modo su emoción que, soltando el abrigo, fué á desplomarse sobre un sofá.

—Que yo estoy... ¿Dices que... me han condecorado?

—Sí... Es un secreto... Un secreto...

Entretanto, guardaba el abrigo en un armario, bajo llave, y volviendo hacia su marido, temblorosa y pálida, prosiguió:

—Sí; es un abrigo que te mandé hacer para sorprenderte. Pero había jurado no decirte nada. Tu nombramiento no será oficial hasta que pase un mes ó mes y medio, cuando termines tu comisión histórica. No debía decírtelo hasta entonces. El diputado Rosselin ha obtenido para ti ese honor.

El señor Sacrement, desfallecido, balbució:

—Rosselin... Rosselin... Condecorado... Me ha condecorado... A mí... él... ¡Ah!

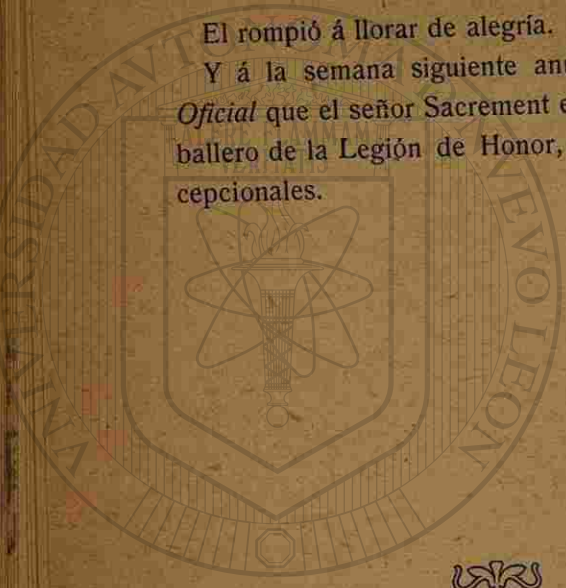
Tuvo que beber agua para calmarse.

Una tarjeta yacía en el suelo. El señor Sacrement la recogió, leyendo en ella: *Rosselin-Diputado*.

—¡Lo estás viendo! ¡Inocente!—dijo la mujer.

El rompió á llorar de alegría.

Y á la semana siguiente anunciaba el *Diario Oficial* que el señor Sacrement era nombrado caballero de la Legión de Honor, por servicios excepcionales.



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Las hermanas Rondoli.....	5
La patrona.....	65
El barrilito.....	81
¿El?.....	93
Un librepensador.....	109
Una enfermedad extraña.....	125
El pan maldito.....	137
El asunto de la señora Luneau.....	151
Un prudente.....	161
El cerrojo.....	175
Chali.....	187
Encuentro.....	211
Suicidas.....	229
Condecorado.....	241

